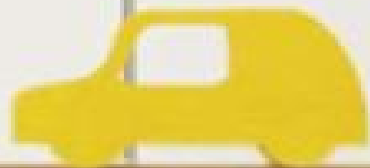


SWEET MELIBEA

La Romcom que estabas esperando



¿QUÉ HACES
TÚ AQUÍ?



Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Título original: Sweet Melibea©, ¿Qué haces tú aquí?

Diseño de portada: Sweet Melibea

Maquetación: Sweet Melibea

¿Qué haces
tú
aquí?

Prólogo

—¡Te vas a la mierda! —exclamé quitándome el teléfono de la oreja, mirando la pantalla como si fuera la cara de Kike y, lo más seguro, lanzando motas de saliva que impactaron en el protector de cristal templado.

No, no soy Laura Escanes, pero acababa de protagonizar en medio de plena calle de la Castellana una escena parecida a la que protagonizó ella con uno de sus exnovios y que se hizo viral en Twitter.

Kike era mi ex y acababa de mandarlo a la mierda por décima vez en esa semana.

Ni yo lo soportaba ni él a mí, pero aún así no cesaba en su empeño de volver conmigo.

Eso era todo, no se nos rompió el amor de tanto usarlo ni nada parecido a lo que Rocío Jurado cantaba en sus canciones.

Simplemente, en vez de querer darnos los buenos días, ambos deseábamos ahogar al otro dentro de su taza de café cada mañana.

Ya no iba a ninguna parte, pero estaba bien, ¿eh?

Estaba divinamente.

Casi no biqueaba de la rabia que sentía hacia él desde que lo había dejado y había comenzado a llamarme como un jodido psicópata.

¿Para qué? Para decirme lo mismo de siempre, porque se repetía más que el ajo.

¿*Qué mira usted, señora?*, pensé cuando sentí las pupilas de una mujer entre los ochenta años y la muerte, juzgarme como una urraca.

Debería dedicarme a planear divorcios en vez de ser organizadora de bodas.

Tú te ríes, pero eso existe.

Creo que lo leí en un libro.

En fin...

¡Hola! Me llamo María Isabel Díaz, pero todos me llaman Masi.

Me encantan los zapatos, todos.

Y cuando digo todos, son todos.

¿Existe algún nombre para la obsesión de los zapatos?

Seguro que sí, pero yo no lo sé.

Lo primero que pensaba hacer en cuanto me mudase a mi nueva casa, sería poner mi zapatero en la habitación más grande de todas, pues estaba en plena mudanza.

Porque ya imaginarás que no pensaba pasar más tiempo bajo el mismo techo que el cenutrio de Kike.

Ya se sabe lo que se dice: si superas el primer año de convivencia con tu pareja, buena señal.

Si no...

Pues eso, cada uno en su casa y Dios en la de todos.

Y yo estaba hasta el moño de la convivencia con él.

Que si esto, que si lo otro, que si dejas tus agendas por ahí, que si tu gato se lame los huevos en el sofá...

A ver... ¡Benito es así! ¡Es un gato! ¡Se acicalan!

¿Qué quieres que te diga?

Cuando rescaté a Benito de la calle era muy, muy pequeñito. Estaba abandonado en un contenedor y tenía la barriga tan gorda como un balón de fútbol.

Benito me daba un amor incomparable. Su lealtad es infinita.

Si me das a elegir entre Kike y Benito, ya sabes quién gana por goleada.

Mientras hago deporte en casa, porque organizar bodas estresa un montón, él se tumba a mi lado, aunque acaba por lamerme toda la cara, prácticamente no se está quieto.

Y ya estamos todos, porque Kike queda fuera de la ecuación.

Así somos nosotros, los de peli y porquerías varias un sábado por la noche.

O los de pasar la mañana del domingo limpiando con música de fondo.

¿He dicho que me encanta la música?

Pues me encanta, y a todo volumen.

Y más últimamente cuando todo en mi vida está mal.

Mi última relación ha sido un fiasco y mi trabajo NO va viento en popa.

Cuando empecé con Kike compartíamos gastos y me lancé al mundo del emprendimiento, no obstante, sigo en el principio, no tengo demasiados clientes, pero ahora tampoco tenía a Kike para compartir gastos, por lo que me vi obligada a poner un anuncio donde ofertaba la otra habitación del piso para alquilarla incluso antes de instalarme.

Así estaban las cosas.

Kike llamando, Benito viviendo en un mundo paralelo y yo...

Yo acababa de darme de bruces con algo duro.

Mi teléfono cayó al suelo y aterricé de rodillas.

Una postura perfecta para que la vida siguiera dándome por el cu...

—¡Eh! —exclamó el portento con el que me había chocado.

Bueno, con su pecho de acero, más bien.

Me levanté como pude, pues me había raspado la rodilla, sangraba y estaba a punto de llorar de vergüenza y rabia.

—¿¡Eh, qué?! ¿De qué vas? ¡No te he visto! —grité en plena calle.

—Eres una torpe, mi maletín está en el suelo y todos los papeles se han caído... —se quejó el chico agachándose para recoger todo.

No, a mí no me ayudes. ¿Para qué?, pensé levantándome como una gallina clueca, coja de una pata.

—Me dan igual tus papeles. No tienes modales. ¡Mira mi rodilla! —exclamé señalando el raspón con un dedo.

La gente nos miraba, pero me dio exactamente lo mismo.

Estaba rabiosa.

Con Kike, con mi trabajo...

¡Con todo!

—¡Mira por dónde vas! —me espetó al mismo tiempo que se levantaba.

Ni siquiera me miró a la cara, el muy...

Ojalá se le hubieran roto las gafitas esas de listillo que llevaba puestas.

Estúpido idiota...

Necesitaba volver a casa, lugar donde me sentía segura.

Menudo día llevaba...

Necesitaba quemar un poco de adrenalina con cualquier vídeo de Youtube en el que Patry Jordan me diera una clase que, a la mitad, me hiciera maldecirla por no poder seguirle el ritmo.

Eso era.

A la mierda la empresa de mudanzas.

Mi casa, mis zapatos, mi gato... y ese rechazo inaudito hacia Kike que no había amarre místico que lo reparase.

Lo que no sabía era que pronto mi situación cambiaría, y que la brillante idea de haber puesto un anuncio para alquilar la otra habitación del apartamento, me parecería una idea nefasta.

Ahora bien, ¿cuánto de nefasta cuando estaba más pelada de pasta que nunca y no me alcanzaba para pagar el alquiler?

Imagina que te pregunto esto levantando repetidas veces las cejas, como si fuera de lo más interesante.

Nada, olvídalo.

Lo único de lo que te vas a acordar cuando sigas leyendo, es de que mi nuevo compañero de piso, fue quien menos me esperaba.

1

Masi

Cuando el camión de mudanzas llegó a la portería del edificio donde haría mi nueva vida, yo ya llevaba diez minutos esperando.

El transportín de Benito reposaba en el suelo, él maullaba asustado en el interior.

—De acuerdo, las flores amarillas se las encargas a la floristería mejor para la semana que viene, de lo contrario llegarán pochadas a la boda —le explicaba a Puri, mi ayudante, con el teléfono pegado a la oreja.

(...)

—¡Que no importa que tengan más durabilidad que las blancas! —exclamé, muerta de nervios—. Tú hazme caso a mí. Debo dejarte, el camión con mis cosas acaba de llegar.

¿Ves cómo sí estresa organizar bodas?

El yoga, el pilates o la Patry Jordan eran tan necesarios en mi vida como respirar.

Colgué la llamada y me coloqué el cabello castaño detrás de la espalda con un rápido movimiento.

Los señores de la mudanza comenzaron a descargar todas las cajas llenas con mis pertenencias y yo me adentré en el portal para abrir la puerta del piso y que las fueran apilando en el recibidor.

Una llamada de un número que no conocía entró en mi teléfono móvil.

—¿Dígame?

—Hola, llamo por el anuncio de la habitación en el apartamento de Príncipe Pío —contestó la voz de un chico al otro lado de la línea.

—Ah, sí.

—¿Está disponible?

—Claro.

—Estoy por la zona, cerca del apartamento. ¿Podría ir?

—Sí, por supuesto.

Colgué la llamada, abrí la puerta y los señores comenzaron a dejar todas mis pertenencias empaquetadas en cajas en el interior.

—Déjenlo donde puedan —les indiqué.

Entré en el interior, dejé libre a Benito y coloqué el transportín en una esquina.

Debía comenzar a ordenar todo lo antes posible, necesitaba ponerme a tope con mi página web online para conseguir clientes como fuera.

Pasado un rato, Benito, que ya campaba a sus anchas por el lugar mientras los trabajadores seguían subiendo cajas, bufó de manera nerviosa.

¿*Qué le pasa a este ahora?*, me pregunté.

Debía ser por la presencia de los señores, pero no había bufado ni una sola vez en el tiempo que llevaba en la casa, por lo que los había visto entrar en más de una ocasión, así que algo no me cuadraba.

Cuando llegué al recibidor lo entendí todo.

Un maromo.

Dentro de mi casa.

¿Cómo?

Debe ser el chico de la habitación, pensé.

No obstante, no era cualquier chico.

Era EL CHICO.

De todos los que había en Madrid, tenía que ser él.

Esto no entraba en mis planes.

Me bajo de la vida, pensé.

Y no solo por el hecho de que creía que me había librado de ese cretino, sino porque el chico estaba de muy buen ver, ahora que me fijaba más.

Iba vestido de manera formal, con la misma camisa azul clarito de manga corta y los mismos pantalones de pinza.

Llevaba puestas las mismas gafas de pasta y, a través del cristal, observé sus bonitos ojos del color de la miel.

En comparación a mi vestimenta, en chándal, porque aquel día no tenía ningún local ni nada parecido por visitar, él iba hecho un pincel.

Y, sin comparación, también.

No, con chándal no podía ponerme ninguno de mis bonitos zapatos, pero llevaba unas New Balance 530 que ni tan mal.

Ya está, venía a matarme en venganza por haber esparcido sus papeles por el suelo de la Castellana.

¡Que había sido sin querer!

—Perdona, ¿qué haces tú aquí? —me preguntó de forma educada, a pesar de que tenía el ceño fruncido.

—¿Qué hago yo aquí?

Él asintió y como no dijo nada, yo seguí hablando:

—¿Qué haces tú aquí? —pregunté haciendo hincapié en ese “tú”. Por supuesto, el intruso era él y no yo—. Esta es mi casa.

—¿Tu casa?

—Bueno... Mi futura casa.

—También la mía —me respondió tajante.

Arqueeé una ceja. ¿Qué estaba diciendo el maromo?

Se cruzó de brazos.

¿Qué clase de psicotrópico había tomado?

A ver si nos entendíamos, porque teníamos un problemita bastante incómodo.

—¿Cómo dices?

—Que eso no puede ser.

—Oh, sí, claro que puede ser. De hecho, está siendo. Estos señores —le dije señalando a los del camión de mudanzas, que se habían quedado quietos observando la escena—, están transportando todas mis pertenencias del camión de mudanzas.

—Joder... tenías que ser tú. Esto debe ser un error —me dijo llevándose el dedo índice a su ojo derecho, rascándose levemente tras la montura de las gafas.

—Desde luego que lo es. Después de haberme dejado indefensa en medio de la calle, lo que deberías hacer es largarte de aquí. ¿Qué pasa, que me sigues?

—¿Yo? ¿Seguirte a ti? ¡Solo he venido a ver la habitación!

—¿Tú? —pregunté con los ojos como platos.

—Sí, yo. Pero buscaré otra habitación, no te preocupes.

—Me alegro de que no tengas el encéfalo plano y hayas entendido que no pienso alquilarte nada —dije haciendo un movimiento con la mano como si fuera la reina de Saba.

No sabía si de Saba o de Sabo, pero sí pretendía ser la reina de aquel apartamento que no pretendía dejar escapar.

Ni podía.

Porque como volviera a vivir con Kike, me colgaba de una viga.

No, con Kike, no, pensé de forma lastimosa.

Kike se quitaba los *pa' luegos* con un trocito de cartón del paquete de papel de liar cigarrillos, no respetaba mis horarios, no recogía, dejaba su ropa interior por el suelo...

Además, ya no me gustaba en la cama.

Venga, ya lo he dicho.

¿Contenta?

Sé que te gusta un buen salseito.

Así que...

No, con Kike, no.

—Mira, eh...

—Masi —respondí, aunque para él debería haber sido María Isabel.

Y punto.

Porque me estaba tocando las narices.

—Masi, eso ha sido una falta de respeto en toda regla.

—Para reglas, las mías —contesté.

—Debes tenerla, sí, porque me estás pareciendo de lo más insoportable.

¿Me estaba vacilando?

Sí.

Estaba claro que el gafitas me estaba vacilando.

Apreté los labios de impotencia.

Benito maullaba, mi corazón latía con fuerza en mi interior, intentando controlar los nervios que sentía en aquel momento con latidos torpes.

¿Qué hago, súper? ¿Lo mato?

Sería una buena opción para solucionar el malentendido, si no tuviera la horrible consecuencia de que me meterían presa.

Y a ver qué hacía Benito sin mí.

Que era un gato independiente y todo eso, pero a macoco no le ganaba nadie.

—¿No me vas a contestar? ¿O es que no me has oído? —me preguntó retándome.

—No, no soy sorda ni deficiente, te entiendo de sobra. El que parece no entender, eres tú. No pienso alquilarle la habitación a un cretino como tú.

—Pues tenemos un problema, porque he buscado por toda la zona, y ninguna es tan barata como esta.

Los señores de la mudanza nos miraban como si estuviéramos jugando un partido de tenis.

Cabeza a la izquierda, cabeza a la derecha.

Cabeza a la izquierda, cabeza a la derecha.

—Sigán subiendo mis cajas, por favor, aquí no hay nada que ver. Este chico se marcha ya.

Me gané una mirada reprobatoria del maromo con gafitas, pero me dio igual. Aquella era mi casa y de ahí no me iba a mover nadie.

Esa casa era mi barco de Chanquete.

Y se acabó.

¿Es que no había visto *Verano Azul*?

A mí me lo ponía mi abuela Pruden.

Ese chico sí debía ser sordo, porque no se movió de su sitio ni un ápice.

—Oye, eh...

—Rodrigo.

Rodrigo, tócame el higo.

Porque de eso parecía saber un rato el muchacho, y no en el buen sentido de la palabra, sino en el otro.

—Vale, pues Rodrigo, ¿te marchas ya? —le pregunté.

—Oye, mira, necesito una habitación con urgencia.

—Vaya, qué pena —dije poniendo morritos y dándole la espalda.

Lo cierto es que me recordaba a alguien que no terminaba de ubi...

¡Ya lo sé!

Peter Parker.

¿Te acuerdas de Peter Parker?

Sí, *Spiderman* para los amigos.

Pues Rodrigo con ese porte, ese cuerpo y esas gafas, era igual, pero la versión española y con los ojos marrones en vez de azules.

Qué pena que yo no fuera a ser su Mary Jane, porque iba a salir del piso cagando leches.

2

Rodrigo

Habermé chocado con esa chica, reconozco, había arruinado mi día un poco más.

Tenía un estrés en el trabajo brutal, trabajaba como abogado laboralista en un bufete del centro de Madrid, y mi relación con Valentina estaba en la mayor crisis de la historia.

Tanto, que se había roto la noche anterior.

El precio del alquiler en Madrid era desorbitado y me negaba a dejarme casi todo mi sueldo en eso.

¿Qué comería, si no? ¿Aire?

Así que mi única opción era alquilar una habitación, porque repartía las horas de mi día entre el trabajo y el estudio de las oposiciones para fiscal y no podía hacer horas extras.

Cuando me di de bruces con la chica, mis nervios se dispararon al ver todos mis documentos esparcidos por el suelo.

¿Es que no podía mirar por dónde iba? ¿Tanto le costaba? ¿O no tenía ojos en la cara?

Solía ponerme de un humor de perros cuando estaba cansado, y últimamente estaba muy cansado.

La presión en el bufete me asfixiaba, y cuando me ponía a estudiar sentía que no estaba rindiendo lo suficiente.

Por no hablar de Valentina...

Esa relación estaba muerta y enterrada, de tanto tiempo que la habíamos querido aguantar de manera enfermiza.

Suerte que encontré aquel anuncio del alquiler de una habitación en Príncipe Pío.

Era económico, el barrio me gustaba y, además, no estaba demasiado lejos del bufete.

No obstante, cuando entré en la portería y subí al primero, encontrar de nuevo a la chica que se había raspado la rodilla al caer de bruces al suelo con nuestra colisión, no fue la sorpresa más agradable de mi vida.

Sobre todo, porque me resultó el ser más insoportable del universo.

Aún así, necesitaba conseguir aquella habitación como fuera, no podía volver a los brazos de Valentina.

¿Qué infierno sería más cómodo, el que ya conocía, o el que podría descubrir al lado de Masi?

3

Masi

Intenté explorar la casa con Peter Parker pisándome los talones como si fuera mi sombra. Quizá si le ignoraba, comprendería que mi decisión era irrevocable y se marcharía por donde había venido.

¿Estábamos locos?

Me había dejado con la rodilla raspada en medio de la calle y había sido muy impertinente.

Vale que yo tampoco le había pedido disculpas, pero de ninguna manera podría compartir piso con él.

Caminé por el apartamento, la verdad es que firmé sin verlo.

Necesitaba librarme de Kike y, mientras estuviera decente, tal y como comprobé en las fotografías de la agencia, me serviría.

Pero todavía no lo había visto al natural.

Un salón, dos habitaciones, el balconcito que vi en las fotografías, un baño y una cocina con barra americana y unos pequeños fuegos.

Genial.

Ahora solamente faltaba que el maromo se marchase de aquí.

Me senté en uno de los sofás del salón y me miré las uñas.

Ignóralo, ignóralo, ignóralo.

Benito subió al sofá en cuanto me senté y se tumbó a mi lado.

—No, no, no, el gato al suelo —dijo entonces Rodrigo, apareciendo ante mí como una exhalación.

Di un respingo sobre mí misma al escuchar su voz.

—Joder, qué susto —me quejé llevándome una mano al pecho.

Benito bufó y dio un paso hacia atrás.

Le di un par de golpecitos cariñosos en su gran cabezota, haciéndole ver que era un buen chico.

Los intrusos, fuera.

—Se llama Benito —repliqué—. Y se queda en el sofá.

Rodrigo resopló.

—Además, ¿por qué no te vas de aquí ya? —le pregunté.

—Ya te lo he dicho, necesito la habitación —dijo haciendo un atisbo de mohín.

Dicho aquello se sentó en el sofá, con un espacio considerable entre él y Benito, que lo observaba con los ojos entrecerrados.

—¿A qué te dedicas? —le pregunté entonces.

No por nada, sino porque de algo tendríamos que hablar mientras se hacía a la idea de que debía largarse de allí.

—Soy abogado. Trabajo en un bufete del centro mientras me saco la oposición para fiscal.

—Fascinante —dije poniendo morritos.

—¿Y tú?

—Soy emprendedora.

No pensaba darle detalles sobre qué tipo de servicio ofrecía en la empresa o si esta era PYME o multinacional.

Al fin y al cabo, ese chico y yo solo compartiríamos unos cuantos minutos más, lo que tardase en ahuecar el ala.

Después, cada uno a su casa y Dios en la de todos.

¡JA!

¿Lo pillas?

Cada uno a su casa...

Y la casa de Rodrigo, tócame el higo, sería otra.

En otro lugar.

Lejos de la mía.

—¿En serio? No tienes pinta.

—Ni tú de abogado.

—¿Y de qué tengo pinta?

De gilipollas estirado, pensé.

—De Peter Parker en decadencia. Los efectos del mordisco de araña se te están pasando. *Bye, bye, Spiderman* —Le hice un gesto con la mano diciéndole adiós, porque cada vez me parecía más idiota y menos guapo.

—Vaya... Y, ¿qué emprendes? —preguntó cambiando de tema.

Suspiré, porque al final sí me iba a tocar contarle un poco mi vida.

Si bien, también me la podía inventar, pero no me salía mentir.

—Tengo una empresa.

—¿De qué?

—Organizo bodas.

—Oh, entiendo que estás empezando.

—¿Cómo? —Arqueeé las cejas.

—Lo digo por cómo vas vestida... ¿Todavía no te ha salido ningún encargo importante?

—¿Perdón? —pregunté, casi atragantada con mi propia saliva.

—Quiero decir que...

—La mayoría de cosas las hago de forma online, para eso existen los teléfonos. ¿Tienes algún problema?

Obviamente no pensaba decirle que solo había conseguido dos clientes.

—Ninguno, ninguno.

Dejé de mirarle y apoyé los brazos sobre mis rodillas. Inspeccioné la mesa baja de madera de color blanco que tenía delante y apoyé las manos en ella.

Era bonita.

Estaba nerviosa... ¿Por qué no se marchaba?

Tamborileé con mis uñas en la mesa.

—¿Puedes dejar de hacer eso? Me cripa los nervios... —dijo Rodrigo mesándose el cabello claro con una mano.

—Qué delicadito, el abogado...

—Eh, sin faltar, que tengo unos estudios —dijo con el ceño fruncido.

—Sí, bueno. —Hice un gesto con la mano como restándole importancia.

¿Qué más me daba a mí los estudios que tuviera?
¡Solo quería que aquel embrollo se aclarase de una maldita vez!
Aquello no tenía ni pies ni cabeza.
—¿Piensas irte? —le pregunté entonces.
—¿Ni siquiera vas a molestarte en hablar un poco conmigo para ver si te intereso como
compañero de piso? —me preguntó.
Parpadeé varias veces. ¿Ese chico era sordo?
—Ya te he dicho que no.
—Pero ¿por qué? —dijo nervioso.
—¿Por qué necesitas con tanta urgencia la habitación? —le pregunté con el ceño fruncido.
¿Acaso necesitaba un piso franco para meter sustancias ilegales o algo así?
No lo entendía.
Rodrigo bufó.
—Eso son cosas mías...
—Pues me interesa, no vaya a meter en mi casa a un psicópata.
—No tengo donde dormir —dijo entonces.
—¿Te has ido de casa de papá y mamá? —Simulé un puchero burlón—. ¿Te han echado?
—Me he ido de casa de Valentina.
—¿Quién es Valentina?
—Mi no... exnovia.
—Oh.
—Siento lo de tu rodilla —se disculpó.
—Has sido un maleducado y un impertinente.
—Estoy estresado, tenía prisa.
—Tú tampoco me has visto —le recordé.
—Es cierto.
Suspiré.
¿Dónde me había metido?
¿Dónde?
¿Y qué narices estaba haciendo?
¿Por qué no lo había echado ya de allí a patadas?
—Oye, mira... Está claro que si alquilas la habitación es porque te viene bien el dinero. Y yo
necesito un sitio donde quedarme. Lo que ha pasado en la calle ha sido un malentendido. Quedan
quince días para que termine el mes, si al pasar estos quince días sigues pensando lo mismo de
mí, me piro. Pero necesito la habitación. ¿Qué opinas? —me preguntó Rodrigo.
Suspiré.
No, con Kike, no, pensé.
—¿Lo estás diciendo en serio?
—No tengo tiempo para ponerme a buscar otra cosa y lo que he visto en otras zonas me
parece carísimo —se lamentó Rodrigo.
—Yo no quiero buscar otra vivienda —confesé de manera contundente.
¿Qué pasa? Es que me gustaba aquella casa.
Era perfecta para mí y para Benito.
Claro, que no contábamos con la presencia de la versión española de Peter Parker.
Yo esperaba otra cosa.

Una chica, por ejemplo, que nos hiciéramos amigas de la muerte y esas cosas.
Con la que ponerme mascarillas en la cara, hablar de chicos y llorar viendo *Titanic*.
No sonaba tan descabellado, ¿no?
—¿Qué propones? —le pregunté.
Aquello podía salir mal, muy mal.
Pero, oye, cabía la posibilidad de que saliese bien, ¿no?
Venga, buena vibra, ven a mí, ven a mí, ven a mí.
Ommm. Namasté.
—Necesito tranquilidad —dijo él.
—Soy una persona tranquila, lo que pasa es que no me conoces —le espeté con el entrecejo como si me lo hubieran fruncido con aguja e hilo.
—Claro que no te conozco, pero te recuerdo que has sido tú quien me ha juzgado primero. Sin embargo, podrías ser una histérica capaz de sacrificarme y pintar las paredes con mi sangre.
—¿Con tu sangre? —pregunté riéndome. Ese chico estaba fatal.
—O con sangre de pollo, igual me da. ¿Cómo sé que estoy a salvo contigo?
Me dejó muda.
Sin palabras.
Pero tenía razón, así que se la dí.
—Es verdad.
Rodrigo me guiñó un ojo y dejó de parecerme un orangután.
—Entonces, ¿yo pongo mis condiciones y tú las tuyas? —preguntó para mi sorpresa.
¿Aquello iba en serio?
—¿Y si no estamos de acuerdo en algo? —pregunté, de perdidos al río, porque me sentía en una maldita película de esas casposas que te las venden como una comedia romántica y luego no se te ríen ni las canas.
—¿Te gusta el vino? —me preguntó.
—El blanco, sí.
—Bien, al final de la calle hay un pub que tiene buena pinta. Creo que esto deberíamos hablarlo mejor.
Asentí con la cabeza, preguntándome en qué momento yo había accedido a cometer semejante locura.
A ver si sí tenía poderes de verdad.
O eso, o destilaba burundanga con su mirada.

4

Rodrigo

Dudé si pasarme el dorso de la mano por la frente para secarme el sudor.

Pero hacerlo solo le daría a Masi otra pista más de lo horrible que era mi vida en ese momento y lo mucho que necesitaba aquel techo.

Así que me aguanté las ganas.

Aproveché el rato que tardaron los trabajadores de la mudanza de Masi en ir a recoger mis cosas a mi antigua casa.

Suerte que Valentina estaba en horario laboral en ese momento y no hube de cruzarme con ella.

Lo cargué todo en el coche y subí las cajas, sintiéndome uno más de la mudanza.

Una vez aquellos hombres tan trabajadores terminaron de subir todas sus pertenencias y yo las mías, nos dispusimos a tomar esa copa de vino para negociar nuestras condiciones y sellar un acuerdo justo de convivencia.

Eran las ocho pasadas cuando el camarero del pub que le había comentado a mi futura compañera de piso dejó ante nosotros dos copas de vino.

—Oye, un aperitivo o algo ¿No te parece? —me preguntó ella.

El camarero asintió ante el requerimiento de Masi y a mí me arrancó una mini sonrisa.

—¡Anda! ¡Si sabes sonreír! ¡Milagro!

Quizá pensaba que tenía el palo de una escoba permanentemente metido en el culo.

El camarero puso dos recipientes sobre la mesa. Uno con aceitunas y otro vacío.

Masi cogió una de ellas y se la metió en la boca.

—Riquísima —dijo depositando el hueso sobre la mesa.

—¿Para qué te crees que ha puesto el recipiente vacío?

Puso los ojos en blanco.

—Eres un poco maníaco, ¿no?

—Tengo mis cosas. ¿Empezamos?

—Cuando quieras.

—Bien. Empiezo yo, si te parece.

Me hizo un gesto con la mano para que arrancase a hablar en lo que yo observé que sacaba una hoja de papel y un bolígrafo.

—¿Vas a apuntar todo lo que diga?

Masi me miró.

—Evidentemente.

—¿Por qué?

—Porque quiero que quede todo reflejado aquí.

Suspiré.

—Como te he dicho, quiero tranquilidad porque me gusta la tranquilidad y, porque además, la necesito para estudiar.

—Es comprensible. —Asintió con la cabeza.

—Segundo, el gato fuera del sofá, no quiero que deje pelos.

Masi rodó los ojos hacia arriba.

—La casa va a ser tan tuya como de Benito —protestó.

—Tercero —seguí, ignorando su comentario—, ¿muerde, araña, hace algo? No me gustaría que me matara por la noche y se comiera mis vísceras mientras duermo.

—Pero ¿qué clase de obsesión tienes con la sangre y las vísceras? ¿Y con la muerte? —se escandalizó ella.

—No me gustan los animales, te lo digo de antemano.

—Por eso estás tan solo. ¿Valentina tenía un perro y lo eligió por encima de ti? —me espetó de malas maneras.

Parecía molestarle que hablara así del gato, pero se había pasado.

—Eso ha sido cruel. No sabes nada de mí.

—Ni tú de Benito y le estás prejuzgando. Puedes estar tranquilo, no le gusta comer arañas.

—¿Arañas? —me sorprendí.

¿Eso venía a colación por lo que me había dicho antes de Peter Parker?

¡No nos parecíamos en nada!

Esa chica estaba chiflada.

—Sigue, por favor, estoy expectante —me dijo cogiendo otra aceituna.

Yo bebí un trago de mi copa de vino.

—Cuarto, soy muy ordenado y limpio, por lo que detesto el desorden y la suciedad. Opto por hacer un cuadro de tareas en el que nos repartamos las labores de la casa. Y... creo que ya está.

Una de sus cejas se mantuvo erguida durante la formulación de mi última condición.

—De acuerdo —dijo. Ahora le tocaba hablar a ella—. Primero, como te he dicho, soy una persona tranquila. ¡Si hasta hago yoga a veces!

—¿De verdad? No se te nota en absoluto, sobre todo en la calle —comenté con una risa maligna.

5

Masi

Apreté los labios con fuerza. Ese chico, estaba segura, podía llegar a despertar toda la rabia que puede albergar una persona en su interior.

—Voy a hacer como que no he oído ese comentario de mierda —le dije.

Él me guiñó un ojo y sentí la sangre golpear con fuerza en mis venas.

¿Era tan meticuloso con todo?

¿Un cuadro de tareas?

¿Se pensaba que teníamos diez años y alguien debía venir a ponernos un gomet rojo con cada cosa que hiciéramos bien?

Santo Dios...

Suspiré, intentando no entrar en su juego.

—Bien, pues entonces me toca a mí.

—Así es.

Dio un trago a su copa de vino, que ya estaba casi vacía.

—El gato está acostumbrado a dormir conmigo, por lo que no puedo decirle que no suba al sofá, no lo admite.

¿Qué problema tenía con el pobre gato?

No lograba entenderlo.

Me había molestado sobremanera cómo hablaba de Benito.

¡Pero si era un ángel!

Salvo cuando corría por la casa por exceso de energía, arañaba el sofá porque pasaba del rascador y...

Bueno, eso mejor me lo callaba.

Rodrigo chasqueó la lengua contra el paladar, pero antes de que pudiera decir nada, me adelanté.

—No es negociable, lo siento. Además, puedes estar tranquilo. Te ha bufado y no le gustas, pero no te matará mientras duermes. Él se alimenta de comida de calidad.

—¿Qué insinúas? ¿No estoy bueno? —preguntó señalando sus pectorales con una de sus manos.

Tragué saliva.

Bebí vino.

Era lo mejor que podía hacer para mantenerme cuerda en esa conversación.

Ese no era el tema, aunque sí, claro que estaba bueno.

No obstante, Dios me librara de decírselo, porque entonces Modesto bajaría del cielo y subiría él, tal y como dice el refrán.

—Ese no es el tema —dije reconduciendo la conversación—. Luego, yo también opto por el cuadro de tareas ese que dices, más que nada porque podría darte un infarto de no hacerlo.

Rodrigo hizo una mueca.

Bingo.

Había acertado.

—En cuanto a mis condiciones, solo pido poder tener la habitación más grande, por mi zapatero, más que nada. Y las noches de los sábados, tener el salón para mí, quiero ver pelis mientras me hincho a comer mierda. Ah, y ojito con Benito, porque es como mi hijo, ¿entiendes?

Rodrigo puso los ojos en blanco.

—De acuerdo, mañana mismo haré el cuadro de tareas. Lo del sábado está hecho. En cuanto a la habitación... —Rodrigo pareció dudar y... ¡Ah, no! Necesitaba una estancia grande para mi zapatero.

—Me parece perfecto. ¿Qué pasa con la habitación?

—Que yo también quiero la grande.

—¿Y eso por qué? ¿No deberíamos sortearla? Te recuerdo que es mi casa —le advertí poniendo mi dedo índice en alto.

Rodrigo bufó.

—Imagino que querrás las cosas de Benito fuera de tu vista y de tu alcance. ¿No es así? —pregunté.

Tenía un as bajo la manga que pensaba utilizar.

Y Rodrigo podía ser abogado y lo que quisiera, pero yo ganaría aquella batalla dialéctica.

Al negociar, no me ganaba nadie.

Anda que no había conseguido fincas y locales para las bodas a precio de locos.

Vale, solo dos.

Pero eso da igual.

—Efectivamente —contestó.

—¿Has visto qué pedazo de rascador tiene? Eso no me cabe en la pequeña. Ni tampoco el zapatero. Si me quedo la grande, incluso el arenero de Benito estará en mi habitación, no vaya a ser que a usted, su Alteza —dije haciendo una reverencia jocosa—, le importe un poquito de caca de gato y arena esparcida por el suelo.

—¿Esparce arena por el suelo? —dijo con los ojos desorbitados.

—Ajá.

Era mentira, mi Benito era más limpio que un jaspe, pero sabía que aquello serviría.

Rodrigo suspiró.

—Bueno, vale. Entonces... ¿me quedo?

—Quince días —maticé.

—Bien, ¿qué te parece si pedimos comida a domicilio? Tengo hambre y no me apetece cocinar nada.

—Vale, ¿japonés? —propuse, conocía uno no muy lejos de allí que estaba delicioso.

—¿Comida cruda? Ni de coña —dijo Rodrigo.

—Pues... ¿Qué te gusta? ¿Comida china?

—¿Quieres que me dé una indigestión? —se quejó.

—¿Kebap? —Había muchas opciones, ¿es que no le gustaba nada? ¿De qué se alimentaba ese hombre?

—¿Carne colgada?

—¿Carne colgada? —me carcajeé.

—Desde luego. ¿Qué te parece si pedimos unas pizzas? A todo el mundo le gusta la pizza.

—¡Sí! —exclamé dando palmas con mis manitas.

—¿Con piña?

—No me jodas, picapleitos...

—Vale, vale... una york con queso y una barbacoa.

—Genial.

Parecía que me caía mejor el estirado, pero no quería hablar muy alto porque no nos conocíamos de nada.

Encargamos un *glovo* con las pizzas y en lo que venía nos tomamos otra copa de vino.

Cuando volvimos a casa y las tuvimos delante, las acompañamos con un par de botellines de cerveza que compramos en un deshoras cercano al apartamento.

También cargamos con un par de botellas de agua, café, azúcar y un cartón de leche.

Estaba muy pendiente hacer la compra al día siguiente sin falta o moriríamos.

Y así, entre trozos de pizza barbacoa y de york con queso entablamos conversación para conocernos mejor.

Aquella era la mayor locura en la que me había visto envuelta.

Compartir piso con un desconocido del que no sabía absolutamente nada y con el que parecía no tener nada en común.

¿Cómo saldría aquello? ¡Sigue leyendo!

6

Rodrigo

Casi di las gracias al acostarme en la cama de aquella casa que era nueva para mí, pero que, para bien o para mal, sería mi nuevo hogar durante los próximos quince días.

Compartir quince días con una desconocida y su gato iba a ser como adentrarse en una película de comedia con tintes de terror.

Nunca, en un millón de años, habría imaginado que me encontraría en una situación tan surrealista.

Desde el momento en que puse un pie en el apartamento, sentí como si hubiera sido teletransportado a un circo de emociones extremas.

La incertidumbre me abrazaba como una boa constrictor mientras me preguntaba qué tipo de hazañas absurdas me esperaban con Masi y su compinche peludo.

Lo primero que debo confesar es que no soy precisamente un entusiasta de los animales. Así que cuando descubrí que era Masi quien alquilaba la habitación tras nuestro malentendido en la calle de la Castellana y que también tendría que lidiar con un gato, mi corazón dio un vuelco más brusco que una montaña rusa en caída libre.

Me vi imaginando situaciones dignas de una película de terror: el gato, convertido en una criatura demoníaca, acechándome desde las sombras, o preparando una emboscada mientras dormía para apoderarse de mi almohada y reclamarla como su territorio.

El simple pensamiento de tener que compartir mi espacio vital con una criatura peluda me provocaba urticaria.

¿Qué pasaría si invadía mi espacio?

¿Y si dejaba pelos por todas partes?

No podía ni imaginarme limpiando la pelusa de un gato de mi ropa o de mis pertenencias. Sin mencionar el hecho de que no sabía cómo interactuar con la criatura.

¿Debería ignorarlo por completo o intentar hacer las paces con él?

Ya había dejado claro el día anterior con su bufido cuando me senté en el sofá que no le caía bien.

Y luego estaba Masi.

¿Qué podía decir sobre ella?

Bueno, la verdad es que no sabía nada, aparte de que había decidido alquilarme una habitación en su apartamento, que tenía un carácter de mil demonios y que idolatraba a Benito como si fuera un Dios.

¿Sería una maestra de las artes marciales que practicaría movimientos raros en medio de la sala de estar, o una gurú espiritual que intentaría convertir el apartamento en un templo de meditación?

¿Sería una obsesiva del orden que organizaba su ropa por colores o una hippie despreocupada que dejaba las toallas en el suelo?

La intriga me estaba matando, pero también me daba un poco de miedo descubrirlo.

Me había dicho que era una persona tranquila y que hacía deporte.

Pues muy bien.

Yo lo único que tenía claro es que ese tira y afloja me ponía la polla como una buena morcilla de Burgos.

Tenía el pelo castaño y los ojos marrones, todo bastante normativo, pero su cuerpo expedía algo, llámalo sustancia, energía o pura droga que me atraía hacia ella.

La relación con Valentina me había dejado exhausto mentalmente, nuestra ruptura había sido un alivio para mí.

No obstante, mi cuerpo reaccionaba ante la presencia de Masi, por muy insoportable que me pareciera.

Aunque eso jamás se lo diría a la cara, no fuera a subírsele a la cabeza.

Así que ahí estaba yo, en la habitación pequeña, aunque por suerte contando con una cama de matrimonio, preguntándome qué tipo de calamidades y disparates me esperaban en los próximos quince días.

Ya me había encargado antes de dormir de hacer aquel cuadro de tareas, quería conseguir por todos los medios no acabar tirándonos platos a la cabeza el uno al otro.

¿Lograría sobrevivir a esta experiencia sin que mi sentido del humor se desvaneciera por completo?

¿O acabaría siendo la estrella de mi propia película de catástrofes domésticas, con Masi y su gato como coprotagonistas?

Solo el paso de los días lo diría, pero una cosa era segura: si salía ileso de esto, tendría material de sobra para escribir un guión de comedia y dejar la abogacía y la oposición.

Quién sabe, tal vez me convertiría en el próximo Quentin Tarantino con mi obra maestra sobre el chico que se enfrentó al desafío de convivir con Masi y su gato.

Masi

Quien tenga un Iphone sabrá lo que es estar al borde del infarto cada vez que suena la alarma. Abrí un ojito perezoso y miré la hora: ocho en punto de la mañana.

Paré aquel sonido del infierno de inmediato.

No podía ser sano despertarse así, ya lo llevaba pensando unos años, justo el intervalo de tiempo que utilizaba ese modelo de teléfono, pero me venía muy bien para mi trabajo.

Recordé entonces todo lo que había sucedido el día anterior, mi raspón en la rodilla pegado a la sábana se hizo cargo de ello.

Rodrigo y yo habíamos sobrevivido a la primera noche, a ver qué tal se daba el día...

Me estiré como un gato.

A propósito de Benito, roncaba como un lirón en una de las esquinas de la cama.

Todavía tenía todas mis cosas empaquetadas en las cajas y tan solo me había dignado a sacar la noche anterior las pertenencias estrictamente necesarias.

Es decir: sábanas para mí y para Rodrigo, el pijama, una muda para el día siguiente, gel para el cuerpo, champú y crema hidratante, un par de toallas y mis utensilios de aseo.

Tras coger el *short* vaquero y una camiseta básica que preparé la noche anterior, fui al baño.

Abrí la puerta sin llamar y cuando entré dentro me asusté.

La luz encendida.

Un pijama tirado en el suelo de cualquier manera.

Mi improvisado compañero de piso desnudo ante mis ojos, más rico que cualquier plato de estrella Michelin, he de decir.

Empalmado.

Con el pelo revuelto de dormir y los morritos hinchados y rosados.

Y yo ahí, delante de él.

Más sola que la una, observándole ojiplática y rígida como un palo de escoba.

Los ojos se me fueron donde ya te imaginas.

Fue sin querer, lo juro por Benito.

Lo de abrir la puerta sin llamar, digo, era evidente que no estaba acostumbrada a llamar a la puerta.

Primero, porque con Kike no lo hacía, como es obvio, y segundo, porque todavía no me había hecho a la idea de que Peter Parker dormía en la habitación de al lado.

Lo otro no, lo otro fue queriendo.

Ya que estamos...

¿Es que hay alguien en su sano juicio que no se hubiese quedado mirando esa vara del pecado?

Me declaro inocente por entrar sin llamar y culpable por tener ojos en la cara.

—Los ojos los tengo en la cara —me soltó.

Hablando de ojos...

—Perdón.

Fue lo único que pude decir antes de cerrar corriendo la puerta del baño y morderme el labio. Sentía cómo las mejillas me ardían de vergüenza y me temblaban hasta las manos.

¡Qué tonta!

A ver... Masi, son solo unos genitales.

¿Genitales?

Genitales masculinos, sí.

¿Quién hoy en día llamaba a “eso” genitales masculinos?

Chorra, falo, colita... de toda la vida.

Pues eso, un pene.

¿Un pene?

Eso no era un pene, querida... ¡Una anaconda en todo caso!

Me pegué yo sola un golpecito en la cabeza con la palma de la mano cuando me di cuenta de la conversación tan inútil que estaba teniendo con mi subconsciente.

Eso no tenía ni pies ni cabeza.

La conversación, digo, porque lo que Rodrigo tenía entre las piernas tenía una cabeza bien gorda.

Y yo seguía ahí, petrificada como si me hubiera mirado un basilisco, como una imbécil.

Y él dentro, dispuesto a ducharse, a frotarse con el gel, el cual olía de maravilla porque era el que yo había traído de mi anterior casa, ese cuerpo del demonio.

Frena.

Es tu compañero de piso y punto pelota.

Me acerqué de nuevo a mi habitación y Benito seguía roncando.

Maldito gato, podría estar haciendo algo indebido con lo que distraerme y quitarme esa imagen de la cabeza.

Así que fui a la cocina y preparé un café con leche a ver si me sosegaba un poco, tras dejar mis cosas de nuevo en mi habitación.

Cuando llevaba media taza de café ingerida, escuché a Rodrigo abrir la puerta del baño y dirigir sus pisadas hacia la cocina.

—Norma número uno: antes de entrar, toca.

Asentí como una niña asustada, los ojos puestos en la barra americana de la cocina.

Pero realmente no sentía miedo, sentía vergüenza pura y dura.

Uno de esos momentos de “Tierra trágame”.

Puso un folio garabateado ante mis ojos sin decirme nada.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—Es el Contrato de Convivencia Doméstica Mutua y Equitativa.

—Perdona, ¿qué? —Parpadeé varias veces.

—El cuadro de tareas del que hablamos ayer, lo hice anoche antes de dormir.

Observé el cuadro con interés.

—Verás, tú te encargarás de la limpieza de la cocina los lunes y los jueves, mientras que yo me ocuparé los martes y los viernes. Los miércoles los dedicaremos a limpiar el baño, y los fines de semana compartiremos la responsabilidad de limpiar el resto del apartamento —me explicó.

Levanté una ceja, lo tenía todo súper controlado.

—Básicamente un tratado de paz para evitar que el apartamento se convierta en un campo de batalla —añadió.

—¿Y qué hay de las lavadoras? —pregunté.

—Pues... —dijo rebuscando un bolígrafo en el bolsillo delantero de su camina de color rosa—. Los lunes para ti, los martes para mí y los miércoles son de reconciliación después de discusiones absurdas, que las tendremos.

—¿No decías que era un tratado de paz? Podemos añadir que los jueves son de ritual de baile de la cocina —le dije con sorna.

Rodrigo no pudo evitar soltar una carcajada, y admito que ese sonido hizo reaccionar a todas mis células bajo la piel.

—¿Ritual de baile de la cocina? —preguntó entre risas.

—¡Claro! —le di coba—. Es una tradición ancestral para alejar los malos espíritus y promover la armonía en el hogar —respondí con total seriedad fingida.

Aguanté la risa mientras me tendía el bolígrafo y acercaba mi mano al papel para firmar.

—¿Qué pasa si no cumplo con alguna de las cláusulas? —pregunté, porque aunque mis padres desde pequeña me habían inculcado ser ordenada y limpia, reconozco que a veces lo llevaba mal.

Menos con las cosas de Benito, porque Benito era sagrado.

—Entonces, según la sección 3, inciso B, Benito será lanzado por el balcón— respondió Rodrigo con una sonrisa traviesa.

—¡Estás de broma! —exclamé.

—Claro que estoy de broma. Además, es tu gato quien quiere asesinarme.

—No es verdad —dije con la boquita pequeña.

—Pero es importante tener estructura y organización en la vida, Masi. De lo contrario, todo se convierte en un caos.

Asentí con la cabeza, tenía razón.

—Claro. Esta tarde vamos al súper.

—Tengo que estudiar —dijo él rápidamente.

Arqué las cejas.

—Y yo tengo que colocar todas mis cosas y trabajar. Es lo que hay, Peter Parker.

Rodrigo suspiró.

—¿Algo que decir? —pregunté con voz aguda.

—No, nada que decir. Estoy intentando ser proactivo y resolver cualquier posible conflicto antes de que surja, así que sí... Esta tarde iremos al súper.

—Me alegro de que estemos de acuerdo en esto —dije.

—Me marchó a trabajar —me informó en lo que se servía un café solo, ignorando mi último comentario.

Se lo bebí de un trago y añadió:

—Que tengas un buen día.

—Igualmente.

Escuché la puerta cerrarse y por fin pude relajarme.

Me di una ducha rápida que consiguió templarme los nervios y, después de vestirme, desperté a Benito para darle el desayuno.

—Tranqui, el maromo no está... —le dije al ver que salía precavido de mi habitación.

Le puse una lata de comida natural y después adecenté mi habitación.

Luego le eché un vistazo al balcón, sin duda necesitaba una buena limpieza si quería utilizarlo para practicar deporte.

Así que me empleé a fondo en ello hasta más o menos las once y media de la mañana, a pesar de que mis cosas todavía seguían dentro de las cajas.

Pero una cosa después de la otra, aunque yo solía muchas veces hacer las cosas al contrario.

Después me hice otro café y revisé mi correo.

Nada que no pudiera esperar, normalmente solía trabajar por las tardes, y reservaba las mañanas para mis citas en locales, entrevistarme con nuevos clientes y hacer deporte.

—Genial, vamos a comprar plantitas y algo para comer—me dije a mí misma en voz alta.

Decorar el balcón se había convertido en mi nueva prioridad.

Me ilusioné de inmediato con la idea, así que no demoré más mi partida y salí de casa.

Fui a paso rápido hasta un vivero pequeño que había localizado por Internet y no vacilé en entrar cuando llegué a la puerta.

La mujer que me atendió fue muy agradable.

Salí de allí más contenta que unas castañuelas.

De camino a casa, fui cargada con un rosal blanco, un par de cactus pequeños, una planta de manzanilla, otra de menta, unas cuantas bolsas de semillas e ingredientes básicos para hacerme un plato de pasta.

Cuando llegué al portal, miré hacia mi nuevo balcón y observé a Benito asomar la cabeza por la barandilla.

Genial, ahora tendría que comprar una red de protección.

No había caído en eso.

Cuando subí y entré al piso, lo dejé subir al sofá y le acaricié la cabeza.

A ver qué se pensaba, el Rodrigo este...

Después me dispuse a ordenar el balcón e instalar los nuevos seres vivos a mi cargo.

No planté las semillas, se me había olvidado comprar maceteros y tierra.

Cabecita loca, la mía.

Una vez estuvieron las nuevas plantitas ubicadas a mi gusto en aquel maravilloso balcón, me dispuse a desembalar algunas cajas y a colocar mis cosas en su sitio, ignorando la creciente curiosidad que se me había instalado en el estómago de ir a husmear en la habitación de Rodrigo.

Cuando se hizo la hora de comer me hice la pasta con tomate.

En lo que me comía aquellos espaguetis sosos, porque cocinar no era mi fuerte, Rodrigo entró en casa.

—Lo siento, no he preparado nada para ti —me disculpé nada más verle.

—No tienes porqué, soy ya mayorcito.

Vaya, qué borde el tío. Ya sabía que era mayorcito. Cuando entablamos conversación el día anterior, me dijo que tenía treinta años.

—No sabía que venías a comer, de todas formas.

—Tranquila.

—¿Todo bien? —le pregunté al observar su ceño fruncido, porque esta mañana estaba de lo más gracioso.

—Mucho trabajo, eso es todo.

—¿Estás cansado?

—Sí —me contestó de manera seca.

No dije nada más y me centré en ingerir los espaguetis.

Así, en bucle, hasta que terminé.

Rodrigo pidió comida a domicilio y se sentó en la barra americana de la cocina.

¿Qué obsesión tenía con pedir comida a domicilio a todas horas?

—Siento las formas... cuando estoy cansado me pongo de mal humor.

—No tiene importancia —le dije recogiendo mi plato y mi vaso.

—¿Qué has hecho durante la mañana? —me preguntó para mi sorpresa.

—He limpiado el balcón, no veas cómo estaba... Después he ido al vivero a comprar unas plantas y... ¿A que no sabes qué?

—No, ¿qué? —me dijo encogiéndose de hombros.

—Benito ya ha elegido su parte del sofá —dije poniendo morritos.

Eso por borde.

Rodrigo puso los ojos en blanco, suspirando.

Después se terminó su comida y se metió en su habitación.

Yo hice lo mismo, y cuando me desperté eran las cinco y media y Rodrigo seguía allí metido.

Quizá estaba dormido, pero teníamos que ir al súper.

—¿Rodrigo? —lo llamé tocando a la puerta esta vez.

—Pasa.

Allí estaba, tendido en su cama, con las gafas de pasta puestas, sin camiseta, un pantalón finito de pijama de color negro y con un ordenador portátil encima de sus piernas.

—¿Estás ocupado? —le dije apoyándome en el marco de la puerta de su habitación.

—Depende. Estoy estudiando —me avisó.

Me quedé callada unos instantes.

—Oye —le dije al fin.

Él resopló.

—Masi, te he dicho que estoy estudiando. Dime.

Puse los ojos en blanco. Para ser abogado y tener tantos estudios, parecía ser algo cortito, el chico, porque no se acordaba de que teníamos que llenar el frigo o moriríamos de inanición.

—La compra —dije.

—Oh, joder... Es verdad.

Benito entró haciendo ruido con sus patitas.

—El gato fuera de la habitación —dijo cerrando la tapa de su portátil.

—Benito, vete.

Pero él no se iba.

—Tranquilo, no va a hacer nada.

Rodrigo resopló, pero no dijo nada.

—Me visto y vamos.

—De acuerdo, me parece...

Pero interrumpí mi frase al descubrir de reojo que Benito estaba haciendo pipí en un rincón de la habitación de Rodrigo.

Dios.

—¿Qué pasa? —me preguntó él al comprobar que me quedé callada y no terminé mi frase.

—¿Eh? Nada.

—Masi, ¿qué pasa?

Me mordí el labio inferior intentando esbozar una sonrisilla, pero solo me salió una mueca.

Los ojos se me fueron al lugar donde el pis de mi gato reposaba calentito y recién hecho y Rodrigo miró hacia allí.

Me tapé los ojos con una mano y agaché la cabeza.

Él se levantó corriendo de la cama, asustándome, y fue hacia aquel rinconcito que Benito había saboteado.

—Dime que esto no es pis de gato.

—No es pis de gato.

—¿Me estás vacilando, Masi? Porque no estoy de humor para tonterías.

—Lo siento, lo siento, lo siento.

Me levanté corriendo y fui hacia donde él se encontraba.

El gato salió corriendo despavorido.

—Límpialo antes de que me dé algo.

—Voy.

Maldito Benito.

En un abrir y cerrar de ojos llené el cubo de fregar de agua y le puse mucha lejía, pues fue lo único que encontré en un armario bajo de la cocina.

Repito: teníamos que ir al súper.

—Ya estoy —le dije una vez estuve dentro de su habitación, fregona en mano.

Limpié el pipí y me sentí más tranquila.

—¿Has echado lejía?

—Sí. ¿Qué pasa?

—Masi... ¡Es tarima flotante! Me encargaré personalmente de comprar cada producto de limpieza... ¡Dios! ¡Tienes que utilizar el producto adecuado!

Me volví a morder el labio.

Vaya por Dios... Qué desastre era.

Pero ¡si solo había eso en la casa!

—Solo he encontrado esto.

—Da igual. Apúntalo para la próxima vez.

¿Apúntalo para la próxima vez? ¿De qué va este tío?, pensé.

A ese paso tenía los pies de la casa más fuera que dentro.

Ni próxima ni nada.

¿Qué podía hacer yo si Benito luchaba por mí como si fuera una damisela del medievo?

Estaba claro que Benito había hecho eso porque estaba marcando territorio.

¿Debía castrarlo?

¿O castraba a Rodrigo para que no hubiera competición de machos?

8

Rodrigo

Que me había hecho el loco para no ir al supermercado en un principio era un hecho, que me había salido el tiro por la culata, también.

Aunque admito que estaba un poco reticente al principio porque tenía que estudiar, finalmente acepté, pensando que sería una excelente oportunidad para conocer mejor a mi compañera y quizás descubrir si su extravagante personalidad se reflejaba en su elección de alimentos.

Además, era tan responsabilidad suya como mía.

Del pis del gato, prefiero no comentar nada.

Gracias.

Masi salió junto a mí del edificio con bolsas reutilizables en mano, preparada para conquistar el universo, mientras que yo me aferraba a mi lista de compra mental en la que había mucho limpiasuelos para tarima flotante como si fuera mi única tabla de salvación en medio de un naufragio.

Fuimos en mi coche hasta allí y, cuando estuvimos frente a la puerta automática, nos miramos.

Aquello era de locos, tenía la sensación de que una nueva trifulca surgiría entre nosotros.

¿Deberíamos hacer otro acuerdo también para la compra semanal?

La misión estaba a punto de comenzar.

Nos adentramos en el supermercado, y de inmediato nos vimos rodeados por un mar de opciones: estanterías llenas de productos coloridos y tentadores que clamaban por nuestra atención.

Masi se detuvo frente a un expositor de chocolates y comenzó a examinarlos con interés.

—¿Qué te parecen estas chokolatinas con caramelo y sal marina? —preguntó, sosteniendo uno de los paquetitos con un brillo peligroso en los ojos.

—Mejor no, no quiero que mi dentista compre un yate nuevo gracias a mí —bromeé, tratando de resistir la tentación—. Además, ¿sal marina? ¿Qué mezcla es esa?

Masi rio, pero no dejó las barras de chocolate en su lugar.

La miré y en su defensa dijo:

—Mañana es sábado, mi día de hincharme a comer mierda. ¿Recuerdas?

—Cierto.

Continuamos avanzando por los pasillos, discutiendo sobre la marca de pasta de dientes más efectiva y el papel higiénico más suave.

—¿Qué opinas sobre esta marca de cereales? —preguntó Masi, sosteniendo una caja de colores vibrantes.

—Bueno, si te gustan los cereales que saben a cartón, adelante —respondí, provocando una mirada divertida de Masi.

—Tú te lo pierdes —replicó ella, dejando la caja en el estante con un suspiro dramático.

Después llegamos a la sección de frutas y verduras.

Me detuve frente a un montón de aguacates, examinándolos con atención.

—¿Sabes que en el mercadillo de alimentos semanal están más baratos? —me preguntó con el ceño fruncido.

—¿Y quién va a ir? Porque yo no.

—Ni yo.

—Pues nos los llevamos —dije metiendo los aguacates en el carro—, son perfectos para hacer guacamole —añadí, sintiéndome sorprendentemente emocionado por la perspectiva de una tarde de películas y guacamole casero.

Con Masi.

Si podía ser, con un pantaloncito corto de pijama.

Dios, estaba enfermo.

Llegamos al pasillo de las legumbres y Masi abasteció el carro con paquetes de lentejas, alubias, garbanzos...

—Espero que en casa haya *Aero-red* —apunté mirando las legumbres con desconfianza.

—¿El qué?

—Pastillas para los gases.

—¿Las legumbres te dan gases?

—A mí muchos. Pero lo decía por ti —dije sonriendo.

—¿Me estás llamando pedorra? —se escandalizó ella.

—Solo digo que no quiero morir gaseado por tu trasero.

Masi apretó los labios, poniendo una cara fea, pero no dejó las legumbres.

Después cogió un paquete de arroz.

—¿No será mejor coger las bolsitas individuales que vienen ya congeladas? Se hacen en el micro en cinco minutos.

Masi rodó los ojos hacia arriba.

—Valen más caras —dijo.

—Si te pones a calcular lo que te cuesta el agua para hervir el arroz y el gas... Recuerda que tenemos butano —le dije.

Estaba siendo repelente, lo sabía, pero también sabía que tenía razón.

—Eres exasperante. De acuerdo, coge las estúpidas bolsitas. Pero eso solo nos da para cinco raciones. En cambio, con el paquete...

Dejé a Masi hablando sola y fui a buscar las bolsitas.

También pasé después por el pasillo de los productos de limpieza y cogí de todo.

Sí, mucho detergente para suelo con tarima flotante.

Casi tenía ganas de poner etiquetas o algo así, para que Masi no volviera a equivocarse de producto.

Aunque, en realidad, lo ideal sería que ese saco de pelos no volviera a hacer sus necesidades en mi dormitorio.

La vi acercarse a la zona de carnicería y pescadería.

Cogió el numerito y esperó, por lo que me di prisa en abastecerme de todo lo que quería e ir hacia allí.

Necesitaba elegir carne de calidad, estaba seguro de que Masi cogería alitas de pollo y poco más.

Para que no se quejara, me hice también con unos cereales integrales para ella.

O, al menos, eso pensé.

—¿Cuándo nos toca? —Dejé todas las cosas en el carro y la miré.

—Nos quedan dos números.

Observé que había llenado el carro con productos de aseo y alimentos de primera necesidad como pasta, huevos, queso, leche, agua mineral...

También había algunos refrescos y varias bolsas de patatas y golosinas.

—¿Piensas comerte todo eso? —le pregunté.

—Pues sí —dijo ella a la defensiva.

Me pregunté dónde metía todas aquellas porquerías en aquel cuerpecito de alfiler.

Casi zarandeeé la cabeza al imaginarla en ropa interior.

¿Qué?

Ella me había visto el manubrio esa misma mañana, sería lo justo, ¿no?

—Mira, he traído cereales —le dije para calmar los ánimos.

Le mostré la colorida caja, la cual Masi examinó con el ceño fruncido.

—Rodrigo, son cereales para perros.

Sentí cómo el color me subía a las mejillas cuando miré la caja con horror.

Pero Masi se rio y la humillación fue más pequeña.

—Anda, déjalos por ahí —me dijo divertida.

—¿Qué nos falta?

—Carne y pescado.

—¿Me dejas elegir la carne a mí? —le pedí.

—¿Por qué? ¿Hay alguna en especial que no te guste?

Negué con la cabeza.

—Quiero asegurarme de que comemos bien —dije simplemente.

—¿Insinúas que yo elegiría mal?

—Elegirías lo más barato.

Masi suspiró, sus orificios nasales dilatándose como si fuera un torito en medio de la plaza.

—Voy a por latas de conservas. Toma —me impactó el ticket de turno en el pecho.

Terminé comprando un pollo entero. Masi se puso contenta porque le dije al dependiente de la carnicería que hiciera pechugas, cortara a parte las alitas, me guardara las carcasas para caldo y los dos contramuslos a parte.

Salchichas blancas, pinchos morunos, un par de hamburguesas y...

—¿Eso es un chuletón?! ¿Cuánto vale eso? —exclamó Masi cuando vio al carnicero cortar nuestra porción.

—Lo que valga... ¿Qué más da?

—No, no da más.

—Masi, ¿sabes lo rico que está eso y la cantidad de vitaminas que tiene?

—Los estudios dicen que la carne roja da cáncer.

—Y mañana puede atropellarte un camión.

—¿Cuánto vale?

—Veintidós euros.

—¡¿Qué?!

Uno de sus ojos comenzó a bizquear.

Dios, iba a darle un ictus en tres, dos, uno...

—No pienso pagar eso.

—Te invito yo, pues.

Masi resopló y cruzó los brazos.

Después compramos algo de pescado y, por fin, nos dirigimos a la caja.

Pero de camino, porque no habíamos tenido bastante con los malentendidos y situaciones cómicas que habíamos protagonizado, también nos vimos envueltos en una batalla épica entre la mantequilla y la margarina, cogimos frutas y verduras, nos perdimos en el laberinto de las salsas de tomate y casi provocamos un desastre con una montaña de papel higiénico que amenazaba con caer sobre nosotros.

—¿Lista para enfrentarte al desafío de poner todo en bolsas sin que se rompa ningún huevo?
—pregunté con una chispa de diversión en los ojos.

Masi tenía una cara de enfadada que no podía con ella.

—Creo que estoy lista para cualquier cosa después de esta aventura en el supermercado —respondió.

—Ya te he dicho que el chuletón lo pago yo —le recordé.

—Muy bien.

—Y toma —dije sacando la cartera de mi bolsillo y tendiéndole el dinero de la habitación, el cual todavía no le había dado—, esto es tuyo.

—¿Siempre llevas tanto dinero encima?

—Lo saqué del banco ayer.

Masi asintió con la cabeza, cogió el dinero y se lo guardó en el monedero.

La cajera pasó toda nuestra compra, la cual embolsamos, y aquella odisea a lo largo de los pasillos del supermercado, terminó.

A pesar de todos los obstáculos y confusiones, nos habíamos mantenido unidos, o esa era mi sensación, riendo y disfrutando de la absurda aventura que estábamos viviendo juntos.

—Hemos sobrevivido— dijo Masi.

— Y sin perder la cordura —respondí.

Nos miramos el uno al otro y estallamos en carcajadas, sabiendo que aquella experiencia en el supermercado era solo el comienzo de muchas más locuras por venir en nuestra nueva vida como compañeros de piso.

9

Masi

Las nueve en punto de la mañana.

Segundo día despertando infartada bajo el mismo techo que Rodrigo.

Suerte que era sábado.

Me acordé al instante de todo lo que había comprado en el súper para aquella noche y la boca se me hizo agua.

Como también de mi cagada cuando Benito se hizo pipí en la habitación de Rodrigo.

Bichito meón.

Lo miré y tenía los ojitos ligeramente abiertos.

Cogí unos pantalones de deporte y una camiseta básica blanca que ya tenía colocados dentro del armario y me calcé unas chanclas negras de playa.

Me miré al espejo de la habitación y contemplé mi rostro.

Aceptable, pensé pasando los dedos por debajo de mis ojos. Aquel día no tenía demasiadas ojeras. Otros, parecían marcas moradas en forma de media luna.

Me hice un moño rápido y alto recogéndome todo el pelo y fui al baño a lavarme la cara y los dientes.

Después, bajé a Benito al suelo y rápidamente lo puse sobre la tierra de su caja, no fuera a ser que tuviera que aguantar otro numerito de Rodrigo si a Benito se le ocurría volver a mearse en algún sitio.

Aunque el día anterior había metido en el carro limpiasuelos para la tarima flotante como para parar un tren.

Estiré un poco las sábanas de la cama, volví a mirarme al espejo mientras el gato me observaba desde el suelo y en marcha.

Al pasar por delante de la cocina me encontré a Rodrigo tomándose una tostada acompañada de un zumo de naranja mientras hablaba por teléfono.

Normal que esté así de bueno, no veas cómo se cuida el tío, pensé.

Y, al instante, intenté que se me borrara la cara de idiota que se me ponía cada vez que me cruzaba con él desde que le vi en pelotas.

Mejor dirás desde que viste SUS pelotas, me dijo mi subconsciente cochinite.

Resoplé y me maldije a mí misma por tener la mente tan sucia.

—Buenos días —lo saludé.

Él levantó la vista de su tostada y me miró.

Qué guapo era.

Hasta siendo borde era guapo.

Pelo castaño claro y ojos de color miel, habíamos dicho.

—Buenos días —me dijo en voz bajita al tiempo que señalaba el teléfono con su dedo índice.

Asentí repetidas veces con la cabeza, levanté el dedo pulgar en señal de aprobación y me dispuse a hacer mi desayuno.

Tenía un hambre feroz, así que iba dispuesta a prepararme algo de campeonato.

Pero Rodrigo me sorprendió habiéndome preparado el desayuno mientras yo me levantaba.

Qué detalle.

Colgó el teléfono y centré mi mirada en la suya.

—Vaya, gracias, no lo esperaba.

—¿Y eso?

—Como eres tan...

—¿Tan...? —preguntó alzando las cejas.

—Olvidalo —le dije sonriendo.

—Masi...

—¿Sí? —me interesé cogiendo la tostada de mantequilla y mermelada de melocotón.

—Sé ser amable, ¿vale? Ya te dije que cuando estoy cansado me pongo de mal humor, pero no siempre estoy cansado y soy...

—¿Eres?

—Agradable.

—Ajá.

Suspiró.

—Además, nos lo pasamos bien en el súper, ¿no?

Puse morritos.

—Sí... —dije haciéndome la interesante, pero lo cierto es que había sido una experiencia agradable a pesar del chuletón.

—Si obviamos esa chuleta gigante y cara.

—Pienso hacerla hoy para comer.

—No pienso comer eso —dije.

—¿Por?

—Eso se come casi crudo.

—Es que si se hace más de la cuenta se queda como la suela de un zapato.

—Me da igual. Yo me haré para comer otra cosa.

Rodrigo puso los ojos en blanco.

—¿Con quién hablabas? —le pregunté para cambiar de tema.

—Un compañero de la opo me estaba preguntando acerca de uno de los temas. Me han enviado un par de cosas al email, luego las imprimiré en el ciber de aquí abajo.

—Ah.

—¿Qué vas a hacer hoy? —me preguntó.

Suspiré.

Lo cierto es que seguía preocupada por los pocos clientes que tenía, necesitaba levantar la empresa como fuera, poner ganchos, atraer clientes...

—Trabajaré un poco, después estrenaré el balcón para hacer deporte. Hace buen día. Rodrigo sonrió.

—A propósito del balcón. Ha quedado muy bien.

—Para que veas que sí sé limpiar. Gasté lo que quedaba de productos de limpieza en los armarios de la cocina de los anteriores inquilinos, por eso solo encontré lejía cuando Benito se meó —le expliqué.

—No me recuerdes eso... —Rodrigo cerró los ojos, exagerando—. Yo también lo aprovecharé para hacer deporte. Mientras tú curras yo haré eso, después podemos hacer alguna

tarea de limpieza entre los dos.

Sonreí.

—Me parece bien. Después de que tú termines en el balcón, iré yo.

—Y luego hacemos la comida.

—Perfecto.

Rodrigo terminó su desayuno y cogió de su habitación unos grandes auriculares.

Me fijé entonces en la camiseta ancha de tirantes que llevaba puesta y en los pantalones de deporte que hacían que se le marcara el trasero.

Bebí un sorbo de café y di el último bocado a mi tostada.

Accionó la música en su teléfono móvil y salió al balcón.

Yo cogí mi taza de café y mi ordenador portátil y me senté en el sofá, desde donde tenía unas vistas espectaculares, ya que podía observar de pleno el balcón.

Miré de soslayo a Rodrigo, quien tenía una cuerda de comba entre las manos, la cual no me había dado cuenta de dónde había sacado.

Tú a lo tuyo, pensé, así que abrí la tapa del ordenador, ingresé en Internet y me sumergí en un mundo de creatividad y estrategia que me hiciera levantar de una maldita vez mi imperio, había estado cavilando sobre ello la noche anterior, antes de dormir.

Porque era eso o masturbarme pensando en la anaconda de Rodrigo.

Y no era plan, lo acababa de conocer.

Desvié de nuevo la vista, Rodrigo saltaba sobre la cuerda, moviendo grácilmente los tobillos.

Negué con la cabeza, intentando concentrarme de nuevo en la importantísima tarea que tenía entre manos.

Utilizaría las redes sociales como mis aliadas, compartiendo fotos y videos de eventos anteriores, es decir: dos.

Pero algo era algo.

Rodrigo paró de saltar para beber un poco de agua. Observé sus labios pegarse a la boca de la botella.

Casi me dieron ganas de sacar la lengua, a ver si por arte de magia se alargaba y llegaba hasta allí.

¿Qué mierda te pasa?

Volví a lo mío.

Debía conseguir interactuar con una comunidad en línea ávida de inspiración, así que tenía que convertir mi sitio web en un escaparate digital.

Rodrigo volvió a saltar algunos segundos más sobre la cuerda de comba, pero después se cansó y la dejó sobre una mesita redonda que sostenía un par de macetas que había comprado el día anterior.

¿Qué piensa hacer ahora?

Moviendo la cabeza de un lado a otro, se puso a ras del suelo, haciendo una tabla y elevó su cuerpo en una flexión.

Oh, Dios mío...

En la página web mostraría mi portafolio de bodas y compartiría consejos útiles para futuros novios.

La respiración acompasada y sonora de Rodrigo al flexionar sus brazos soportando su propio peso hizo que lo mirara de nuevo.

Acuérdate del networking, pensé para distraerme, porque acababa de aparecer en mi bajo

vientre una punzadita de placer al verlo jadear por el esfuerzo.

Busqué en Internet ferias nupciales y eventos de la industria, pretendía establecer conexiones valiosas que me pudieran llevar a colaboraciones fructíferas.

Rodrigo se levantó y se quitó la camiseta.

Lo que me faltaba...

Su pecho de acero y aquellos abdominales en los que podía rayar queso para macarrones me obligaron a intentar tragar la baba que estaba empezando a generar.

¡Promociones irresistibles!

¡Eso!

Y descuentos especiales para atraer a nuevos clientes.

Ahora Rodrigo estaba haciendo las mismas flexiones pero con ese cuerpo sabroso desprovisto de tela molesta que lo cubriera.

Y los rayos del sol acudían a él.

Jadeé despacito.

Escribe a los proveedores, escribe a los malditos proveedores.

Eso hice, aunque el calorcillo que sentía por dentro no me dejaba pensar con claridad.

Pero lo que quería era colaborar estrechamente con proveedores locales, creando una red sólida de apoyo mutuo que beneficiaría a todos.

—Oh, joder... —casi sollozó Rodrigo.

¿Diría lo mismo al correrse?

Ya está.

Bragas carbonizadas.

Leí dos mensajes de *feedback* de mis clientes, utilizando sus sugerencias para mejorar constantemente y ofrecer experiencias cada vez más memorables.

—¿Todo bien? —pregunté casi sin respiración.

Verlo entrenar había sido un jodido espectáculo.

Con determinación y creatividad, estaba segura de que mi empresa pronto se convertiría en un referente en el mundo de las bodas y los eventos.

—No siento los brazos —dijo dejándose caer sobre el suelo.

Entonces Benito se acercó al balcón y, por ende, también a él.

Olisqueó su espalda desnuda y mojada de sudor.

Tragué saliva.

Quién fuera Benito en este instante.

Maulló de un modo que no supe identificar y Rodrigo dio un respingo sobre sí mismo, poniéndose a cuatro patas al instante y haciendo que el gato saliera corriendo despavorido hacia la cocina.

—¿Dónde está? —dijo con la respiración entrecortada.

Yo me moría de la risa.

—Ha salido corriendo en cuanto te has movido.

Rodrigo tenía la cara desencajada y la respiración acelerada.

—¿Ves? En cuanto me ha visto derrotado ha venido a matarme.

Solté una carcajada aún más fuerte y cerré el portátil.

—Solo te estaba oliendo —le dije.

—Lo quiero lejos de mí —me señaló con el dedo seriamente—, es peligroso.

Puse los ojos en blanco, me levanté del sofá y me marché hacia mi habitación para

cambiarme de ropa.

Era mi turno de utilizar el balcón.

10

Rodrigo

Cogí un par de plátanos, me sequé el sudor con una toalla limpia de lavabo y me puse de nuevo la camiseta.

Localicé lo que Benja, mi compañero de oposición, me había enviado al correo electrónico, y avisé a Masi de que iba a imprimir los documentos al ciber.

De paso caminaba un poco.

Cuando llegué de nuevo a casa, con los nuevos apuntes en la mano y los plátanos ingeridos, Masi ya estaba en el balcón.

Había encendido incienso y sonaba música zen, la cual provenía del televisor y estaba puesta a todo volumen.

Fui a mi habitación a por el archivador donde guardaba todos los documentos respecto a la oposición, cogí un lápiz y llegué de nuevo al comedor.

La luz natural que entraba por el ventanal y el balcón me ayudaría a concentrarme, de la música dudaba un poco, estaba demasiado alta para mi gusto.

No obstante, el deporte me había sentado genial y estaba de buen humor.

No sabía dónde se había metido el demonio peludo, pero tanto me daba, no quería que se volviera a acercar a mí nunca más.

Me senté en el sofá y coloqué el archivador sobre mis rodillas.

Había llegado el momento de ponerme serio y organizar todo el temario, más después de que Benja me hubiera dicho que habían añadido algunos archivos más, los cuales acababa de imprimir para sumarlos al montón de apuntes que tenía en ese momento entre las manos.

Suspiré, deseaba realmente aprobar, pero todo eran trabas.

El bufete estaba bien, no obstante, no soportaba a mi jefe.

Levanté la mirada y dirigí mis ojos hacia el balcón, donde vi a Masi, quien con la elegancia de una pantera hacía cosas que me parecían casi imposibles.

Carraspeé, sin poder evitar fijarme en cómo de ceñido le quedaba el conjunto de deporte que llevaba puesto.

Estaba claro que debajo de esos *leggings* llevaba tanga, porque las dos apetecibles molas que formaban su trasero, aparecían perfectas bajo la tela, sin ninguna marca de ropa interior.

También pensé en la posibilidad de que no llevase nada y eso hizo que la garganta se me secara.

Céntrate, estúpido.

Con un suspiro, comencé a revisar mis apuntes, hoja por hoja, mientras los clasificaba por temas.

Clavé la vista de nuevo en el balcón, y desde ese momento mis pupilas comenzaron a intercalar la atención entre los apuntes y ella.

Sus movimientos fluidos y gráciles parecían estar en perfecta armonía con el entorno, como si ella misma fuera una extensión natural del paisaje.

Su cuerpo se estiraba y flexionaba con suavidad, cada postura ejecutada con una precisión casi hipnótica.

¿También sería capaz de hacer posturas imposibles en la cama?

¡Santo Dios!

Con cada montón que terminaba, me sentía un paso más cerca de dominar el caos que se había apoderado de mi archivador.

Suspiré.

¿Cómo podía estar tan buena? Ahora que me fijaba mucho mejor...

Su presencia era como una bocanada de aire fresco en medio del caos de mis pensamientos. Cada vez que inhalaba y exhalaba profundamente, sentía cómo el estrés y la tensión se desvanecían, dejando espacio para una sensación de paz interior.

Yo sé una forma de quitar el estrés mucho más placentera, pensé.

Y no, no era precisamente ordenar mi archivador de apuntes, pero debía hacerlo.

¿Dónde iba exactamente la información que Benja me había dicho que imprimiera?

Me rasqué la cabeza con frustración, tratando de encontrar una solución a mi dilema organizativo.

Masi comenzó a hacer las posturas del gato y la vaca intercaladas, ofreciéndome una vista considerable de su culo cada vez que arqueaba la espalda hacia abajo.

Me removí inquieto en el sofá.

Tenía un culo increíble.

Idóneo para agarrar de forma lasciva.

En ese momento me dieron ganas de tocarlo desde atrás, prometiendo con caricias una sesión de sexo brutal.

Para, para, para. Te estás empalmando.

Finalmente, decidí crear una categoría especial para esos apuntes que no encajaban en ninguna disciplina.

Los etiqueté como "Interdisciplinarios" y los coloqué en un montón aparte, sintiendo un pequeño alivio al encontrar una solución para mi problema.

Aunque ahora tenía otro más grande: el de mi entrepierna.

Esa insoportable chica me ponía las venas de la polla como cuerdas de pozo.

Y era algo que no podía evitar.

Después subió la espalda hacia arriba, pero mantuvo las manos puestas sobre la esterilla, y dijo para mi sorpresa:

—Mira, Rodrigo, esta es la postura del perro boca abajo.

Asentí con la cabeza.

—Ah, muy bien —dije sin más.

Mi erección apretaba los calzoncillos y estaba de lo más incómodo, suerte que tenía el archivador para colocarlo encima.

¿El perro boca abajo?

Lo que yo quería era ponerla a cuatro patas y hacer que gritara de placer.

Me estaba volviendo loco.

Me estaba volviendo jodidamente loco.

Pero ¿por qué?

¿Acaso no había tenido suficiente con la relación nefasta con Valentina?

¿Cómo era capaz de fijarme en otra mujer tan pronto? ¿Y encima en Masi?

Comencé a mover la pierna de manera nerviosa, necesitaba concentrarme de nuevo en los apuntes.

En el entorno que me rodeaba.

En lo que fuera, con tal de no fijarme más en ella, porque tenía los huevos llenitos de amor en ese momento.

Tragué saliva.

Fijé los ojos en los papeles.

Finalmente había creado un sistema ordenado y coherente que me facilitaría estudiar y repasar la información en el futuro.

Bien, reto conseguido, ahora solo tenía que bajar la erección como fuera antes de que Masi terminara de hacer ejercicio.

Piensa en cosas tristes, piensa en cosas tristes, pensé.

Masi cambió de posición e hizo la postura del puente.

Aquello fue mi perdición.

Piensa, piensa, piensa.

Tenis.

Baloncesto.

Fútbol.

¡Eso es!

La alineación del Real Madrid, eso nunca falla.

Lateral derecho, Carvajal.

Portería, Courtois.

Central, Alaba.

Lateral Izquierdo, Mendy.

Doble Pivote, Kroos.

Las mallas marcaban perfectamente la rajita de su sexo.

¡Oh, Dios...!

Un calor incesante se apoderó de mi entrepierna.

Era casi doloroso.

Ahora que mis apuntes estaban en orden, me sentía listo para enfrentar cualquier desafío que se interpusiera en mi camino.

Cualquiera, menos ese.

Con determinación y un sistema de organización sólido, estaba seguro de que lograría alcanzar mis metas y triunfar en mis estudios.

Eso es, concéntrate en estudiar.

Piensa cinco cosas que veas.

Tres que oigas.

Dos que huelas...

Cerré los ojos, Masi no podía verme en esa posición y yo tampoco podía observarla a ella o me correría sin ni siquiera tocarme, como si fuera un jodido eyaculador precoz.

Pensé en las cinco cosas que podía ver, Masi no contaba.

Televisor, mesa, maceta, hojas de apuntes, lapicero.

Bien.

Escuchaba música zen, mi corazón palpar y la jodida voz de mi cerebro diciéndome que era un cerdo.

Olía el aroma a hierbajo de esa cosa que había prendido Masi y el miedo de que pudiera llegar a gustarme.

Abrí los ojos al instante, metí rápidamente todas las hojas dentro del archivador y me levanté como un resorte.

—Voy a la ducha —la informé sin mirarla—. No pongas más las varillas esas, huelen a droga y esto parece la sede de una secta.

No intercepté el entrecejo fruncido de Masi mirándome, porque me fui directo a la ducha.

Fue la primera vez que me hice una paja pensando en ella.

11

Masi

Cuando terminé de hacer ejercicio, recogí el balcón, limpié el polvo del comedor, barrí y fregué.

Rodrigo, tras su ducha, hizo otras tareas comunes y cuando me quise dar cuenta era casi la hora de comer y estaba muerta de hambre.

—¿Nos ponemos con la comida? —le pregunté.

Me había resultado extraño el tono con el que me había dicho que se iba a la ducha, como también el ácido comentario acerca del incienso que había encendido, pero no le di importancia por dos razones:

1. Porque cuando terminaba de hacer yoga o cualquier tipo de ejercicio estaba zen.
2. Porque Rodrigo era así y ya estaba empezando a acostumbrarme. Además, había estado con los apuntes mientras entrenaba, por lo que pensé que seguramente algo relacionado con eso lo había puesto de mal humor.

—Sí, estoy hambriento —contestó.

—¿Vas a hacerte la chuleta gigante? —dije riéndome.

—Voy a hacerla para los dos —apuntó.

—Ya te dije que no pienso comer eso —contesté negándome en rotundo.

—Pues tú te lo pierdes. —Rodrigo miró con determinación el chuletón que sostenía en su mano mientras se dirigía al balcón.

En la otra portaba un ladrón de enchufes y una plancha pequeña, y había colocado un trapo de cocina de cuadros rojos y blancos sobre uno de sus hombros.

¿De dónde había salido ese trapo?

Y, ¿estaba seguro de que esa chuleta cabía ahí?

Con un gesto teatral, colocó la plancha sobre la mesa del balcón y la encendió, haciendo un ruido satisfactorio que resonó en el aire.

—Mira esto, Masi —llamó Rodrigo, agitando el chuletón en el aire como si fuera una bandera de batalla.

Fui hacia el balcón con una sonrisa divertida en el rostro.

—¡Oh, sí, muy bonito! ¿Estás seguro de que no incendiarás el balcón?

Rodrigo me lanzó una mirada indignada.

—¡Por supuesto que no! Tengo el control total de esta operación. ¡Estoy en mi elemento!

—¿Tu elemento es el fuego, Peter Parker? Creí que era la tela de araña de edificio en edificio.

Él chasquéo la lengua contra el paladar y yo me eché a reír.

Me acerqué para ver cómo colocaba el chuletón en la plancha caliente.

El delicioso olor de la carne comenzó a llenar el aire, haciendo que nuestros estómagos gruñeran de anticipación.

Sí, el mío también a pesar de que no quería comer.

—¿Necesitas ayuda con algo? —pregunté.

—¿De verdad no quieres esto?

Negué con la cabeza.

—En serio, pruébalo al menos. Si quieres, trae unas patatas y las ponemos aquí en la plancha para acompañar. Y un par de latas de conserva. Oh, Masi, y los dos botellines de cerveza negra que pillé del súper.

Lo pensé durante un momento.

—Está bien, pero si no me gusta, me haré otra cosa —claudiqué. En todo lo demás estaba de acuerdo. Deseaba probar esa cervecita negra.

Tras hacer lo que Rodrigo me pidió, me senté en una silla, observando cómo trinchaba la carne.

Por lo visto, ya estaba hecha, aunque yo la veía más roja que un tomate.

—¡Listo! —exclamó—. Dejo la plancha encendida para que pongamos las patatas. Así, sí tú lo quieres más hecho, puedes poner cada trocito.

Después de servir el chuletón en un plato grande, Rodrigo miró con orgullo su obra maestra mientras el delicioso aroma llenaba el aire.

Oler, olía bien, pero yo no estaba demasiado segura de poder comerme eso así.

Rodrigo se llevó un trozo a la boca, y observé cómo al morder el pedazo de carne, un jugo bermellón caía sobre el plato.

Reprimí una arcada y mi cara debió de descomponerse.

—¿Qué pasa, Masi? ¿No te gusta el olor del chuletón a la plancha? —preguntó Rodrigo, desconcertado.

Fruncí el ceño y me llevé una mano a la boca, tratando de ocultar mi expresión de disgusto.

—Está muy poco hecha... —balbuceé.

Rodrigo me miró con incredulidad.

—¡Pero es el punto perfecto! Jugoso y lleno de sabor. ¡Debes probarlo!

Dudé por un momento, pero finalmente cedí ante la insistencia de Rodrigo. Si no lo probaba, no sabría si me gustaba, solamente me estaba dejando guiar por la vista, no por el gusto.

—Está bien, lo intentaré. Pero si me enfermo, la culpa será tuya.

Con una sonrisa triunfante, Rodrigo me instó a cerrar los ojos antes de tomar el primer bocado.

—No vas a ponerte enferma, esta carne se come así. Además, puedes hacerlo un poquito más.

—Vale.

Cerré los ojos y dejé que él mismo me diera a probar de su tenedor.

—¡Ahora, abre la boca y disfruta! —exclamó Rodrigo con entusiasmo.

Si eso me lo dijera en otra situación bien diferente...

Porque verlo ahí, cocinando, con el trapito en el hombro y esa carita de muñeco...

Oh, my God.

Titubeé por un momento, pero finalmente obedecí y sentí el bocado en la boca.

Sin embargo, en el momento en que paladeé la textura cruda de la carne mi rostro se transformó en una mueca de horror.

Me imaginé mi boca llena de sangre, la barbilla chorreando y...

Todo estaba en mi cabeza, era consciente, pero...

—¡Dios mío, Rodrigo! ¡Está crudo! —exclamé, luchando por contener las arcadas.

—¡Pero es así como se supone que debe ser! ¡Es lo mejor de lo mejor!

Lo miré con incredulidad mientras luchaba por tragar el bocado.

—Lo siento, pero no puedo. Me comeré las patatas y parte del aperitivo.

Rodrigo suspiró resignado, pero después sonrió.

Juntos, compartimos aquel ratito en el balcón, brindando con cerveza negra por mi incapacidad para comer el chuletón, sin ser conscientes de que no solamente la carne era lo que se estaba poniendo a tono en esa casa, sino también lo que estaba a punto de surgir entre nosotros.

12

Rodrigo

Me encontraba en mi habitación, con la mirada perdida en el techo mientras revolvía mis pensamientos una y otra vez.

Me había pasado toda la tarde estudiando en mi habitación, y no podía sacarme a Masi de la cabeza.

Bueno, mejor dicho, el calentón que había sufrido viendo a Masi hacer yoga en el balcón.

Pero ya no solo pensaba en eso, cada gesto, cada risa, cada momento compartido parecía grabado a fuego en mi mente, como el rato tan agradable que habíamos pasado juntos comiendo en el balcón.

Sonreí al recordar el rictus de horror en el rostro de Masi cuando probó la carne.

Aunque sabía que solo llevábamos casi cuatro días bajo el mismo techo y Masi era solo mi compañera de piso, no podía evitar sentir una atracción por ella.

Sin embargo, también era consciente de que no me hacía gracia dejarme llevar por esas sensaciones.

Después de todo, acababa de salir de una relación algo tóxica y no me apetecía meterme en otra ni tampoco arruinar mi convivencia con Masi.

Pero aún así, la idea de no hacer nada al respecto me llenaba de frustración.

Decidí que necesitaba un cambio de aires, algo que me sacara de esa espiral de pensamientos.

Así que, tomando una decisión audaz, me puse mi mejor camisa y salí a la calle, decidido a sumergirme en la noche de la ciudad y a conocer a alguien nuevo.

—¿Vas a salir? —me preguntó Masi desde el sofá.

El demonio peludo estaba acostado a su lado y yo gruñí en forma de desaprobación cuando lo vi.

Él me miró con los ojos entrecerrados, como si me estuviera diciendo con la mirada que aquel sofá era suyo.

—Sí, estoy un poco agobiado. Ya veo que tú lo tienes todo listo para tu sábado noche —apunté observando todas las porquerías que había metido al carro del súper el día anterior.

—Ajá.

—¿Peli?

—Algo encuentro seguro.

—Genial.

—Pásalo bien. —Me sonrió.

—Seguro que sí —le devolví la sonrisa, aunque en mi fuero interno me llegué a plantear la duda de si me lo pasaría mejor quedándome con ella a ver alguna película lacrimógena.

Salí de casa y caminé por las animadas e iluminadas calles de la ciudad, sintiendo la energía vibrante que fluía a mi alrededor.

Me detuve frente a un pub con música en vivo y risas que emanaban desde su interior, y decidí que era el lugar perfecto para comenzar mi noche de aventuras.

Al entrar al local, el bullicio y la música me envolvieron, y me sentí animado por la atmósfera festiva.

Me dirigí a la barra y pedí una cerveza, observando a la multitud mientras buscaba a alguien con quien entablar conversación.

Pronto, me encontré inmerso en una animada charla con un grupo de personas que compartían mis mismos intereses.

Reímos juntos, compartimos historias, bailamos y disfrutamos de la compañía mutua. Por un momento, pude olvidarme de mis pensamientos sobre Masi y simplemente vivir el momento.

Pero incluso entre las risas y la diversión, mi mente seguía regresando a mi compañera de piso una y otra vez. Ninguna otra chica que conociera parecía captar mi atención de la misma manera.

O eso me pareció hasta que conocí a Irene en la pista de baile, donde compartimos algunas copas juntos.

Por un momento, me sentí distanciado de mis pensamientos sobre Masi, disfrutando del momento.

Y me dejé llevar por el alcohol, la música, la noche y las manos de Irene rodeando mi cuello cuando nos besamos.

13

Masi

Rodrigo se marchó a dar una vuelta y yo, fiel a mi plan de la noche de los sábados a no ser que quedase con alguna amiga o tuviera una cita romántica con Kike, me quedé en casa.

No, con Kike, no.

Eran las ocho de la tarde y Benito estaba acurrucado a mi lado en el sofá, solamente entrecerró un poco los ojos cuando Rodrigo se despidió de mí al marcharse.

Después de ojear la cartelera de la plataforma en diferido que tenía contratada, finalmente decidí empezar con una clásica comedia romántica.

Benito parecía estar de acuerdo, ya que se acomodó aún más contra mí y ronroneó de satisfacción mientras comenzaba la película.

A medida que avanzaba la noche, Benito y yo pasamos de una película a otra, saltando entre géneros y décadas como si fuéramos los directores de nuestro propio festival de cine. Desde clásicos del cine negro hasta comedias absurdas, no había género que no exploráramos.

En medio de nuestra maratón, nos encontramos con una película de acción que prometía ser emocionante.

—¡Vamos, Benito, espabila! ¿Preparado para un poco de adrenalina?

Pero Benito simplemente bostezó y se acomodó aún más en mi regazo.

Diez kilos de gato, no te digo nada, pero era tan monino...

Entre película y película, no pude evitar pensar en Rodrigo. A pesar de que intentaba mantener mis pensamientos centrados en la pantalla del televisor y en pasar un buen rato con Benito, su imagen seguía apareciendo en mi mente de vez en cuando.

—¿Y si esto fuera una película? —me pregunté en voz alta mientras miraba fijamente la pantalla—. ¿Rodrigo sería el héroe o el villano?

Benito simplemente parpadeó y siguió concentrado en su siesta nocturna, como si mi pregunta no tuviera importancia, pero lo cierto es que yo, de alguna manera, desde que había contemplado su perfecto cuerpo en el baño, deseaba que me tirara su tela de araña en el...

Ejem, ejem.

Pero de momento lo único que pensaba meterme en el cuerpo eran las bolsas de patatas y las golosinas que había comprado para la ocasión, porque todavía estaba recuperando mi salud mental después de haber cortado con Kike, quien, por cierto, seguía llamándome a pesar de que no respondía sus llamadas.

Mira que era cansino, el tío.

¿Qué era lo que no entendía?

Cogí una patata y me la metí en la boca.

A medida que avanzaba la noche, parecía que desaparecían misteriosamente a un ritmo alarmante.

Benito y yo éramos unos verdaderos expertos en devorar snacks mientras veíamos películas, y no había cantidad de palomitas o gominolas que pudieran resistirse a nuestro apetito voraz.

Bueno, más yo que Benito.

—Deberíamos poner una franquicia de snacks —bromeé mientras abría una bolsa de pipas—. Seríamos millonarios en poco tiempo. Quizá esto de las bodas no tiene futuro.

Benito levantó la cabeza y me miró con lo que parecía ser una mezcla de desprecio y aprobación, como si estuviera de acuerdo con la idea pero no pudiera molestarse en moverse para llevarla a cabo.

A pesar del galimatías de pensamientos que tenía en la cabeza, me sentía feliz y en paz, rodeada de las cosas que más quería: mi gato, películas y montañas de snacks.

Benito y yo éramos un equipo imbatible, y no había nada que pudiera interponerse entre nosotros y nuestra noche de cine.

Nada, salvo el nabo de Rodrigo y su espalda mojadita de sudor que se colaba en mi cabeza como si fuera un pensamiento intrusivo.

Me quedé dormida en el sofá.

Cuello tieso y gato aplastándome las tetas hasta no poder respirar.

Miré la hora en el móvil: las dos de la madrugada.

¿Habría llegado ya Rodrigo?

Me encogí de hombros, ¿qué más me daba a mí?

Cogí al gato en brazos, no sin temer por una inminente dislocación de muñeca por el peso, y me fui a la habitación para meterme en la cama.

Me dormí de nuevo al segundo de planchar la oreja contra la almohada.

No obstante, un rato después comencé a escuchar ruidos extraños.

Abrí un ojo, entrecerré el otro.

¿Qué era eso?

—¡Ah! ¡Ah! ¡No, no, no!

Abrí los dos ojos de golpe y me levanté como un resorte.

Benito ni se inmutó, el muy mandril.

Pensé en que algo estaba pasando en la calle, así que fui directa a la ventana de mi habitación, que daba al exterior.

Ojalá la anciana a la que estaban asesinando sobreviviera.

Llamaría a la policía, eso es.

Pero cuando asomé mi nariz por la ventana, allí no había nadie, tan solo la solitaria luz de las farolas que alumbraban el portal.

No entendía, pero aquellos gemidos seguían sin cesar.

—¡Más! ¡Más! ¡Dame más!

Pero ¿qué?

Fue entonces cuando reparé en que no eran del exterior, sino que estaban dentro de la casa.

¡Ya está! ¡Rodrigo estaba viendo porno! Debía ser eso...

Seguro que el muy cerdo había llegado, se había puesto algún vídeo guarro en el comedor y se había quedado dormido con la chorra en la mano.

Fui a pasos cortos y silenciosos, como si fuera una vulgar ladrona en mi propia casa, hasta la puerta de mi habitación, dispuesta a abrirla y dirigirme al comedor.

Pero cuando tenía mi mano puesta sobre el picaporte, mis dedos cesaron en el agarre.

—¡Qué bien me lo haces! ¡Qué bien me lo haces!

Eso no es una película porno, y no viene del comedor.

Como una vecina cotilla y chismosa, con la intuición disparada a mil, pegué la oreja a la pared que daba a la habitación de Rodrigo.

—¡Síiiiiiiiiiiiiiiiiiii!

Aquella exclamación vino acompañada de golpes certeros y secos en esa misma pared, cosa que hizo que diera un respingo, asustada, y saltara patéticamente hacia atrás.

—La madre que lo parió... —mascullé.

—¡Sí, dale, dale, dale!

—¿Es que piensa derribar la pared? —pregunté para mí misma.

Entonces lo escuché a él.

Gruñó de placer y fue el sonido más sexy que había escuchado en mi vida.

Tanto, que mi pepitilla vibró.

La ha puesto fina, filipina, y tú viendo películas con el gato. Si es que eres tonta. Más que tonta, dijo mi cerebro el simpático.

La chica debía estar con la cara aplastada sobre la pared, la boca puesta en una mueca imposible, aguantando los empujones de Peter Parker.

¿Y yo?

Yo me había puesto cachonda de escucharlo.

Pero... ¿qué era lo otro que sentía?

¿Qué era lo que revoloteaba en el centro de mi pecho que no me dejaba respirar?

—Ha encontrado una *Mary Jane*... —susurré con resquemor.

Eso se llama celos, querida.

¿Celosa, yo?

Como una mona.

—Mañana pienso pedir su cabeza en bandeja de plata —murmuré toda digna—, y sus huevos de guarnición.

¿Cómo es que no se me ocurrió poner ese tipo de cláusula en nuestro contrato de convivencia?

14

Rodrigo

La noche había sido espectacular. Sin embargo, Irene se fue en cuanto nuestra sesión de sexo terminó y yo me quedé dormido bocabajo sobre mi cama.

A la mañana siguiente, no encontré a Masi en el comedor ni tampoco en la cocina.

Era domingo, así que igual había salido a algún sitio.

La llamé un par de veces en voz alta, pero no respondió.

Solo esperaba que el demonio naranja se quedara lejos de mí durante el tiempo que Masi no estuviera en la casa, porque no me hacía ninguna gracia quedarme a solas con él.

Recogí la ropa tendida que había en el balcón, la doblé alegrándome porque no hubiera lavado ropa interior de Masi, ya que se trataba de ropa de cama y toallas.

No, no te equivoques: no es que tuviera nada en contra de lavar sus pequeños tanguitas, al contrario, me alegré por ello porque así no tendría otro estímulo de tentación.

Follar con Irene no hizo que dejara de pensar en Masi.

Es más, sabía que estaba en la habitación de al lado, y entre empellón y empellón, imaginé que era ella quien estaba compartiendo sexo conmigo.

Supongo que el cartel de desequilibrado ya podía colgármelo en la frente.

Terminé de doblar la ropa y, por una parte, dejé las toallas en el baño, y por otra fui a la habitación de Masi.

Cogí el picaporte de la puerta, lo giré y entré en la habitación.

Entonces se me paró el corazón del susto, moví los brazos por la inercia, y las sábanas dobladas que pretendía guardar en el armario de la habitación de Masi, que era más grande, salieron volando por los aires.

—¡Coño! —exclamé llevándome las manos al pecho. Mi corazón latía como un loco.

Entonces observé la imagen que tenía delante.

¿Te acuerdas de esa escena de la película de *La Cenicienta*, en la que la madrastra está sentada en la cama con cara de haberse comido un limón agrio mientras acaricia al gato?

Pues Masi y el demonio naranja la habían encarnado a la perfección.

—¿Qué haces en mi cuarto? —me preguntó entonces.

Sus pupilas congeladas sobre las mías, la voz gélida.

Tragué saliva.

—Llevar las sábanas —le dije.

Después me dispuse a ir a recogerlas al trozo de suelo donde habían caído.

—¡Quieto! —exclamó ella—. Vete de mi cuarto, no quiero que estés aquí.

—¿Qué? ¿Por qué? Te he llamado cuando me he levantado. ¿Por qué no contestas? —le pregunté entonces.

No estaba entendiendo nada.

—Estoy enfadada, no pienso hablarte.

¿Enfadada? ¿Qué había hecho?

—¿Enfadada?
—Eso he dicho.
—¿Conmigo?
—¡No! ¡Con el Espíritu Santo, que ha venido esta noche a ver si puedo ser la segunda Virgen María!
—Pero...
—¡Fuera! —gritó señalándome con el brazo la puerta.
Benito bufó.
Dios, qué mal rollito.
Ya está, me va a matar. Se me va a tirar al cuello, va a morderme la yugular y moriré desangrado.
El gato, no Masi.
Bueno, ya no sé cuál de los dos podría hacerlo primero.
—Vale, vale —levanté las palmas de las manos hacia ella—. Pero ¿no vas a decirme lo que te pasa conmigo?
—Mira, Parker —dijo entonces levantándose de la cama, Benito saltó de ella y yo di un paso atrás—, ahora mismo quiero tu cabeza.
—¿Mi... cabeza? —titubeé.
Di otro paso hacia atrás.
—Dijiste que querías tranquilidad —dijo entonces.
—Sí. ¿Qué tiene eso que...?
—¡¿Cómo te atreves a poner a quien quiera que fuera mirando para Cuenca cuando tu habitación está pegada a la mía?! —exclamó con un grito agudo e histérico del que más tarde seguramente se arrepentiría.
—¿Qué?
—Debimos poner una cláusula en ese acuerdo absurdo que hicimos.
—¿Qué cláusula? —pregunté arqueando una ceja.
—No te hagas el tontito conmigo. —Levantó el dedo índice en señal de advertencia—. Sabes perfectamente de lo que estoy hablando. Os escuché anoche.
—¿Nos...?
Masi cerró los ojos con fuerza.
—Y no pienso volver a aguantarlo más.
—Pensaba que en eso teníamos libre elección —dije con el entrecejo fruncido, aunque admito que haber llevado a Irene a casa, no estaba en mis planes.
—Pues no, no la tenemos. No quiero a más mujeres aquí, ¿lo entiendes? —me dijo con contundencia.
Levanté una ceja.
—¿Celosa?
Me estaba poniendo como una moto.
Definitivamente estaba colérica, la rabia rezumaba por todos y cada uno de sus poros.
Estaba enfadada, le había molestado.
Y si le había molestado...
—¿Celosa? ¿Yo? ¡Venga ya! Por favor, Peter Parker... Lo único por lo que estoy así es porque valoro mis horas de sueño por encima de todas las cosas —dijo con condescendencia.
—Ah —contesté algo desalentado—, entonces no te importará que te cuente cómo ha sido mi

primer polvo después de dejarlo con Valentina.

Masi giró la cabeza como si fuera la niña del exorcista para mirarme.

Sus pupilas fijas en las mías, los ojos a punto de salir de sus cuencas.

Qué miedito.

Solo faltaba que me hablara con voz de diablo robotizada, me señalara la caja de tierra del gato y dijera: “Mira lo que ha hecho el guarro de mi hijo”.

—En tu vida —me dijo pronunciando todas y cada una de las sílabas lentamente.

Muy cerca de mi cara.

Tanto, que pude inhalar el aroma a menta de su aliento, llevaba un chicle en la boca.

Miré su boca, me provocaba demasiado.

Entonces me mordí el labio por no morder los suyos.

—Si yo no puedo traer chicas a casa, tú tampoco puedes traer chicos —le dije.

Masi soltó una carcajada mientras se dirigía a la cocina.

—Tranquilo, *Spiderman*, no tengo ningún interés en traer aquí a nadie.

—¿No? —pregunté sorprendido.

Masi negó con la cabeza.

—¿Y si pongo una corbata en mi puerta para que sepas que no estoy solo? —pregunté haciendo un mohín.

—¿Tan desesperado estás que necesitas traer a una chica distinta cada noche? —me preguntó.

—Ya que tú no quieres. —Levanté las cejas repetidas veces.

—Eres un idiota. Con Kike ya tuve suficiente.

—¿Quién es Kike?

Masi sirvió dos tazas de café y me tendió una.

—Vamos al balcón, que te vas a enterar de quién es Kike...

15

Masi

No, definitivamente debía cambiar ese sonido para la alarma o directamente cambiar de móvil, porque cualquier día tiraría el mío por el balcón.

Ocho en punto de la mañana, y mi cuerpo se había incorporado como si tuviera una palanca en el trasero cuando escuché aquel sonido horrible.

Aquella noche ningún gemido indeseado me había importunado.

Tras pasar un domingo tranquilo con Rodrigo, en el que pusimos verdes a nuestros exs mientras bebíamos botellines de cervezas y comíamos ganchitos, por supuesto que había dormido bien.

Sí, Rodrigo también comió ganchitos, toda una delicia de la infancia que, si todavía no habían retirado del mercado, sería que no eran tan malos.

Eran de esos que hacen que los dedos se te queden naranjas.

Yo quise chupar los suyos, porque ya se me había pasado el enfadito, los celos y todo.

Imagina que te digo esto con voz angelical y sonrisita de niña pequeña, justo todo lo contrario a cómo me puse con él.

No, no había conseguido sus huevos de guarnición, pero su cabeza en bandeja de plata poco me había faltado.

No quería a otra mujer dentro de esa casa. Ya está.

Si lo entendía, genial.

Si no... dos problemas tenía.

Yo era la reina, y Benito y Peter Parker mis súbditos.

¿Tan difícil era de entender?

¿Y no será que el gafitas te gusta un poco?, mi subconsciente no se cansaba nunca.

¿El gafitas a mí? ¡Ni hablar!

¿Por eso has reconocido haber sentido celos?, siguió.

No quiero hablar de esto. Hoy no.

Así que era lunes otra vez.

Cogí el teléfono y encontré un mensaje de Puri que decidí leer más tarde, quería levantarme ya, comer algo y asearme.

Benito se quedó durmiendo un poco más.

Cuando llegué a la cocina, encontré una nota pegada a la puertecita del microondas.

Hoy me marchó antes, tengo un juicio.

Nos vemos luego, que te cunda el día.

Besos, Rodrigo.

Vaya, aquello había sido un detalle.

Pero no solo eso, también encontré café recién hecho, así que sonreí cuando me serví una

taza.

Desayuné tranquilamente, me di una ducha en la que me recreé bastante bajo el chorro del agua tibia, lavándome el cabello, y después me vestí con ropa de deporte y me sequé el pelo.

Eran cerca de las nueve y media cuando cogí el móvil de nuevo para leer el mensaje de Puri.

Me decía que pasaba de ayudarme más con el negocio y que los últimos clientes que habíamos conseguido, es decir, los terceros, habían decidido prescindir de nuestros servicios.

Bufé cuando leí aquello.

Normal, no le pagaba todavía porque no podía pagarle, no sacaba tanto beneficio. Era la prima de una prima del pueblo que...

En fin, que había contado con ella con esa condición desde un principio, porque estaba empezando y ella necesitaba, a su vez, empezar también a trabajar en algo.

No voy a mentir, aquello me desanimó y volví a comprobar todo lo que había hecho el sábado por la mañana.

¿Qué era lo que fallaba?

Decidí poner un anuncio en Instagram con un buen banner en el que anunciaba los servicios que tenía disponibles en cuanto a eventos y celebraciones.

Le puse publicidad y, para despejarme, me puse a hacer cosas.

Me tocaba, según el cuadro de tareas que habíamos hecho Rodrigo y yo, la colada y la limpieza de la cocina, por lo que me puse manos a la obra.

Cuando terminé, almorcé algo ligero y miré de nuevo el móvil.

¡Siete posibles clientes interesados en saber más información!

—¡Toma, Benito! —exclamé mirando al gato—. ¡Remontamos!

Pero él pasó de mi cara y procedió a hacerse las uñas en la esquina del sofá.

Corriendo y con el móvil en la mano, me dirigí a él para decirle que ahí no, que en el rascador.

Feliz, volví a mirar el móvil y contesté cliente por cliente, ofreciendo mi número de teléfono para explicarles personalmente mediante whatsapp con más detalle.

¡Qué guay!

¡Menos mal!

Las cosas pasaban porque tenían que pasar.

Si Puri no me hubiera dejado colgada y esos clientes rastreros no hubieran prescindido de mis servicios, no hubiera hecho la publicidad de Instagram y no hubiera conseguido aquellas siete oportunidades que tenía por delante.

Ale, Puri, ahora te va a pagar quien yo te diga... Puedo sola, y lo voy a hacer sola. Y me da igual que tu madre hable con la mía. A mí, plin.

Contenta, encendí incienso, porque Rodrigo no estaba en ese momento para decirme que lo apagara.

Decía que le daba dolor de cabeza y que la casa olía a droga.

Él sí que olía a droga.

Una muy fuerte con la que a veces pensaba que no podía combatir.

Zarandé la cabeza

El timbre sonó y yo maldecí a quien quiera que fuera por venir precisamente en el momento en el que estaba dispuesta a cocinar.

¡Vaya horas!

Entre que se me daba bastante mal, y que ya iba con la hora pegada de tiempo...

Desde el instante en el que pisé aquella casa y me embarqué en aquella absurda aventura, la vida no paraba de sorprenderme, así que ese momento no fue para menos.

Casi no me dio tiempo a abrir la puerta, una vez hube recorrido el pasillo, pues una chica de punta en blanco entró como si fuese un vendaval sin ni siquiera saludarme.

Menuda educación para tratarse de una pija consentida, como seguro que era debido a su vestimenta.

La seguí después de salir de mi estupefacción y la encontré en el comedor.

—¿Dónde está?

—¿Disculpa?

—Te he hecho una pregunta —me dijo de malos modos.

—Oye, ¿quién eres tú? ¿Qué haces en mi casa? —le dije todo lo contenida que pude, la pija me estaba tocando las narices con su falta de educación y respeto.

Ni siquiera había dicho un mísero “hola” al entrar.

—¿Tu casa?

—Sí, mi casa.

—Así que vive contigo.

—¿Quién?! —dije exasperada.

¿De qué iba esa tía? ¿Estaba desequilibrada o había tomado algún tipo de polvito mágico?

¿Y por qué había dejado una pecera redonda sobre la mesa grande del salón?

No entendía absolutamente nada.

—Así que se ha buscado una nueva zorrita sin decirme nada.

Abrí los ojos tanto, que temía que se me salieran de las cuencas.

—Perdona, ¿acabas de llamarme zorra?

—Sí. ¿Algún problema?

—Pues mira, ahora que lo dices, muchos. Entras en mi casa como un huracán sin mi permiso, no me saludas, no sé quién eres, traes un pez y encima te tomas el privilegio de insultarme en mi cara. Tengo muchos problemas contigo, la verdad. No me gusta la gente maleducada como tú.

Aquella se carcajeó delante de mí.

Y encima se reía... ¡El colmo!

—No me cuentes tu vida, guapa. No me voy a ir de aquí hasta que no hable con Rodri.

¿Rodri? Dios mío...

—Bueno, pues Rodri —hice hincapié en su nombre, diciéndolo con retintín—, ahora mismo no está, está trabajando y yo no te quiero aquí, así que pírate, porque ya me estás cansando.

—¿Y si no? —me dijo encarándose a mí.

—Si no, te echo yo misma a patadas.

Bueno, bueno, bueno...

Aquel ser me había sacado lo peor de dentro, me había convertido en una arrabalera de cuidado, dispuesta a arrancarle las cuatro extensiones de la cabeza.

Nos aguantamos las miradas, retándonos, durante los cinco segundos más largos de mi vida.

Pero no iba a ser yo la primera que apartara la mirada.

Ella se lo había buscado faltándome el respeto de aquella manera.

Un instante después, Rodrigo abrió la puerta del piso con sus llaves y me llamó desde el recibidor.

Menos mal.

Lo que yo decía... Peter Parker convirtiéndose en *Spiderman* en tres, dos, uno...

Pestañee y aparté la mirada de la *chonija*, porque era una auténtica mezcla entre una choni y una pija.

O a lo mejor no.

Yo qué sé, ese recuerdo lo tengo un poquito difuso por lo que pasó a continuación.

Cuando la adrenalina me pega un subidón, luego se me suele olvidar lo que he dicho o he hecho en ese momento.

—Estoy en el comedor —contesté sin moverme.

—¿Has hecho algo de comer? He comprado ramen, han puesto un local al lado de...

Pero no terminó la frase, porque su cara palideció y se quedó quieto, plantado ante nosotras.

—Valentina...¿Qué haces tú aquí? ¿Cómo has dado con mi dirección?

—Tengo mis contactos —le contestó ella.

—Te dije que no me buscaras —advirtió Rodrigo mientras dejaba su maletín, el móvil y las llaves sobre la barra de la cocina americana.

—¿Estás con esta?

—Lo nuestro está acabado. Muerto. Ya te dije que no quería saber nada de ti. ¡Deja de acosarme!

Creo que tuve que cerrarme la boca con una de mis manos porque aquello sí que no me lo esperaba.

La mandíbula debía llegarme hasta el suelo.

Rodrigo tenía una ex novia, eso lo sabía.

¡Pero no me había dicho que estaba tan tarada!

—Pero, Rodrigo... —le suplicó.

—Ni Rodrigo ni nada. Vete, Valentina. He rehecho mi vida y te quiero fuera de ella a la de ya.

Valentina entrecerró los ojos con malicia mientras le observaba.

—¿Con ella?

—Sí —contestó al tiempo que se acercaba a mí y me rodeaba los hombros con uno de sus grandes y fornidos brazos—. Con ella.

¿Qué estaba pasando?

¿Cupido, le has flechado al picapleitos con mi amor y yo no me he enterado?

¿Cuándo hemos empezado a salir?

Mi cara era un poema, claro, pero imagínate la de Valentina.

La Valen estaba que le daba algo chungo en cero coma.

Y el contacto de la piel de las manos de Rodrigo con la mía...

¡Joder!

—Muy bien —dijo ella la mar de bien y súper convencida.

Pero convencida estaba yo de que era bipolar la tía.

O gilipollas, esa también era una buena opción.

Él pareció relajarse y dejó de rodear mis hombros.

Pues vaya, pensé poniendo los ojos en blanco.

Me parecía insoportable, pero a nadie le amarga un dulce.

Y después de lo de Kike...

No, con Kike, no, me recordó mi subconsciente.

Se separó unos centímetros de mí y ella aprovechó para pegarme un golpe en la nariz con una de sus manos.

Pero ¿qué...?
Así, por la cara...
¡Casi me tira al suelo la muy bestia!
Grité de dolor y me cogí el tabique de la nariz con ambas manos. Tenía los ojos aguados y noté la sangre líquida manar de mi nariz y recorrer mis dedos.
¡Será cerda, la tía! ¡Cerda, bestia y bipolar!
—¡Valentina! Pero ¿qué haces? ¡Vete!
Pero a ella no le hizo falta que Rodrigo la echase o volviese a repetírselo.
Se frotó un par de veces la mano con la que me había golpeado y se marchó a grandes zancadas.
—Cuida de ese estúpido pez —dijo.
Las mujeres somos así, cuando estamos enfadadas caminamos como si estuviéramos pisando cráneos enemigos.
Y así fue exactamente cómo ella hizo resonar sus pasos por la casa cuando se dirigió hacia la puerta.
Yo estaba flipando, como si estuviera en una fiesta y fuera trifásica.
¿Qué mierda era aquello?
—¡Cuánto lo siento, Masi! ¡De verdad! ¡Será bestia...! — se disculpó intentando examinarme la nariz.
—Ella bestia y tú idiota. ¿Se puede saber qué haces? ¿Por qué le dices que estás conmigo?
—Pues... para que se marchara, para librarme de ella. No te imaginas cómo me acosa, Masi. Lleva cuatro días quemándome el móvil a llamadas.
—Vete a la mierda, Rodrigo. Vete a la mierda —le dije muy cabreada al tiempo que me apartaba de él y me encerraba en el baño.
Menudo día... de mal en peor iba todo.
Aunque aquello no acabó ahí, se me quitaron hasta las ganas de comer y esa misma tarde tuve que presentarme en una cafetería con la nariz roja como un tomate y con un algodón todavía metido en uno de los orificios por si sangraba, para tener una reunión con unos nuevos clientes que no tenían disponibilidad por la mañana.
Menudo golpe me dio... la muy perra.
Y a eso tuve que sumarle los intentos en vano de Rodrigo durante el resto de la tarde por disculparse.
No paró hasta que me encerré en mi habitación con el gato y le grité que me dejase tranquila de una vez.
Estaba de un humor de perros a pesar de haber conseguido un nuevo matrimonio dispuesto a que yo hiciera sus sueños realidad con una boda de película.
Aquello no iba a salir bien, no podía salir bien.

16

Rodrigo

Periodo en mi habitación, sin saber qué hacer, se me pasaba el tiempo, como en aquella

canción de Mecano que mi madre solía escuchar cuando era pequeño.

Sentía la mente turbia y el corazón pesado.

Había puesto a Nemo, un pez que le regalé a Valentina por su último cumpleaños y que me había traído en aquella visita, sobre la cómoda de mi habitación, y la imagen de Masi con aquellos algodones en la nariz que se había tenido que colocar para detener la sangre que manaba de los orificios y los ojos llenos de dolor no dejaba de perseguirme.

Su nariz parecía un semáforo rojo en plena hora pico.

Valentina había cruzado una línea muy peligrosa al agredir a Masi.

Su comportamiento obsesivo y agresivo no tenía límites, y me llenaba de rabia e impotencia el hecho de que ella pudiera lastimar a alguien que me importaba.

Sí, acababa de reconocer que Masi me importaba.

¡Por supuesto que me importaba! Era mi compañera de piso aunque llevábamos apenas cinco días bajo el mismo techo.

Convivíamos y pasábamos muchas horas juntos.

Además, había algo en ella que se me había metido bajo la piel y no me dejaba respirar ni pensar con normalidad.

Ella me llamaba Peter Parker, pero más bien me sentía como *Superman*, porque desde ese mismo momento había empezado a pensar que era mi criptonita.

Estaba preocupado, mi ex le había hecho bastante daño.

Valentina era como un perro rabioso en busca de su hueso, y lamentablemente Masi había sido el hueso equivocado en el momento equivocado.

Y tampoco ayudaba en absoluto el hecho de que Valentina me acosara constantemente a través del teléfono, inundando mi bandeja de entrada con mensajes amenazantes y llamadas a altas horas de la noche.

Cada vez que mi teléfono sonaba, sentía como si fuera una alarma de incendios en medio de un concierto de rock.

Pero lo que más me preocupaba en ese momento era Masi. Sentía un nudo en el estómago y me reprochaba no haber podido protegerla de esa situación.

Menudo *Spiderman* de pacotilla estaba hecho.

Masi había sido mi roca desde el momento en que nos conocimos, aunque no hubiéramos empezado con buen pie, pues me había alquilado la habitación cuando más lo necesitaba, y ahora era ella la que necesitaba mi apoyo.

Me sentía impotente y enfadado, ni siquiera había comido, y a mí el ramen me había caído pesado en el estómago.

Además, había tenido que ir a una cita con una cliente con los dos algodones colocados en los orificios nasales.

Mis intentos de hablar con ella habían sido en vano, solo quería ver cómo estaba, acompañarla al médico si era necesario.

Pero no quería escucharme.

Mis horas de estudio se habían ido a la mierda aquella tarde, pero la verdad es que eso me la traía al paio.

Estaba decidido a hacer todo lo posible para asegurarme de que se recuperara y se sintiera segura de nuevo.

Con determinación, me levanté de la cama y me dirigí hacia su habitación.

Sabía que no podía arreglar todo lo que había pasado, pero al menos podía estar allí para ella

y ofrecerle mi apoyo y consuelo.

Yo qué sé.

A lo mejor a ti te parece un plan de mierda, es posible, pero no sabía qué más hacer.

Al entrar en su habitación, la encontré sentada en la cama, mirando fijamente al vacío con una expresión sombría en el rostro.

—Masi...

Benito bufó cuando me miró y yo puse los ojos en blanco.

—Me da igual que bufes —le dije.

—Te he dicho que me dejes —contestó entonces ella.

Aquello no iba a ser fácil, era consciente.

17

Masi

Maldije mi estancia en esa casa. Aunque más que una casa parecía un manicomio, porque no entraban y salían más que locos.

Y me incluía en ese saco, ya que no sabía quién cojones me había mandado a mí meterme en aquello.

¡Ah, sí! Rodrigo.

El maldito y estúpido Rodrigo.

Y buenorro.

Y maleducado.

Y guapo.

Y borde.

Y buen partido.

Y huraño.

Y con esas gafitas que le daban ese toque intelectual que...

¡Basta!

Estaba claro que mi subconsciente me estaba echando un pulsito y me estaba ganando.

Pero dejando aparte todo eso...

¡Me dolía la nariz horrores!

Incluso al respirar.

Pienso dejar de respirar, no respiraré nunca más, pensé súper convencida de ello.

¿Ves como algo en mi cabecita no estaba bien? Algún cable no hacía buena conexión.

Si no respiras, te morirás, insistió.

Aunque me muera...

Estaba claro que no podía dejar de respirar, pero aquella lunática me había dado un buen golpe y quizá por eso estaba un poquito gilipollas y pensaba esas cosas.

Quizá, también, por eso hacía ese tipo de tonterías, como seguir bajo el mismo techo con un completo desconocido y acabar con la nariz medio rota por culpa de la pirada de su ex.

Rodrigo ya no es un desconocido, pensé, y de algún modo ese pensamiento hizo que mi corazón se acelerara.

Estaba yo inmersa en todo aquel galimatías de pensamientos absurdos cuando unos nudillos tocaron a la puerta de mi habitación.

La puerta se abrió lentamente y Rodrigo apareció en escena.

—Masi...

Puse los ojos en blanco, no quería ni verlo.

Primero, me despertaban los gemidos de su ligue nocturno, y después acababa con la nariz así también por su culpa.

Benito bufó cuando lo miró.

—Me da igual que bufes —le dijo él.

—Te he dicho que me dejes —increpé yo, con la voz totalmente congestionada.

Pero él hizo caso omiso a mis palabras y se coló dentro de mi dormitorio.

—Y a mí no me importa lo que digas. ¿Puedo pasar? —me preguntó.

—Ya estás dentro —contesté de mal humor.

—Solo quiero saber cómo estás. Ni siquiera has comido y yo había comprado ramen...

El tono de su voz era una mezcla entre tierno y cauteloso.

—Quiero dejar de respirar —dije.

Él levantó una de sus cejas, pero no dijo nada.

—Aunque me muera —añadí.

—¿Te duele?

—De ahí a que quiera dejar de respirar —contesté borde.

—Deja que te vea.

—Ni se te ocurra acercarte a mí —le advertí.

Rodrigo bufó y Benito lo imitó.

Lo que me faltaba... Una guerra entre machos cuando mi nariz no estaba pasando por su mejor momento.

Entonces miró mi nariz a una distancia prudente como para poder inspeccionar los daños, pero sin acercarse demasiado.

—No parece rota.

—¿Sigue roja?

—Pues...

—¿Qué significa eso?

—No tiene...

—¿No tiene qué?

—Pues...

—¿Qué es lo que no tiene?! —grité exasperada.

—Buen aspecto —dijo por fin.

—Oh, Dios... ¿Qué he hecho yo en otra vida para merecer esto?

—¿Te ha vuelto a sangrar?

—No.

—¿Me dejas tocar? —me dijo acercándose un poco más.

¿Tocar? ¿Había dicho tocar? ¿Qué quería tocar?

—¿Cómo?

—La nariz.

La nariz, sí, por supuesto.

Se refería a la nariz, obviamente. No entendí por qué me puse tan nerviosa de repente.

Y se volvió a acercar.

Más todavía.

Estábamos cara a cara. Podía ver el marrón tan sumamente clarito de sus ojos y ahogarme en él.

Cuando sus dedos estuvieron cerca de mi tabique, moví la cabeza hacia atrás, cagada de miedo.

—Ay, no, no... no puedo, no puedo dejar que me toques.

—Solo quiero saber si está rota.

—¡Que tú no eres médico! —le dije entrando en pánico.

—Pero una vez un amigo se rompió la nariz.

—¿Y a mí qué me importa?

—Bien, pues iremos al médico —dijo entonces.

—No, no iremos. Debo trabajar. Han salido siete posibles parejas de clientes. Esta tarde me he reunido con una de ellas. No puedo perder el tiempo.

—Pero...

—No está rota, es el golpe.

—¿Ahora eres tú quien se las da de doctora? —preguntó él.

—Es que si estuviera rota me moriría de dolor, ¿no? —pregunté.

Claro que me dolía bastante, tenía un buen golpe, pero tampoco se me había deformado ni nada parecido.

Además, ¿quién se creía que era Valentina? ¿*Catwoman* o qué?

—Entonces, ¿no estás tan mal como yo creía? —me preguntó. Estaba tan cerca que pude inhalar el aroma de su dulce aliento.

—Eso es. Mi mayor problema es contigo, Parker, no con mi nariz —le dije.

Él se frotó la frente, parecía hastiado.

—Masi, no ha sido culpa mía...

—Esa tía —dije con énfasis—, no está bien. ¿Lo entiendes?

—Perfectamente.

—¡Me ha dado un puñetazo! ¡A mí! Pero ¿qué culpa tengo yo? Si ni siquiera sabía que existía. Bueno, sí, porque me hablaste de ella —maticé—. Es un ser... Me han dado ganas de decirle: ¡¿Pero tú quién eres?!

—Lo siento, Masi, créeme que lo siento mucho. No debiste presenciar ese espectáculo y mucho menos te mereces ese golpe.

—Te vuelvo a recordar que ha sido culpa tuya lo que ha pasado.

—¿Culpa mía?

—Exacto. Le dijiste que estabas conmigo. ¿Cómo eres tan mentiroso?

Rodrigo volvió a bufar, mostrando sus carrillos llenos de aire al tirarlo fuera de su boca.

—He dicho eso para librarme de ella.

—¿Y por qué tienes que meterme a mí en tus problemas? —le pregunté indignada.

Él se había alejado cuando la conversación se truncó al hablar de su ex, así que se volvió a acercar.

—Vale... Masi, mira, no quiero discutir. En serio, lo último que quiero es discutir contigo. No quiero que estés mal tú y tampoco que lo estés conmigo —me dijo con la sinceridad reflejada en sus ojos. —Perdóname, no debería haberte metido en esto.

Y entonces lo sentí: un vuelco en el corazón.

Inesperado. Fuerte. Casi doloroso.

Y estaba cerca, muy cerca.

Mucho.

Demasiado.

Se acercó lentamente a mí. Nuestros labios estaban a punto de juntarse.

Y entonces...

—¡Ah! —exclamó asustándome.

Benito le había saltado encima y le había mordisqueado un poco una oreja.

—¡Benito!

Me mordí el labio inferior.

El gato salió corriendo y Rodrigo se giró para mirar su carrera.

—¿Y tú me hablas de seres tóxicos? Ese gato sí que está malito de la cabeza, tía. Espero que no tenga la rabia ni nada parecido —dijo llevándose la mano a la oreja para comprobar que ni siquiera tenía sangre.

Me froté la frente con la mano, cansada de todo el día.

Bueno, más bien estaba agotada.

—Que no, que no tiene nada. Su cartilla de vacunación está al día.

Solo quería dormir y que aquellas veinticuatro horas terminasen.

En serio.

—Creo que voy a darme una ducha y me meteré en la cama.

—Vale, pero deberías comer algo.

—¿Ahora eres mi padre? —pregunté con un atisbo de sonrisa.

—No, pero sí que me preocupo por ti, aunque no te lo creas. Te he guardado un poco de ramen del que he comprado a medio día.

Asentí con la cabeza, agradecida, pero no me dejaría engatusar tan fácilmente por mucho que hubiéramos estado a punto de besarnos.

No y no.

Seguía enfadada.

Y punto.

—Luego si eso me lo como.

—Bien.

Rodrigo se marchó de mi cuarto y yo volví a quedarme sola.

Eres idiota, Benito, pensé muy a mi pesar.

18

Rodrigo

A la mañana siguiente me levanté antes de tiempo.

No había dormido bien pensando en todo lo que había acontecido el día anterior.

Era nuestro sexto día viviendo juntos y también el peor momento que habíamos vivido hasta la fecha.

Quería arreglar aquello como fuera, de algún modo no me sentía nada bien estando así con Masi.

Era...

Dios, el día anterior había faltado nada y menos para besarnos.

¿Cómo se me había podido ir la olla de esa manera?

Me atraía.

Me atraía mucho, eso estaba claro.

Y ya no era capaz de distinguir si el empeño que me empujaba a mejorar aquella situación era por esa atracción inaudita o porque me sentía culpable porque Masi tuviera la nariz como un pimientito morrón.

Me di una ducha, me vestí con un pijama limpio y comencé a preparar el desayuno, ya me pondría la ropa del trabajo después.

Encontré al demonio naranja sobre la barra americana de la cocina y solté un suspiro cuando nos miramos.

Recé para que no se revolviera de nuevo contra mí, solo me faltaba eso.

—Hola —le dije, pero él solamente se limitó a mirarme.

Claro, es que era un gato.

Un simple gato, pero el malnacido entendía absolutamente todo.

Me había odiado desde el primer momento, y sentía que ahora lo hacía más todavía.

—¿Qué haces aquí? Se supone que deberías estar durmiendo —le dije al tiempo que ponía la cafetera.

Él siguió mirándome como si nada.

Con un impulso acerqué mi mano para tratar de acariciarle la cabeza.

Pero Benito soltó un bufido y me enseñó los dientes.

Dios.

—Vale, vale, como tú quieras —dije apartando la mano, reconozco, cagado de miedo.

No es que Benito no me cayera en gracia, que también, es que me daba pavor, pero sentía que debía acercarme a él, así que lo intenté de nuevo, pero esta vez colocando la mano delante de su nariz.

Como me muerdas, bicho...

Tenía los huevos de corbata, esa era la verdad, pero debía probar suerte.

Benito me olisqueó un poco los dedos.

—Ya deberías estar acostumbrado a mi olor, ser maligno, aunque yo no me haya

acostumbrado a encontrar tus pelos aquí y allá.

El gato siguió oliéndome, pero entonces bajó al suelo y se fue a pasos lentos, haciendo ruido con las uñas en la tarima flotante, cosa que me hizo sufrir un poco por el material.

—De acuerdo —dije.

Al menos, no me había arrancado la mano.

El sonido del despertador de Masi no llegó a mis oídos, por lo que después de preparar un desayuno en condiciones para ella en una bandeja fui a su dormitorio.

La tibia luz del día se colaba por el hueco que quedaba libre en la ventana, pues la persiana no estaba del todo bajada.

Masi dormía plácidamente, no había rastro en su cara de malestar.

Bien.

Su nariz ya no estaba roja, aunque sí parecía algo inflamada.

Tampoco llevaba algodones en los orificios, pensé que aquello era una buena señal.

Tenía los labios algo hinchados de dormir y su pelo castaño se desparramaba por la almohada.

Dejé la bandeja sobre la mesita de noche y contuve la tentación de acariciar una de sus mejillas.

En lugar de eso, la llamé suavemente, rozando su brazo.

—Masi.

Ella soltó un gemido y mi sexo casi se apretó contra los calzoncillos.

—Ey... —susurré cuando abrió los ojos.

Pestañeó varias veces al enfocar su mirada sobre la mía.

—Mi nariz... —dijo en voz bajita.

—Parece que está mejor. —Sonreí y ella me imitó.

Estaba preciosa recién levantada, he de admitirlo.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó incorporándose en la cama.

—Te he traído esto —dije cogiendo la bandeja para ponerla sobre ella.

Masi abrió los ojos por la sorpresa, mirando todo lo que había preparado.

Una taza de café, zumo natural, tostadas con fiambre, algo de fruta...

—¿Para mí? —preguntó.

—Claro —dije suavemente.

—Anoche me comí el ramen —comentó—, estaba rico.

Sonreí satisfecho ante su veredicto.

—Me alegro de que te gustara.

—Gracias.

—¿Por? —pregunté.

—Por el ramen y... por el desayuno.

Mi corazón latió deprisa, y me lamenté por tener que romper ese momento para ir a vestirme y dirigirme al trabajo.

—Es lo menos que puedo hacer. —Ella sonrió—. Voy a vestirme, tengo que irme. ¿Estarás bien?

Masi asintió con la cabeza y yo salí de la habitación.

—Luego nos vemos —me despedí en el marco de la puerta.

—Vale.

Tonto, tonto, tono.

Más que tonto.

¡Podrías haber culminado el maldito beso!

Ya.

¿Y si me rechazaba?

¿Y si quien se llevaba un mamporrazo en la nariz era yo?

La situación se me estaba yendo de las manos.

19

Masi

La noche anterior no puse el despertador, necesitaba dormir sin saber que ese sonido estridente y molesto me despertaría después del día que había tenido.

Pero una suave voz se encargó de desprenderme de los brazos de Morfeo y, cuando abrí los ojos, allí estaba él.

Había entrado a mi santuario cuando todavía estaba dormida con una bandeja provista de un desayuno delicioso, cara de arrepentimiento, un pijama que sería pecado llevarlo en ese cuerpazo y el pelo húmedo.

¡Dios, dame estos despertares cada día!

Pero sin dolor de nariz, gracias.

Aquello era surrealista, me había traído el desayuno a la cama.

Qué detalle.

Y qué mono.

Joder, eso no facilitaba las cosas en absoluto.

Se suponía que yo debía seguir enfadada con el picapleitos, no derretirme por un acto como ese.

Señor, llévame pronto y sácame de este infierno, pensé

No mientas, el gafitas ayer estuvo a punto de besarte, me dijo mi subconsciente de nuevo mientras mordía la manzana.

¿Y cómo debía tomarme eso?

¿Como algo bueno? ¿Como algo malo?

¿Le daba pena por mi pocha nariz?

De momento, lo único bueno en lo que podía pensar, es que había despertado con ese dolor infernal de nariz bastante más leve, ya que la noche anterior, tras comerme el ramen, me había tomado un antiinflamatorio.

Aunque tampoco podía quejarme por haber amanecido de aquella guisa:

1. El maromo estaba para tomar pan y mojar.
2. Llevaba una bandeja en las manos con mi desayuno recién hecho.
3. Había entrado en mi habitación con ojitos culpables.

Una de cal y otra de arena, si es que ya lo dice el refrán.

Ya casi no me dolía al respirar, así que decidí tomarme el día con energía y buena vibra, además de seguir tomando calmantes.

Cuando Rodrigo se marchó, me levanté, di de comer a Benito, adecenté mi habitación y me puse a trabajar.

Aquel día no haría deporte, no me apetecía en absoluto que la nariz comenzase a sangrar de nuevo.

Concerté citas para hablar con los nuevos clientes en persona mediante whatsapp, fregué las tazas y los platos del desayuno y, libreta y estuche en mano, me senté en el sofá.

Delante, mi ordenador portátil listo para comenzar a trabajar en ese nuevo proyecto: el plan de boda de Joaquín y Laura, los clientes con los que me entrevisté personalmente el día anterior.

Fueron encantadores, incluso se mostraron preocupados por mi nariz, a lo que respondí cuando me preguntaron que había tenido un torpe accidente doméstico.

Lo sé, mentí como una bellaca, pero si contaba la historia real, sería todavía más difícil de creer.

Pronto me rodeé de papeles y notas adhesivas de colores brillantes, lista para meterme de lleno en preparar el plan de organización de la boda de mis nuevos clientes con entusiasmo y creatividad.

Con un bolígrafo en la mano comencé a trazar las primeras líneas del plan.

Primero, la lista de tareas, enumerando cada detalle, desde la elección del lugar hasta la selección de las flores y la música.

Luego, pasé a los horarios y cronogramas, asegurándome de que cada momento importante estuviera cuidadosamente planeado y coordinado.

Cada segundo contaba en el día de la boda, y estaba decidida a garantizar que todo saliera a la perfección.

Después de eso, la logística.

Analicé meticulosamente cada aspecto del evento, desde el transporte de los invitados hasta la disposición de las mesas y la comida.

Pero lo que realmente me emocionaba era la creatividad.

Había aprendido a pensar fuera de lo común y a agregar ese toque especial que hacía que cada boda fuera única y memorable.

Al menos, esa era mi intención, tenía que destacar para hacer que mi empresa creciera.

Con un destello de inspiración, comencé a esbozar ideas para la decoración y el tema de la boda.

Me imaginaba flores exuberantes, luces parpadeantes y una atmósfera de cuento de hadas que dejaría a los invitados boquiabiertos.

A medida que trabajaba, no pude evitar sonreír ante la emoción y la anticipación que sentía.

Organizar bodas era más que un trabajo para mí; había descubierto que era mi pasión, mi forma de hacer magia y crear recuerdos inolvidables para mis clientes.

Después de tres horas de trabajo diligente, finalmente sentía que había avanzado bastante y admiré lo que había hecho con orgullo cuando lo pasé todo al ordenador.

Sabía que aún quedaba mucho por hacer antes del gran día, pero estaba lista para enfrentar cualquier desafío que se presentara en el camino.

Con una sonrisa en el rostro y un brillo en los ojos, me levanté del sofá.

Ya había enviado la propuesta al correo de Joaquín y Laura y me sentía lista para llevar a cabo mi visión y hacer realidad los sueños de mis clientes.

Porque para mí, no había nada más gratificante que ver cómo el amor florecía en el día más especial de la vida de una pareja.

Estaba hambrienta, había dedicado la mañana a hacer todo eso y mi estómago rugía.

Fue entonces cuando me di cuenta de algo.

Eché en falta a Rodrigo, aún sabiendo que estaba trabajando y que volvería para la hora de comer.

Sí, lo extrañé.

Y no solo por el hambre, que también.

Lo eché en falta.

Al abogado.

A mi compañero de piso que realmente pensaba que era bipolar y que no sabía todavía por dónde pillarlo.

Porque, claro, un día era extremadamente borde conmigo y me echaba broncas absurdas y, al otro, intentaba besarme.

Intentaba besarme...

¡Intentaba besarme!

Sí, Masi, guapa, ya nos hemos enterado todos de que Rodrigo intentó besarte.

Mi subconsciente de nuevo, claro, no había minuto que no saltara para decirme las cuatro verdades que yo no veía o, quizá, que no quería ver por...¿Miedo?

¿Miedo?

Sí, miedo.

Tenía miedo de empezar a sentir algo por aquel chico al que no entendía y parecía ser incompatible conmigo.

¿Sentir algo?

No.

A ver... estaba claro que sentía una atracción física bastante potente. De esas que te retuercen el estómago y también los puntos bajos hasta el punto de, si se presenta la oportunidad, decirle: *empótrame y hazme tuya hasta que me olvide de cómo me llamo.*

Pero, de ahí a sentir algo más... de sentir amor...

Amor.

Qué palabra tan grande. ¿No?

Y tan bonita.

Y tan mala cuando te hace sufrir...

No.

Rotundamente no.

De ahí mi miedo.

No podía dejar que pasara a más.

No podía dejar que esa atracción física tan potente hacia él se convirtiera en mariposas en mi estómago.

No.

¿Y si pasa?

Si pasa asesino a las mariposas.

¡Pobres!

Asesino a las putas mariposas, he dicho.

Como podrás comprobar, mi subconsciente y yo teníamos una relación íntimamente estrecha

en la que nos decíamos todo lo que pensábamos sin filtro.

Los filtros no existían.

Y, pienso muy seriamente, que muchas veces la vida sería mejor si no hubiera filtros.

Aplicate el cuento, mona, me susurró.

¿Qué cuento?

Dile lo que te sucede.

Sí, claro, le digo que quiero que me empotre.

Verás como a él no le importa cumplir tus deseos.

Puse los ojos en blanco ante aquellas ocurrencias.

Por favor, no pienses que estoy loca.

Es más, dicen que hablar contigo mismo es de personas inteligentes.

Intenté no pensar demasiado en el hecho de que él no estuviera y seguí con mi pensamiento de tener un día más positivo que el anterior.

Así que, decidí hacer una comida rica para los dos.

Lláname lo que quieras, ilusa tal vez por ese casi beso. Realmente no sé porqué lo hice. Pero lo hice y punto.

Quizá era una manera de devolverle el gesto del desayuno que había tenido conmigo para volver a pedirme disculpas.

Encontré una receta en Internet de pescado al horno y a ello me puse.

Para cuando terminé, ya era la hora de comer y Rodrigo entraba por la puerta.

—¡Qué bien huele! ¿Lo has hecho tú? —me preguntó sonriente al tiempo que dejaba su maletín sobre el sofá.

—Exacto.

—¿Qué se celebra? ¿Ya no estás enfadada? ¿O Benito se ha largado con alguna novia?

—Pues...

Nada, no se celebraba nada, aunque mi nariz iba evolucionando positivamente.

Gracias, paracetamol.

Gracias, Benito, por no dejarme sola con mi nariz pocha y este espécimen buenorro e irte con una gata callejera.

Pero no podía decirle eso. Porque, de hacerlo, significaría que no había ninguna razón especial para hacerle la comida a una persona con tanto ahínco como lo había hecho yo.

Y claro, cuando haces ese tipo de cosas es porque esa persona te gusta o le tienes aprecio o la quieres.

No, no podía decirle eso.

Que no le quería, claro.

Pero...

Que te gusta, Masi, que te gusta. Quieres que te empotre. No hay más.

—Se celebra que he estado toda la mañana trabajando en el plan de boda de mis nuevos clientes —le solté con voz de pito.

—¿Te... pasa algo?

—¿A mí?

—No veo a nadie más.

—No, no. ¿Qué me va a pasar?

—No sé, te noto un poco nerviosa.

—Pues son imaginaciones tuyas.

—¿Qué tal lo tuyo? ¿Cómo lo llevas?

¿Lo mío? ¿Qué mío? ¡Ay, que se ha dado cuenta de que quiero que me profane el juju!,
pensé poniéndome nerviosa.

—Tu nariz.

—Ah, eso... —hice un gesto con la mano como quitándole importancia. —Está mejor.

—Me alegro.

—¿Y tu oreja?

—¿Qué le pasa a mi oreja?

—Benito te mordió un poquito cuando...

—¿Cuándo...? —me preguntó acercándose a mí.

—Cuando ca-casi...—tartamudeé para después tragar saliva por su excesiva cercanía.

Entonces la melodía de su móvil comenzó a sonar.

—Vaya... —solté una risita al tiempo que me retorció las manos, que las tenía sudorosas. —
¡Te llaman!

Rodrigo sonrió enseñando su blanca dentadura y yo mojé las bragas.

Dios, esto va muy mal...

Después de atender la llamada, la cual se trataba de un compañero del bufete en el que trabajaba Rodrigo, comimos con la televisión de fondo y solo comentamos lo rico que me había salido aquella merluza con patatas al horno, gracias a Dios.

El resto del día pasó sin pena ni gloria y, también, sin nada importante que comentar, ya que yo me marché a trabajar, pues había quedado con Joaquín y Laura para comentar mi propuesta y Rodrigo pasó la tarde estudiando.

Podría definir aquel sexto día como el día en el que sentí a Rodrigo más cerca que nunca, a la vez que lejos por echarle de menos y, también, el día que consiguió con aquella sonrisa del demonio que acabase mojada.

También como el día en el que mi empresa comenzó a crecer.

A lo mejor, solo a lo mejor, estaba empezando a encontrar mi propio paraíso.

En aquella casa.

Con Rodrigo como compañero de piso.

20

Rodrigo

Día siete.

Sin darme cuenta, ya estábamos en mitad del recorrido de aquel reto de quince días, en los que nuestra convivencia había pasado por todo tipo de pruebas.

Y las que quedan.

Se me hizo raro que Masi saliera temprano de casa para trabajar, pues solía aprovechar las mañanas para otro tipo de cosas, pero alegó que tenía varias citas durante el día en floristerías, fincas, restaurantes y demás espacios aptos para la celebración de una boda, por lo que, menos las horas que pasaría en el bufete, estaría solo en casa.

Bueno, solo no.

Benito también ocuparía un espacio bajo mi mismo techo y Nemo estaría en su burbuja.

Tragué saliva cuando pensé en ello al poco rato de haberme despertado, pero decidí no darle demasiado importancia.

Si yo pasaba de Benito, Benito pasaría de mí.

Los gatos funcionan así, ¿no?

¿O no?

Encogí los hombros, tendría que probar suerte de nuevo.

Me di una ducha y salí con la toalla en la cintura, dispuesto a vestirme en mi habitación.

Abrí la puerta del armario, elegí la ropa para el día y, cuando la cerré, ahí estaba él.

¡Dios! ¿Por qué tenía que darme esos sustos?

Sentado en el suelo, me miraba con gesto enfadado.

Advertí lo enorme que era.

¿Cuánto pesaría? ¿Diez kilos? Eso no era ni medio normal.

¿Qué le daba Masi de comer, píldoras mágicas de crecimiento?

A lo mejor tenía gigantismo.

—Hola, Benito —lo saludé.

Había hecho una entrada digna de una estrella de cine en mi habitación.

Soltó el inconfundible bufido que siempre me dedicaba.

—Lo sé, lo sé... Escucha —dije con voz firme al terminar de poner la camisa sobre mi cuerpo para comenzar a abotonarla—, te lo digo en serio, no quiero encontrar sorpresas desagradables aquí. Ni pis, ni caca, ni bolas de pelo en forma de vómito.

Sabía que hablar con un gato era como hablar con una pared, pero al menos tenía que intentarlo.

Benito, por supuesto, ignoró mis palabras y continuó con su misión de explorar el territorio de mi habitación.

—Ni se te ocurra mearte.

Se deslizó elegantemente por el suelo como si fuera un espía en una película de acción, sin prestar atención a mis súplicas.

Ya me veía con la fregona recogiendo su orín.

Pero entonces, la escena tomó un giro inesperado.

El gato se detuvo frente al espejo de cuerpo entero que había en una esquina de la habitación y se encontró cara a cara con su propio reflejo.

Su reacción fue épica.

Sus ojos se abrieron como platos, y su cola se erizó como un pincel de pintor enojado. Comenzó a maullar a su propio reflejo como si estuviera tratando de desafiar a su misterioso doble a un duelo de maullidos.

—¿Qué demonios...? —murmuré, sin poder contener la risa ante la escena surrealista que se desarrollaba ante mis ojos.

Benito parecía tan confundido y decidido al mismo tiempo que no pude evitar reír aún más.

Pero que diera zarpazos al cristal, no me hizo tanta gracia.

Sin pensarlo, decidí intervenir antes de que Benito iniciara una pelea con su propio reflejo. Me acerqué con cautela y lo levanté en mis brazos, pero en lugar de rendirse pacíficamente, Benito se asustó y comenzó a retorcerse en mi agarre.

No sé cómo tuve cojones para hacer eso, creo que no lo medité lo suficiente. Sufría por el cristal del espejo, simplemente.

—¡Tranquilo, Benito! —exclamé, luchando por mantenerlo bajo control mientras se agitaba como un pez fuera del agua maullando con desesperación.

Qué blandito.

Temía que me arañara o me mordiera en su intento de liberarse, y la verdad es que tenía miedo, pero finalmente logré calmarlo lo suficiente como para llevarlo lejos del espejo.

Con un último vistazo desafiante al espejo, Benito se dio la vuelta y se alejó con la dignidad de un rey que abandona su trono.

Me quedé allí, todavía riendo ante la locura de la situación.

Cogí mi móvil y escribí un mensaje a Masi: *Tu gato está completamente zumbado. Ha hecho un nuevo amigo cuando se ha mirado al espejo de mi habitación, aunque después ha decidido matarlo a zarpazos. PD: el espejo ha sobrevivido, Benito también.*

Sonreí cuando me contestó con emoticonos y una frase ingeniosa.

Me sorprendí pensando en las ganas repentinas que tenía de que fuera por la noche para poder cenar juntos y contarnos cómo había ido nuestro día.

Zarandeeé la cabeza, queriendo liberar mi mente.

Desayuné y me marché al trabajo.

Horas más tarde, Masi me envió un mensaje a medio día para enseñarme el plato que había elegido en un bar de comida casera, y yo le respondí con otra en la que aparecían unas pechugas a la plancha que acababa de cocinar y que pensaba rodear de mucho aguacate, huevos duros y un mix de frutos secos.

Añadí que Benito seguía vivo.

Ya me había puesto ropa cómoda para comer y pretendía dormir la siesta un rato.

Pero, por supuesto, antes de que pudiese servir a mi cuerpo de un poco de confort, el señor Don Gato, volvía a hacer de las suyas.

—¡Eh! —exclamé y él se asustó y sacó la pata de la pecera—. Deja a Nemo tranquilo.

Benito salió huyendo despavorido y yo me metí a la habitación, entornando la puerta.

Apreciada y querida siesta, llevo todo el día pensando en ti.

Me tumbé en la cama y no tardé en quedarme completamente dormido. Suerte que había

programado la alarma para que me despertara, de lo contrario podía quedarme toda la tarde ahí, la mar de agosto.

Estaba profundamente dormido, en el reino de los sueños más apacibles, pues soñaba con Masi.

Masi y yo, ambos vestidos de blanco, corriendo y riendo por una playa de ensueño. Las flores blancas y amarillas que adornaban su cabello la hacían parecer todavía más hermosa. Su blanca dentadura brillaba bajo el sol cuando se acercó a mí.

Cogí su rostro entre las manos, acerqué mis labios a los suyos y...

¿Qué era ese olorcillo a pescado?

—Amor, ¿no te has lavado los dientes? —le pregunté a la Masi del sueño.

—¿Qué más da eso?

Se acercó a mí como si tuviera un hambre voraz y comenzó a chuperretear toda mi boca, por lo que el aroma a pescado se intensificó.

Estaba incómodo, realmente incómodo.

Aquel precioso sueño se había convertido en una pesadilla.

Con el corazón desbocado, abrí los ojos de golpe y encontré la gran cabeza de Benito frente a mi cara.

Solté un alarido de pavor.

Él me imitó en forma de maullido.

Volví a gritar, siendo consciente de que había sido él quien me había chupado la cara.

¿Él?

¡Pero si me odia!

—¡Benito! —exclamé muerto de miedo, asco y de todo.

Me estaba invadiendo, estaba conquistando mi espacio personal para quedárselo para él.

Quería todo lo que yo tenía, me quería fuera de aquella casa.

Lo tuve claro.

Benito, por supuesto, parecía completamente ajeno al caos que había causado.

Volví a tumbarme sobre la cama y observé cómo se movía.

—¿Qué haces, qué haces, qué haces?

Se acomodó cómodamente en mi pecho, como si fuera el lugar más natural del mundo para tomar una siesta.

—Por favor, no me mates... —supliqué cerrando los ojos con fuerza.

No obstante, Benito emitió un ronroneo satisfecho, como si estuviera disfrutando de un masaje relajante en un spa de lujo.

Me encontraba en una situación absurda y no pude evitar reírme ante la escena surrealista que se desarrollaba en mi propia cama.

—¿En serio, Benito? ¿De verdad crees que esta es una buena idea? —pregunté entre risas nerviosas, mientras intentaba encontrar una manera de liberarme del intruso felino sin despertar a todo el vecindario.

Me alegraba ese acercamiento, pero ya era suficiente.

O quizá era como las serpientes y estaba viendo mi tamaño para asesinarme y comerme más tarde.

Benito, por supuesto, no tenía intención de moverse. Se aferró con firmeza a mi pecho, como si fuera el dueño legítimo de ese territorio, y cerró los ojos con tranquilidad.

A ese gato se la sudaba todo, era increíble.

Comencé a pensar en resignarme, pero entonces lo vi y los ojos se me abrieron como platos.

Me levanté de sopetón y el gato me arañó en una mano por el susto que se dio.

Me quejé en un alarido, pero me dio igual porque lo que estaba viendo era mucho más importante que el arañazo, aunque me dolía un huevo, por cierto.

Me acerqué a la cómoda donde estaba la pecera de Nemo, pero solamente encontré la cabeza.

—¡Maldito demonio naranja! —exclamé, y el gato salió escopeteado.

No podía ser.

No.

No.

No.

Criminal.

Asesino.

—Nemo... —susurré mirando la cabeza del pobre pez comido a la mitad.

No es que le tuviera un gran aprecio, de hecho, le alimentaba porque tampoco tenía un alma oscura albergada dentro de mí.

Pero aquello...

¡Aquello era un despropósito!

—Nemo, cuánto siento que te haya devorado la bestia peluda...

Vacíé la pecera, tiré los restos de Nemo envueltos en una servilleta al cubo de basura y bajé la bolsa al contenedor.

—A Masi que vas... —mascullé entre dientes cuando de nuevo estuve dentro del apartamento y el bicho asesino y yo nos miramos a los ojos.

Lo siento, Hombrearaña, pero Nemo ya no está, pareció decirme con la mirada.

21

Masi

No me podía creer que ya estuviéramos a la mitad de nuestro reto.

Aquellos Juegos del Hambre en los que nos habíamos presentado como voluntarios siete días atrás, no estaban siendo tan mortíferos como yo había pensado en un primer momento.

No sabía qué decisión tomaría cuando llegase el día quince, tal y como acordamos Rodrigo y yo cuando hicimos nuestro pacto.

Pero, a pesar de todo, ya no me causaba tanta ansiedad aquella decisión.

Y, he de admitir, que días atrás me aterraba imaginarme el día en el que tuviéramos que decidir si Rodrigo se quedaba o no.

O, quizá, tomábamos la decisión de quedarnos los dos y matarnos entre nosotros.

Sí, saldríamos en todos los telediarios, ya podía ver el titular de la noticia: *Dos desconocidos empiezan a vivir juntos a causa de una absurda prueba y, debido a sus diferencias, se asesinan entre ellos.*

Y entonces nos encontrarían días después de estar muertos el uno en las manos del otro, descompuestos, oliendo fatal, con Benito suicidado del disgusto de perderme, tras haberse comido los restos de Rodrigo.

Qué divertido todo.

Claro, que eso era lo que pensaba antes, pero ahora no lo creía así.

Y no, no es porque el picapleitos hubiera intentado besarme y me pusiera más cachonda que una mona.

No pensaba que saldría bien, pero tampoco que pudiera salir mal, simplemente quería disfrutar del momento, de la aventura.

Y eso hacía, dejarme llevar por la situación porque, oye, que pasara lo que tuviera que pasar.

¡Más se perdió en la guerra y bien que fueron todos a primera fila!

Había pasado el día de aquí para allá visitando sitios que me parecieran aptos para la boda de Joaquín y Laura.

Floristerías, restaurantes, fincas...

Así que cuando llegué a casa a eso de las ocho de la tarde, estaba muerta en vida.

Lo que no me esperaba era lo que pasó a continuación.

—Al fin llegas —dijo Rodrigo cuando crucé el umbral del apartamento—. Tenemos que hablar.

Arrugué el ceño al tiempo que dejaba mi bolso sobre la mesa baja del salón.

—¿Qué pasa?

—¿Que qué pasa?! —dijo Rodrigo acercándose a mí con cara de pocos amigos.

—¿Por qué gritas? Te oigo perfectamente en tu tono de voz normal. —Puse las manos en jarras.

—¡Tu gato es...!

—¿Benito? ¿Le ha pasado algo? ¡Benito! ¡Benito!

—No lo llames, estamos hablando. Además, no quiero a esa bestia cerca de mí.
Puse los ojos en blanco.

—¿Otra vez con vuestras peleíllas de matrimonio?

—¡No somos un matrimonio! —gritó.

—¡Que no me hacen falta más decibelios! —grité yo también.

—¿Puedes dejar de decir eso? *Gaes* no va a darte una comisión —me dijo.

—¿Qué se supone que ha hecho mi angelito para que te pongas así?

—¿Tu angelito? ¡Ese gato es un demonio!

—No lo es —dije poniendo morritos.

—Ya te digo yo a ti que sí. ¿Quieres saber lo que ha hecho?

Suspiré.

—Venga... ¿qué ha hecho? ¿Se ha vuelto a hacer pis en tu dormitorio? Lo limpio
enseguida... —dije comenzando a andar para buscar el cubo y la fregona.

—¡No, no, no! ¡De aquí no te mueves hasta que sepas toda la verdad!

—Pero ¿qué verdad? Esto no es una telenovela, querido, y el gato no es...

—Tu gato —me señaló con el dedo índice— está enfermo —se llevó el dedo a la cabeza,
hablándome muy en serio.

No pude evitar soltar una carcajada.

—¿Te ríes?

—Es que estás fatal...

—Ah, ahora soy yo el que necesita medicación.

—A lo mejor sí. Benito está sano como una manzana.

—Pues tampoco creo que esté demasiado sano con esa panza gigante que tiene, pero yo me
refiero más a la cabezota que se gasta, que no sé para qué quiere tanta, si tiene un cerebro tan
minúsculo como una nuez.

—No te pases —le dije mirándolo a los ojos—, Benito no es ningún disminuído. ¿Me oyes?

—Lo he pillado metiendo la zarpa en la pecera de Nemo, después se ha visto en el espejo de
mi habitación, a la que, por cierto, no sé para qué narices entra. Bueno, sí, para hacerme rabiar y
retarme. Como es tan idiota, ha visto su propio reflejo en el cristal y ha intentado matarse a sí
mismo. Me ha tirado su aliento hediondo de pescado en la cara y me ha babeado toda la boca con
su rasposa lengua.

Rodrigo paró para respirar y yo me morí de amor, porque Benito parecía que empezaba a
aceptar a Peter Parker como compañero de piso.

—¡Oh! ¿Te ha dado besitos? —dije poniendo morritos y llevándome las manos juntas al
pecho.

—Me ha tirado su aliento de fondo marino, Masi. No es agradable.

—Bueno, no ha sido para tanto —dije más tranquila.

—No he terminado —apuntó él.

—¿Hay más?

—¿Que si hay más? ¡Ha asesinado a Nemo!

Abrí los ojos por la sorpresa.

—¿Cómo? ¿Nemo ha muerto? —me llevé una mano a la boca.

Rodrigo negó de forma vehemente con la cabeza.

—No, Masi —dijo muy serio—, Nemo no ha muerto. ¡A Nemo lo ha asesinado ese ángel del
infierno!

Apreté los labios. ¿Y ahora qué decía yo respecto a eso?

Entendía que Rodrigo estuviera molesto.

Pero, a ver...

Nemo, un pez.

Benito, un gato.

La convivencia, estaba claro, no iba a durar demasiado.

La cabra tira al monte y el gato tira al pez.

¿O cómo era eso?

—¡Tú no querías a ese pez! —exclamé dispuesta a defender a Benito hasta el final.

—¡Pero tampoco quería que muriera entre terribles sufrimientos!

—Anda, anda, anda...

—Masi, ha dejado la cabeza.

—Es que a Benito le gustan las colas.

Rodrigo bufó exasperado.

—Lo quiero fuera.

—¿A Nemo? Si ya está muerto.

—A Nemo no, a... —Rodrigo se llevó las manos a la cabeza, rabioso y a punto de explotar

—. ¡A Benito! ¡Lo quiero fuera de aquí ya!

—¿Estás echando a mi gato?! —pregunté con un grito yo también.

—¡Sí! —Rodrigo se plantó ante mí y nos retamos con la mirada.

—¿Estás echando a mi gato?!

—¡He dicho que sí!

Su respiración agitada colapsó con la mía, ambos con las pupilas clavadas en las del otro, sin apenas parpadear.

Nuestros pechos subían y bajaban, nerviosos por la discusión y por la escasa distancia que había entre nuestros cuerpos, nuestras caras y nuestras bocas.

No lo vi venir, lo juro.

Y, de haberlo visto, quizá tampoco lo hubiera evitado.

—Maldita sea —masculló enfadado.

Rodrigo me atrajo hacia sí de un solo movimiento y mis labios impactaron sobre los suyos.

Su boca sabía exactamente como había imaginado.

Menta, algo dulce, picardía, rabia y pasión.

Mucha pasión.

Enredé los dedos en su pelo y él agarró mi trasero, el cual apretó con fuerza.

Todo el mundo dejó de existir y solamente pude centrar mi atención en su lengua, en la mía, en sus labios, en los míos.

En nuestra piel reaccionando por la cercanía del otro.

En cómo mi sexo palpitaba de excitación por sentir sus manos tocándome como nunca me habían tocado.

Su erección se clavó en mi cadera y Rodrigo se separó de mí bruscamente, dejándome boqueando como la cabeza inerte de Nemo.

Tenía los labios enrojecidos por la fricción de nuestro beso.

—Lo siento, lo siento, lo siento... —dijo llevándose una mano a la nuca.

—Yo... —intenté decir, pero lo cierto es que no sabía ni qué decir.

—No es buena idea.

¿Se arrepentía?

¿Qué?

¡Jodido Peter Parker! ¡Me besaba de esa forma y después me dejaba con la miel en los labios!

¡Será posible!

Dale la razón y recoge tu dignidad del suelo, me aconsejó mi subconsciente.

—Tienes razón, esto...

—Es que... ¿tú y yo...? Es un error—Soltó una risa nerviosa y a mí se me abrieron las carnes.

Puto.

Puto.

Puto.

—¿Si, eh? ¡Qué tontería! —Hice un movimiento con la mano como restándole importancia

—. Si no te soporto.

—Ni yo a ti.

—Pues eso.

—Pues eso.

Después de aquella bochornosa escena, cada uno se fue a su dormitorio.

Lo sé, es muy triste.

Porque no me digné ni a salir para cenar.

¿Y encontrarme de nuevo con él?

¡Ni de coña!

Me sentía avergonzada a más no poder.

Me cagaba en él.

En él y en su cara bonita.

¡Qué huevos tenía! ¡Qué huevazos colgaderos!

Maldito *Spiderman* de pacotilla.

Pero te mueres por ser su Mary Jane, dijo el entrometido de mi cerebro.

Asentí con la cabeza, angustiada por aquella humillación.

¿Cómo había podido caer así de rápido en sus brazos? ¿Cómo?

Me comí las dos decrepitas barritas de muesli que había comprado en un bazar de alimentación que me habían sobrado del almuerzo y me bebí el medio batido que me quedaba.

Acto seguido me lavé los dientes, me puse el pijama y me metí en la cama con la cabeza hecha una madeja de pensamientos.

22

Rodrigo

Después del ardiente beso con Masi, sentía como si un tornado de emociones hubiera pasado por encima de mí, dejándome aturdido y desconcertado.

Parece que Benito no es el único que sabe cómo provocar un incendio aquí dentro, pensé.

Todavía me latía el corazón a un ritmo desorbitado.

Rebobiné mentalmente lo que acababa de suceder, tratando de desentrañar la secuencia de cosas que nos habían llevado a ese inesperado y delicioso momento.

La discusión sobre Benito, seguida de miradas furtivas cargadas de tensión, retándonos a más no poder.

Y luego...

¡Boom!

Un beso que parecía sacado de una película romántica de Hollywood.

Quién iba a decir que una pelea por culpa del demonio naranja desembocaría en esto.

No te hagas el sorprendido, Masi te la pone morcillona desde el minuto uno, reflexioné, sacudiendo la cabeza con asombro.

Era como si la vida misma estuviera jugando una broma cósmica, y nosotros fuéramos los protagonistas involuntarios de la comedia.

Me permití disfrutar del recuerdo del beso por un momento más, dejando que la sensación de sus labios contra los míos se deslizara por todo mi ser.

Fue como un estallido de fuegos artificiales, pero de repente me alejé de ella.

Y lo hice porque el miedo se había apoderado de mí en el último momento, justo cuando mi polla luchaba por salir de la ropa, deseando sentir el calor de su interior.

Le había pedido disculpas y había disimulado como el mejor actor de reparto que aquello era imposible.

Porque, claro, Masi y yo...

¿Dónde íbamos Masi y yo?

A ninguna parte.

Ella idolatraba a ese gatucho y yo lo odiaba.

No nos entendíamos.

¿Estás seguro?

¿O sí?

Las cosas nunca volverían a ser las mismas después de ese momento.

Pero, ¿quién querría que fueran las mismas?

Yo todavía tenía que decidirlo a pesar de lo que le había dicho.

Y aunque cada fibra de mi ser anhelaba más de esos dulces labios, también sabía que no podía volver a suceder.

Después de todo, un solo beso había sido suficiente para desencadenar un vendaval de emociones que podría cambiar nuestras vidas para siempre.

Jooooodeeeer.
¡Qué lío! ¡Qué lío!

23

Masi

Abrí los ojos con lentitud, parecía que me hubiese ido de fiesta y al día siguiente hubiese tenido que madrugar.

Me pesaban, algo no iba bien.

La boca me salivaba en exceso y un dolor infernal parecía estrujarme las tripas.

Me sentía pesada y no me encontraba nada bien.

Cuando por fin abrí los ojos del todo, me percaté de que me había quedado dormida sobre la mesa y que la luz del comedor estaba encendida.

Miré la hora en el reloj del móvil: las cuatro y cuarto de la mañana.

Algo me pasaba.

Me levanté y el estómago me volvió a doler. Seguía salivando y notaba una presión en la boca del estómago que no me gustaba en absoluto.

Anduve muy despacio hasta la habitación de Rodrigo, pero tenía la puerta cerrada.

No me molesté en tocar, simplemente abrí la puerta y me colé dentro.

Encendí la luz y le vi llevarse acto seguido los brazos a la cara.

—¿Masi?

—Parker... —lloriqueé.

—¿Qué estás haciendo? —dijo con un ojo abierto y el otro cerrado al tiempo que se sentaba en la cama y miraba la hora en el despertador de su mesilla de noche.

—Parker... —le repetí.

—Masi, son las cuatro de la mañana —bostezó—. Mañana... mañana tengo que madrugar. Si es por lo del beso...

—¿Qué beso? Parker...

—Eso ya lo has dicho...—dijo suspirando.

—Pero Parker... —le dije esta vez con lágrimas en los ojos.

—¿Quééééééééééé?

—Estoy muy mala.

—¿Cómo que mala? Ya sé que beso de forma excepcional, pero ¿tanta fiebre te ha dado?

Me acerqué a su cama y me senté en ella.

—¿Tú eres imbécil? Te estoy diciendo que... —Un retortijón me apretó las tripas y me retorcí de dolor, sujetándome la barriga como si haciendo eso pudiera hacer que parara—. Estoy fatal.

—Es evidente, estás horrible...

—Ah, gracias —le dije haciéndole una peineta, pero al separar la mano de mi barriga solté un alarido de dolor.

—Masi, me estás asustando.

—Me duele mucho la tripa, tengo mucha saliva...quiero morir.

—Solo te pido, por favor, que no echas la pota en mi cama.

—¡Idiota! ¿Eso es lo único que te preocupa?

—¡Es que tendría que limpiarlo yo! O, bueno... igual se lo puede comer Benito.

—¡Para de decir guarradas!

—¿Tienes ganas de vomitar? Eso sí, no pienso sujetarte el pelo, soy muy aprensivo con esas cosas.

—Con eso y con todo —dije poniendo los ojos en blanco—. ¿Vomitara? No, no, no. Antes muerta.

—Solo es un vómito.

—Me da mucho miedo vomitar, noto que se me hincha la cabeza, como si el cerebro se me saliera por los ojos...

—¿Y qué quieres que haga? Necesito dormir.

—¡Y yo qué sé!

—Entonces, ¿para qué me llamas?

—¿Y a quién quieres que llame? —pregunté exasperada.

¿Era tonto o solo se lo hacía? Menuda ayuda...

—Pues vamos al baño.

—¿Vas a meterme los dedos?

—¿Que si te voy a meter...? ¿Qué dices, Masi? —preguntó con los ojos abiertos como platos.

—¿Vas a meterme los dedos para que vomite?

Él pareció sonrojarse por un segundo.

—Ah, eso... eh... no, no, por supuesto que no. ¿Cómo voy a hacer eso? ¿Quieres que me muera del asco?

—¿Entonces qué me vas a hacer?

—¡Pues acompañarte!

Asentí como una niña pequeña, porque realmente, así era como me sentía.

Cuando me encontraba mal necesitaba la protección de alguien para sentirme mejor. Siempre me había pasado con mis padres, y ahora era con Rodrigo.

No, con Kike, no.

Era la única persona que tenía cerca en ese momento.

Olvidate de Benito, ese seguía durmiendo como un ceporro.

Me acompañó al baño y me senté en la taza del WC con la tapa cerrada.

No se me pasaba, más bien cada vez me sentía peor.

Y, en el fondo, sabía que todo aquello era por las barritas.

Las estúpidas barritas del bazar.

¿En qué momento se me ocurrió cenar eso?

Ah, sí, después de que Rodrigo me morrease como si no hubiera un mañana y luego me rechazase.

Quizá si las tirara...

Pero no pensaba vomitar, y menos delante de mi compañero de piso.

Rodrigo se marchó a la cocina a hacerme una manzanilla y me dejó sola en el baño.

Cinco minutos después, volvió junto a mí.

—Tómatela, a ver si te sientes mejor.

Le hice caso y, al rato, dejé de salivar y, sustituyendo a las ganas de vomitar, vinieron más retortijones.

Creo que nunca había tenido unos retorcijones peores que esos.

—Rodrigo...

—Dime, Masi —me dijo cansado.

—Tienes que salir.

—¿Cómo?

—Tienes que salir del baño.

—¿Por qué? ¿Qué ocurre? ¿Vas a vomitar?

—No, eso no...

—Vale, vale, entiendo. Tú... tíralo todo —me dijo antes de cerrarme la puerta del baño una vez estuvo en el exterior de este.

En realidad pensó: *Caga, Masi, cágallo todo.*

Y vaya si lo hice, me vacié de lo lindo.

Qué limpia tuve que quedarme por dentro.

Una vez lo hube tirado todo, me di una ducha y le pedí a Rodrigo que me trajera ropa interior de mi habitación.

Entró en el baño con una de mis braguitas en la mano.

Después se cogió la nariz.

—Jooooodeeeeer, tía...

Lo miré con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? ¿*Spiderman* no caga?

Levantó las cejas varias veces.

—No sabía que tenías bragas tan sexys.

—¡Y no tienes por qué saberlo!

—¡Pero si me has pedido que te las traiga!

—¡Hombre, no pensaba salir con el *chichi* al aire!

Rodrigo puso morritos.

—No sería mala idea.

—Déjame vestirme, estoy enferma.

Rodrigo salió del baño y me cerró la puerta.

Cuando estuve lista para salir, lo encontré en el sofá al lado de Benito.

Si no lo veía no lo creía.

¿Y decía que quería que lo echase de casa?

Sonreí mientras los observé por unos segundos.

—Bonita estampa —comenté.

Él dirigió su mirada hacia mí.

—Solo nos toleramos, no pienso perdonarle el homicidio de Nemo.

—Siento haberte despertado, de verdad, pero me encontraba fatal...

—Tranquila, hiciste bien en llamarme. ¿Qué se supone que has comido para ponerte así?

Suspiré.

—Las putas barritas, joder...

—¿Qué barritas?

—Las que compré ayer en un bazar, las tenía en el bolso.

—Ni siquiera saliste a cenar.

—¿Para verte la cara después de lo que había pasado?

Rodrigo alzó las cejas.

—Vivo aquí, lo que dices no tiene lógica.

Suspiré.

—Supongo que tienes razón. Gracias por atenderme —le dije mientras me sentaba a su lado.

—No hay de qué —me sonrió.

—No, en serio, sé que no empezamos con buen pie y que ha habido días horribles aquí.

Asintió.

—Seguramente no encajamos como compañeros de piso —dijo.

—Aún queda una semana para saberlo y decidir —añadí.

—¿Llevas la cuenta de los días?

—¿Tú no?

Me sonrió.

—Tengo mucho que hacer como para ponerme a pensar en eso, no como otras...

—¡Serás...! —Le di un codazo en el brazo.

—¡Eh! —me dijo al tiempo que me hacía cosquillas —No te pases ni un pelo.

Me reí a carcajada limpia, era lo que tenían las cosquillas.

Y entonces volvió a suceder.

Ahí estaba, a tan solo un par de centímetros de mi boca.

Demasiada tentación...

Demasiadas las ganas con las que me había dejado horas atrás.

Quería besar sus labios.

Lamer su boca.

Que se colara entre mis piernas...

—Creía que besarnos era un error. Buenas noches, Peter Parker —susurré sobre sus labios un segundo después.

Dicho aquello, me levanté y volví a mi dormitorio.

24

Rodrigo

Mala.

Era mala.

Estaba cien por cien seguro de que aquello había sido una venganza por haberla rechazado.

Me había dejado con la miel en los labios y los huevos duros como pelotas de golf.

Tan maligna como Benito, había tenido buena maestra la bola de pelos.

Ahora lo entendía todo.

Me estaba volviendo loco, me estaba dejando el cerebro como el de un completo majadero que desde ese momento solamente podía pensar en cómo se sentiría estar dentro de ella.

Besarla con rabia, darle una estocada tras otra hasta hacer que gritara de placer por cada uno de mis empujones.

Darle una palmada en el culo al penetrarla desde atrás.

A cuatro patas.

Sobre mi cama, agarrando en un puño las sábanas.

Hacer un gurrúño con su pelo mientras me cabalgaba como una experta amazona sobre mí.

Tocar esas increíbles tetas que parecía tener bajo la ropa.

Correrme con un gruñido cuando ambos llegáramos al clímax.

Aquella noche me hice una paja fantaseando con todas esas cosas y mil más que se me ocurrieron.

No, no era buena idea tener a la chica que más me excitaba en el mundo pared con pared.

¿Ella estaría haciendo lo mismo?

¿Ella también se habría quedado con ganas de más?

¿Cómo podía esquivar la tentación teniéndola tan cerca?

Estaba perdido.

Estaba muerto, joder.

Masi me volvía loco.

Masi me gustaba, y yo no podía hacer nada por evitarlo.

25

Masi

Sus manos apretaron mi cadera y aquella boca del pecado se hundió entre mis piernas.

Lamía mis pliegues con una precisión increíble.

Introdujo los dedos dentro mí y después los sacó.

Repitió la operación durante algunos instantes sin separar su lengua de mi clítoris, golpeándola rápidamente contra aquel botoncito del placer mientras yo gemía, a punto de alcanzar el cielo.

Agarré su cabello castaño con mis dedos y sentí cómo con la otra mano apretaba uno de los cachetes de mi trasero.

—Qué bien sabes... —susurró Rodrigo desde abajo.

—Pues quiero que me saborees siempre —le dije yo.

—Deseo concedido, *Mary Jane* —dijo mirándome con las pupilas veladas de deseo. Después, volvió a cobijarse entre mis piernas.

Sensacional.

Completamente sensacional, si obviamos que era un sueño.

¿Decepcionada? Ya imagino. Seguro que pensabas que me empotró esa misma noche mientras leías esto, pero no.

Lástima.

Recuerda que estaba todavía un poco convaleciente de la cagalera que me entró y no era plan.

Además, yo le había rechazado cuando estuvimos a punto de besarnos de nuevo tras el ataque de cosquillas.

Se lo merecía.

Pero me dormí imaginando cómo hubiera sido aquel beso.

Seguramente, hubiera atrapado mis labios entre los suyos y su lengua se abriría camino en mi boca.

Recordé la calidez que sentí en mi interior cuando lo imaginé, quedándome dormida poco a poco.

El placentero aleteo en mi estómago cada vez cobraba más intensidad mientras daba uso a mi imaginación.

Las mariposas en mi estómago.

Creo que les estaba cogiendo un poco de cariño.

Quizá podía llegar a gustarme la vibración de sus alas batir dentro de mi estómago.

Siempre era mejor eso que una indigestión. ¿O no?

La realidad es que a la mañana siguiente me desperté en mi cama, con Benito chupeteándome un ojo.

¿Decepcionada otra vez? ¿Qué te pensabas, que despertaría en su cama y sería él en vez de Benito quien me chupase un ojo para el siguiente asalto?

¡Claro! ¡Yo también! ¡Pero no! Bueno, realmente el ojo, pues no tenía demasiado sentido que

me lo dejara lleno de baba, pero tú ya me entiendes.

Rodrigo ya se había marchado cuando me levanté y, al llegar al salón, todo estaba impoluto.

Ni siquiera mis cosas estaban sobre la mesa, y eso que había dejado el bolso allí la noche anterior, con mil folletos, hojas manuscritas, contratos y recibos de todo el trabajo que hice el día anterior.

Pasé la mañana reposando en el sofá, trabajando desde el ordenador y cuidando un poquito las plantas del balcón, porque me desperté hecha un poco una mierda.

Hablando de mierda...

El estómago aún lo tenía un poco pocho, así que pensé en comer algo de dieta blanda.

Todo iba perfecto, como un día cualquiera.

Hasta que pensé en ellos, los recibos y todas las hojas sueltas que necesitaba consultar para una duda que tenía Laura, mi clienta.

Aquel pensamiento me había pillado en la cocina, poniendo una de las bolsitas de arroz congelado en el microondas.

Eso no tenía sabor ni tenía nada.

Era mejor idea comprar el paquete entero, tal y como le dije en el supermercado, pero él ni caso.

A propósito del arroz, debíamos hacer la compra de esa semana.

Dejé el microondas funcionando, fui al salón y miré los objetos que había sobre la mesa grande.

Ahí no estaba mi bolso ni tampoco todos mis papeles.

Los busqué, los busqué por toda la casa, volviéndome a cada segundo más impaciente y más paranoica.

Miré hasta en la basura. No estaban.

¡No estaban! ¡No podía ser!

Intenté tranquilizarme y respiré hondo.

Casi era la hora de comer y Rodrigo no tardaría en volver de trabajar.

En cuanto llegase le preguntaría y él me devolvería mis papeles.

Él sabría dónde estaban porque limpió la mesa.

Esperé impaciente paseando por toda la casa hasta que, por fin, abrió la puerta del piso con sus llaves.

Prácticamente no le dejé ni siquiera llegar al salón, avasallándole en la misma puerta del apartamento.

—¿Qué papeles? ¿Los que te dan permiso para que me la peles? —Soltó una carcajada.

—¿Eres gilipollas? ¡Te estoy hablando en serio! Los papeles que traje ayer y los dejé en la mesa del comedor.

—Ah, creo que sé lo que dices, estaban mezclados con todos esos folletos de publicidad.

—Eso, eso es. ¿Los tienes? Los estoy buscando como una loca.

Observé cómo se puso pálido.

—¿Rodrigo?

¿Qué le pasaba?

No entendía.

Se pasó la mano por detrás de la cabeza, frotándose la nuca.

—Masi, yo...

—¿Qué pasa?

—Es que...

—¿Qué? Me estás asustando.

—Seguramente los tiré.

—¿Cómo?

—Pues que había muchas cosas y muchas de ellas eran publicidad de fincas, de flores, de... ¡Yo qué sé! Eran las siete de la mañana cuando recogí el salón. Tenía mucho sueño, seguramente lo cogí todo y tal cual lo metí en la basura, exceptuando tu bolso, que ni te has coscado de que lo he colgado en el perchero de tu habitación.

Casi se me paró el corazón. Es más, creo que perdí neuronas, algunas de ellas debieron explotar del shock.

—Creo que me tengo que sentar...

—Masi —me dijo acercándose. —Masi, de verdad que lo siento, ha sido sin querer. ¿Eran muy importantes esos papeles?

—¿Que si eran muy importantes? ¿Me lo estás preguntando en serio? —le dije conteniéndome al tiempo que me ponía de pie de nuevo.

—Sí.

—¡Por supuesto que eran importantes! —le grité. —¡Claro que lo eran! ¡Eran mil apuntes, información, recibos de compras para la boda de mis clientes! Publicidad de locales, citas...

—Bueno... no pasa nada, lo repites y ya está —me dijo tan normal.

—¿Pero qué dices?! ¡Lo tenía todo ahí!

—Masi, bueno, relájate, creía que era otra cosa, me has acojonado —me dijo con una sonrisa tranquila.

Pero ¿de qué iba este tío?

—¿Tú de qué vas, Rodrigo? ¡¿Tú de qué coño vas?! Es como si yo te tiro tus papeles con el temario de las oposiciones...

—Si, claro, claro, lo mismo es —ironizó.

—¿Perdona? Te estás pasando.

—¿Yo me estoy pasando? ¿Yo me estoy pasando? Vamos a ver, Masi, ¿has visto la que me estás liando por unos papeles que seguro que te sabes de memoria? Lo siento, siento haberlo tirado porque ahora lo tienes que repetir, pero no es para tanto, podría ser peor.

—¿Tú te oyes? Eres un egoísta. ¿Lo sabías? Y un egocéntrico. Siempre tú, tú, tú y después, más tú. Tú todo lo haces bien, tu trabajo es el mejor y más digno, es más, desde el minuto uno menospreciaste el mío. Todo lo hago mal para ti. Eres un borde y un amargado que no disfruta su vida en absoluto.

—¿Sí? Pues tú eres una loca de la cabeza que solo piensa en comer porquerías, en el incienso, en ese gato trastornado y que vive en el mundo de piruleta. ¡Esto es la tierra real, Masi! ¡Donde se trabaja, se limpia y uno se esfuerza por conseguir sus metas! ¡Espabila de una vez!

—¿Y yo no me esfuerzo? —le dije al borde de la histeria—. Eres un envidioso.

—¿Envidioso? ¿Envidia yo de ti? Por favor, Masi...

—Sí, envidia de que yo haciendo lo que más me gusta en el mundo gano igual o más dinero que tú trabajando en un bufete de mierda y soportando a un jefe al que le darías una hostia en toda la cara. Ya tengo las cosas claras.

Aquello le picó.

Es más, creo que le dolió, lo sé, se le notó en la cara.

—¿Qué cosas? No mezcles, Masi.

—Yo no mezclo nada —le dije malhumorada—. Sé perfectamente lo que quiero y lo que no, no como tú, que no haces más que marear la perdiz. Un día me intentas besar, al siguiente me das la reprimenda por cualquier estupidez, después me quieres besar otra vez... y así, siempre es así. Eres lento y aburrido hasta para eso.

Aquello también le dolió.

—¿Por qué me dices eso ahora?

—¡Porque es la verdad! —exploté—. ¡Para de joderme!

Me acerqué a su cara, totalmente sulfurada, clavando mis ojos en los suyos.

—Yo no...

—¿Me estás jodiendo, picapleitos? ¿Es eso? —susurré sobre su boca.

Él cogió aire por la nariz y lo tiró por la boca suavemente.

Tenía el ceño fruncido y aún así me parecía el tipo más atractivo del mundo.

¿Qué mierda me pasaba?

—Mira, Masi... me estás hartando con toda esta conversación, se está yendo de madre completamente y no me gusta nada.

—¿Por qué? ¿Porque te estoy diciendo verdades? Es que las verdades pican. Piensa lo que quieres en la vida, yo lo tengo claro.

—¡Tú no tienes claro absolutamente nada! ¡Aquí el cabal soy yo! ¡Y tengo todo claro desde que nací! —gritó alejándose de nuevo de mí.

—¡A mi no me grites! —chillé yo también.

—¡Has empezado tú a gritar desde el principio de esta absurda conversación! —me dijo acercándose de nuevo.

—Me tienes harta, Rodrigo. No te pillo, no te cojo el truco, no sé por dónde tirar contigo. ¡Dime de una puta vez qué es lo que quieres!

Y entonces se acercó a mí con paso decidido, me agarró de uno de los brazos y me atrajo hacia él, haciendo que las palmas de mis manos acabasen en su pecho.

Y me besó.

Salvaje.

Rudo.

Pasional.

Acabé con mis piernas rodeándole la cintura y sintiendo el colchón de su cama bajo mi espalda.

—Pues para que lo sepas, claro que quiero joderte. Joderte hasta que grites mi nombre de una maldita vez —dijo sobre mi boca, colocando mis brazos a ambos lados de mi cabeza.

Dios. Dios. Dios.

Qué perraca me ponía Peter Parker.

Se deshizo rápida y hábilmente de mis prendas de ropa, dejándome desnuda completamente ante sus ojos.

Se desprendió de sus pantalones de pinza y su camisa blanca de manga corta y dejó a mi vista una erección cubierta por sus calzoncillos bóxer negros, de los que no tardé en deshacerme con mis propias manos.

—No te soporto... —le dije cuando rodeé su apetecible sexo con mis dedos—. No te soporto nada...

Ahí estábamos.

Piel con piel.

—Ni yo a ti —gimió.

Nos besamos volcando cada frustración en el otro, nos tocamos con rabia y deseo a partes iguales, casi podíamos escuchar los latidos del corazón del otro galopando contra los pulmones.

—Estás loca de atar... —susurró para después enterrar su boca entre mis pechos.

Gemí fuerte.

Estaba tan excitada que me dolía.

—Y tú eres un puto maniático de la limpieza y del orden.

—¿De verdad? —Chupó uno de mis pezones.

—De verdad. Eres un... —gemí— rarito. A veces parece que estoy viviendo con Sheldon Cooper.

Nuestros cuerpos se habían deseado desde el minuto en que abrí la puerta de la casa y al rato me lo encontré dentro de ella como si fuera un intruso.

Pero nuestras mentes no se dieron cuenta o, quizá, no quisieron.

Aunque en aquel momento, en aquella situación, era algo más que sexo lo que nos unía.

Las mariposas.

Las putas mariposas.

No habían muerto, no había podido asesinarlas como prometí.

Benditas eran.

—¿De verdad vas a tener que repetirlo todo? —me dijo a punto de colarse dentro de mí con una fuerte estocada.

—No, tengo algunas cosas en el ordenador —dije entre jadeos, sentía la punta de su miembro lista para introducirse en mi entrada.

—Lo sabía.

—Cállate, Parker, me desconcentras.

—Me callaré si me da la gana.

Después, con un fuerte empujón, entró en mi interior y me hizo rozar las estrellas cuando por fin me corrí junto a él.

26

Rodrigo

Desperté un rato más tarde en la cama de Masi, con ella dormida sobre mi pecho desnudo.

Ni siquiera habíamos comido, pero ya no teníamos hambre el uno del otro.

Sentía una mezcla de emociones que me abrumaba por completo.

Mis pensamientos revoloteaban en mi cabeza como mariposas inquietas, incapaces de posarse en un solo lugar.

Suspiré tranquilo.

Increíble, había sido jodidamente increíble, y ahora mi corazón latía con una intensidad que nunca antes había experimentado.

Pero al mismo tiempo, sentía una punzada de ansiedad y duda.

¿Había sido correcto ceder a nuestros deseos y dejarnos llevar por la pasión del momento?

¿Estábamos preparados para enfrentar las consecuencias de nuestros actos?

Me encontré preguntándome qué significaba este momento para nosotros, si era el comienzo de algo más profundo y significativo o simplemente un arrebató de deseo impulsado por la tensión acumulada entre nosotros. Y la verdad era que no tenía respuestas claras.

A medida que repasaba cada instante de nuestro encuentro en mi mente, una oleada de calor recorría mi cuerpo, recordándome la dulce sensación de sus labios contra los míos, la suavidad de su piel bajo mis manos, la forma en que sus ojos brillaban con deseo y complicidad.

Sus perfectos pechos, su perfecto culo...

Me empalmé de nuevo y Masi se alejó de mi pecho, desperezándose.

—¿No hemos comido? —preguntó tras bostezar.

—No, te he comido yo a ti —dije riéndome.

—Y yo a ti —respondió ella a la defensiva.

—Ah, ah, ah —dije negando con la cabeza, divertido—, eso no es del todo cierto.

Masi sonrió de forma perversa.

—¿Me estás retando? —preguntó alzando las cejas.

—Llevo haciéndolo desde que puse un pie en esta casa.

Ella suspiró.

—Cierto, por un momento había olvidado lo insoportable que eres. —Me guiñó un ojo.

—Ven —le pedí cogiéndola suavemente de la nuca.

—¿Qué necesitas? —preguntó ella con voz dulce.

—No me aguanto más —susurré sobre sus labios, después lamí uno de ellos en un gesto rápido.

—¿Para qué?

—Para follarte otra vez —reconocí sobre sus labios.

Después, en medio de una carcajada, me lancé a su cuello fingiendo que la mordía.

Su risa llenó la habitación y me di cuenta de que, aunque discutiéramos porque todavía no nos conocíamos íntegramente, como era lo normal, lo que más importaba era la conexión que

compartíamos, la confianza y la complicidad que nos unían de una manera única y especial.

27

Masi

Después de aquellas dos sesiones de sexo salvaje, Rodrigo y yo volvimos a comportarnos con la misma normalidad que siempre, solo que esta nueva normalidad, era del todo impostada.

—No pienses que por haber tenido el mejor sexo de mi vida, ya no estoy enfadada contigo —le dije mientras me vestía.

Rodrigo me miró y se encogió de hombros.

—Ya te he dicho que ha sido sin querer —me dijo él—. Un momento, ¿has dicho el mejor sexo de tu vida?

Asentí con la cabeza.

—Eso es, pero sigo sin aguantarte.

—Ni yo a ti, no te jode... —masculló él poniéndose los calzoncillos.

Mentiroso.

Y mentirosa yo también.

Mentirosos los dos, por partida doble.

Porque así lo decidimos en ese momento.

—Solo es sexo —le dije, intentando convencerme a mí misma de que, aunque Rodrigo me gustaba, lo nuestro no funcionaría.

—Lo sé, *Mary Jane* —contestó él para mi sorpresa.

—¿*Mary Jane*? —Parpadeé varias veces, intentando ignorar los rápidos latidos de mi corazón al escuchar que me llamaba de ese modo.

—Si yo soy el hombre araña, tú...

—Yo nada, picapleitos.

—¿Se puede saber qué te pasa? —me preguntó con el ceño fruncido—. Pensaba que habías gozado como una pe...

Levanté el dedo índice a modo de advertencia.

—¿Acaso tú no has disfrutado? ¿Acaso no te he hecho sentir bien?

—Sí, pero...

—Pues eso, Parker. Sexo puro y duro. ¿Tú sabías que hay una especie de monos que utilizan el sexo para quitarse el estrés?

—¿En serio?

Asentí con la cabeza.

—Eso es exactamente lo que hemos hecho tú y yo, porque desde que has llegado, tengo más estrés que en toda mi vida.

—No decías eso cuando gemías sobre mi boca. —Me guiñó un ojo.

—Dios mío... eres insufrible.

Rodrigo se carcajeó en mi cara.

—¿No te me tomas en serio?

—Que vale, que solo sexo...

—Y esto no ha pasado, ¿me oyes? Ni volverá a pasar.

—¿En qué quedamos?

—¡Yo qué sé! ¡Déjame! Tengo que repetir lo que me has tirado —le dije de malos modos.

Para haber tenido, tal cual había dicho, los dos mejores polvos de mi vida sexual, tenía un humor de perros.

Y la respuesta a eso la tenía muy clara, solo que no era capaz de reconocerla para mí misma.

Esa misma tarde fuimos al supermercado a por algunas cosas que nos faltaban para la semana, y después ambos nos adentramos en nuestras respectivas tareas diarias.

Yo, mi trabajo.

Él, sus estudios.

Menudo octavo día...

28

Rodrigo

Aquella noche me costó un poco dormir. ¿Masi me había utilizado al follar conmigo?
Me dejó claro no, transparente, que solo había sido sexo, que no había nada más entre nosotros.

Y no sabía qué pensar respecto a eso.

¿Yo también pensaba lo mismo?

No, claro que no.

De hecho, estaba convencido de que me había mentido en la cara como una bellaca.

Y lo sabía porque había notado la forma en la que me miraba cuando sus pupilas se posaban en las mías, y era la misma con la que yo la miraba a ella.

A la mañana siguiente, todavía no había sonado mi despertador, pero no hizo falta ninguna alarma para que despegara los ojos el noveno día de convivencia con Masi.

Abrí los ojos lentamente, sintiendo algo húmedo y frío en mi rostro.

Al principio, pensé que era el rocío de la mañana o el sudor de una pesadilla, pero cuando intenté apartarlo, mi mano se encontró con algo inesperado: agua.

—¿Qué demonios...? —murmuré, incorporándome de golpe y mirando alrededor con confusión.

Para mi horror, descubrí que mi habitación estaba empapada. Gotas de agua caían del techo como pequeñas bombas acuáticas, salpicando todo a su paso. Y lo peor de todo, las goteras no parecían tener intención de detenerse.

—¡Oh, vamos! ¿En serio? —exclamé, agitando los brazos en un intento inútil de protegerme del diluvio improvisado.

Mientras trataba de encontrar una explicación lógica para aquella catástrofe casera, mi mente comenzó a divagar hacia lo absurdo. ¿Un ejército de elefantes practicando natación sincronizada en mi casa?

¿Una tubería que había decidido rebelarse contra su dueño y rociar el lugar con furia?

¿O quizás una venganza cósmica por todas las veces que me había quejado del clima?

Suspiré con resignación, aceptando que la lógica había abandonado el edificio junto con mi techo.

Pero incluso en medio del caos acuático, no pude evitar encontrar cierta hilaridad en la situación.

Después de todo, ¿quién necesitaba un parque acuático cuando tienes un techo con goteras en tu propia casa?

Con un suspiro resignado, me levanté de la cama, decidido a poner una cafetera para enfrentar la situación.

Fue entonces cuando me di cuenta de que el salón también estaba salpicado de agua, la gotera debía haberse extendido.

—Me cago en la puta... —mascullé.

A la mierda el café, antes despertaría a Masi.

—*Mary Jane* —la llamé desde la puerta de su habitación. Benito me miró—. Hola, demonio.

—¿Qué pasa...? Te dije que no pensaba volver a acostarme contigo... —dijo con los ojos todavía cerrados.

Con un gruñido, me adentré en el dormitorio y subí la persiana hasta arriba.

Masi se quejó.

—¿Qué haces?

—Déjate de sexo, tenemos problemas.

—¿Qué clase de problemas?

—Espero que sepas nadar —le dije.

—¿Nadar?

—¿El gato sabe? —Me acerqué a su cama.

—¿Estás sonámbulo o algo así?

Puse los ojos en blanco.

—Hay una gotera gigante, levántate. Nos ahogamos.

—¿Gotera...?

29

Masi

¿Gotera?

¿Rodrigo había dicho gotera?

—¡Gotera, gotera, gotera! —exclamé cuando por fin reaccioné, levantándome de la cama.

Miré las paredes y el techo de mi habitación, pero ahí no había ni rastro de agua.

Menos mal.

—Benito, quédate aquí y no salgas. Pase lo que pase —le dije con seriedad.

Después salí del dormitorio y cerré la puerta.

Cuando llegué al salón, Rodrigo ya se había puesto manos a la obra.

Sin camiseta, con aquel pantalón de pijama liviano que dejaba la clara evidencia de que debajo de él no llevaba nada.

Estupendo.

Su chorra debía estar bailando bajo la tela diciéndome: “Buenos días, Masi”.

Mi compañero de piso, o follamigo, o amigo... yo ya no sabía lo que era... se había armado con una cubeta y una escoba y había comenzado a hacer frente al desastre acuático. Cada paso era una aventura, cada gota un desafío, pero parecía negarse a dejarse vencer por una simple tormenta de agua.

Me puse manos a la obra para ayudarlo enseguida, involucrando a un improvisado ejército de trapos y toallas.

Nos miramos el uno al otro por un momento, ambos conscientes de la locura de la situación.

Juntos, colocamos baldes estratégicamente debajo de las goteras más activas y comenzamos a limpiar el agua acumulada en el suelo.

—¿Cómo ha podido pasar esto? —pregunté en voz alta, mirando hacia arriba como si pudiera encontrar la respuesta en el techo.

Rodrigo se encogió de hombros, empapado pero con una sonrisa en el rostro.

—Quién sabe. Tal vez Benito decidió convertirse en un fontanero aficionado mientras dormíamos.

Ambos nos reímos ante la idea de nuestro travieso compañero felino arreglando tuberías en medio de la noche, sabiendo que la realidad probablemente era mucho menos emocionante.

Con determinación, continuamos trabajando juntos para contener la fuga y minimizar los daños.

Movimos muebles, secamos suelos y, en general, hicimos todo lo posible para restaurar un poco de orden en medio del caos.

Después de un arduo trabajo y muchas risas, finalmente logramos controlar la situación lo mejor que pudimos. Aunque la habitación aún estaba empapada y desordenada, al menos ya no parecía el escenario de un desastre natural.

Nos miramos el uno al otro con una mezcla de cansancio y satisfacción, sabiendo que juntos éramos capaces de enfrentar cualquier desafío que la vida nos lanzara. Y mientras contemplaba a Rodrigo con su cabello empapado y una sonrisa en el rostro, me di cuenta de que, incluso en

medio del caos, había belleza en nuestra complicidad y en nuestra capacidad para encontrar la alegría en las situaciones más improbables.

En ese momento comencé a arrepentirme de lo que le había dicho el día anterior.

Aquello no había sido solo sexo, había algo más, aunque todavía no sabía ponerle nombre.

—Tengo que marcharme a trabajar, ya voy tarde. Volverá a gotear, lo más seguro —dijo preocupado.

—Tranquilo, llamaré a la agencia ahora mismo. Solo espero que no tengamos que pagar nada —dije.

—Imagino que habrá un seguro, porque yo no tengo ni un duro —dije él haciendo una mueca.

—Claro, si dejaras de pedir comida a domicilio un lunes cualquiera... —rodé los ojos hacia arriba.

—¿Y de qué quieres que me alimente? Además, eso se llama disfrutar de la vida. ¿Para qué quieres el dinero si no lo gastas? ¿No decías que no sabía disfrutar?

—¿Del Lidl? ¡La nevera está llena! Y el dinero se guarda para situaciones como esta —repliqué—. Pero imagino que tienes razón y alguien que no somos nosotros se hará cargo de esto.

La conversación terminó ahí, porque Rodrigo se vistió de forma apresurada y alegó que tomaría algo por el camino, llegaba tarde al trabajo.

Tras tratar de resolver el problema de la gotera con Rodrigo, pasé el resto del día ocupada en buscar una solución permanente para nuestra situación.

Decidí tomar cartas en el asunto y llamar a la agencia donde alquilamos el piso.

Con el teléfono en la mano, me preparé mentalmente para lo que seguramente sería una larga y frustrante conversación.

Sin embargo, para mi sorpresa, la persona que me atendió fue increíblemente servicial y comprensiva, y después de explicarle la situación con todo detalle, la persona del otro lado de la línea se disculpó profusamente y me aseguró que se pondría en contacto con el dueño del inmueble y enviarían a un fontanero lo antes posible para arreglar la fuga en el techo. Además, ofrecieron compensarnos por las molestias ocasionadas con un descuento en el alquiler del próximo mes.

Aliviada por la rápida respuesta y la amabilidad del personal de la agencia, agradecí sinceramente su ayuda y colgué el teléfono con una sonrisa en el rostro. Parecía que, después de todo, había una luz al final del túnel.

Con la cuestión de la fuga de agua en proceso de solución, mandé un mensaje tranquilizador a Rodrigo y el día siguió con su rutina habitual, salvo que ahora nuestro apartamento parecía una charca y que Rodrigo no volvería hasta la noche, pues pasaría la tarde estudiando en el despacho, ya que se había quedado prácticamente sin habitación.

Genial.

30

Rodrigo

Los mensajes de Masi me relajaron un poco, más que nada porque aquel día lo pasé entero fuera de casa.

Comí algo rápido en el despacho y luego me quedé allí estudiando, sabía que en ese lugar podría encontrar tranquilidad.

Llegué a casa derrotado, pero agradecí que Masi hubiera preparado algo de cena para los dos. Tras terminar, miré a mi alrededor y luego posé la vista en Masi, con una ceja levantada.

Había algo en lo que no había pensado en todo el día, y en ese momento había llegado a mi mente como un jarro de agua fría.

—¿Dónde voy a dormir? —pregunté.

Masi me miró, divertida.

—Supongo que no te queda otra que compartir habitación con Benito y conmigo —dijo con una sonrisa maligna.

¿En serio?

¡Joder!

¿Por qué todo era tan difícil?

Tenía razón, no tenía otro sitio en el que dormir, y ahora tendríamos que compartir habitación hasta que arreglaran esa maldita fuga en mi techo.

—¿Dormir juntos? —repliqué, mi voz llenándose de incredulidad—. ¿Crees que eso es una buena idea? No estoy seguro de que nuestra relación de amor-odio pueda soportarlo.

Masi se encogió de hombros con una sonrisa burlona.

—Bueno, si no quieres mi compañía, siempre puedes dormir en el suelo, el sofá no sirve.

Bufé.

—¿Suelo o Benito?

—Vaya tela...

—¿Qué pasa? ¿Temes no poder controlar tus superpoderes?

—No, no, no es eso —dije rápidamente, reprimiendo una risa—. A lo mejor quien no puede resistirse, eres tú.

—¿Yo? Deliras, Parker.

—Bien, hagamos la prueba. Supongo que podríamos soportarnos mutuamente por una noche.

—De acuerdo. Entonces, ¿vamos a preparar nuestras respectivas zonas de guerra en mi habitación?

Asentí con la cabeza, conteniendo una sonrisa.

En realidad, en el fondo de mi ser, anhelaba dormir con Masi, pero jamás lo reconocería delante de ella.

—Sí, supongo que es lo más sensato, pero Benito que ni me roce.

Masi puso los ojos en blanco.

—Suele venir a mi cama a media noche, pero siempre se queda dormido en la suya, en el suelo.

—Bien.

Y así, entre bromas y sarcasmo, nos dirigimos a su habitación tras lavarnos los dientes, cada uno preparándose para enfrentar la noche juntos, pero separados por una línea invisible de tolerancia.

Una vez en su habitación, la incomodidad flotaba en el aire mientras nos mirábamos, sin saber qué decir.

—Parece que estamos destinados a tener que aguantarnos —comenté, intentando romper el hielo.

—Por suerte, siempre puedo dormir con un ojo abierto —respondió Masi con una sonrisa socarrona.

—Eso debería pensarlo yo —comenté mirando a Benito, que yacía tumbado en su cama de gato.

—Ya te acepta, duerme tranquilo.

Decidimos dividir la habitación en dos sectores claramente definidos, como si estuviéramos marcando nuestro territorio en el salvaje oeste.

Mi almohada en un lado, la suya en el otro, con una línea imaginaria trazada en el suelo para marcar la frontera.

—Es como la división de Berlín —bromeé, señalando la línea invisible.

—Excepto que aquí no hay muro —agregó Masi con una risa.

—Pues yo creo que hay uno muy grande —comenté haciendo una mueca.

Masi suspiró y cambió de tema, cosa que realmente agradecí.

A medida que la noche avanzaba, la tensión inicial entre nosotros parecía disiparse lentamente.

Nos encontramos compartiendo historias sobre nuestras vidas pasadas, riendo ante las excentricidades del otro y descubriendo que, a pesar de nuestras diferencias, teníamos más en común de lo que habíamos imaginado.

Finalmente, nos quedamos dormidos, cada uno en su propio territorio designado, pero con la sensación reconfortante de haber encontrado un nuevo nivel de entendimiento entre nosotros.

31

Masi

El día diez despuntó con fuerza.

No, no me desperté con Rodrigo enterrando la nariz entre mis piernas como si fuera un cerdo buscando trufas, pero sí en mi cama junto a él.

No sabía si bendecir a la gotera o maldecirla.

Pero la cuestión es que estaba sintiendo cosas muy extrañas en mi interior.

No podía evitar sucumbir a sus encantos.

Como una tonta.

Como una jovenzuela enchochada.

Era espectacular.

A veces me costaba reconocerlo, pero Rodrigo había resultado ser increíble y, lo mejor de todo, es que me hacía sentir increíble a mí misma.

Más que nada porque con él podía ser yo misma al cien por cien.

Observé su rostro tranquilo, iluminado por la tenue luz matutina, y no pude evitar sentir una extraña calidez en el pecho.

A pesar de nuestras diferencias y nuestros constantes roces, había algo reconfortante en tenerlo cerca, incluso mientras dormía.

Me levanté con cuidado para no despertarlo, y me dirigí a la cocina en busca de un poco de normalidad en medio del caos de nuestras vidas compartidas.

Preparé una taza de café, disfrutando del aroma reconfortante que llenaba la habitación, y encendí la radio para añadir un poco de música al ambiente.

Mientras la música sonaba suavemente de fondo, comencé a limpiar la cocina, dejando que el ritmo de la música guiara mis movimientos. Cada movimiento era una danza, cada tarea una oportunidad para encontrar un poco de paz en medio del desorden.

Quién diría de Depol, amenizaba mis tareas a todo volumen.

A medida que limpiaba, mi mente divagaba, pensando en todo lo que había pasado entre Rodrigo y yo en los últimos días.

Había sido un torbellino de emociones, lleno de altibajos y momentos de tensión, pero también de risas y complicidad.

A pesar de todo, había algo especial en nuestra extraña relación de compañeros de piso. Tal vez no éramos los mejores amigos, ni mucho menos, pero éramos algo más que simples extraños compartiendo un espacio.

—¡Masi! —Su llamada me sacó de mi ensimismamiento.

Giré la cabeza y lo vi en medio de la cocina, recién levantado.

¡Ay, mamá, qué chico!

—¿Puedes bajar la música? —me preguntó.

—¿Qué? ¡Apenas te oigo! —le dije ignorándolo y bailando al ritmo de la música.

Rodrigo bufó.

—Está muy alta, va a estallarme la...
—¡Ven aquí!

*En nuestro mundo, sin presentarnos.
¿Quién lo diría?*

Rodrigo se mostró al principio reacio ante mi contacto, cuando lo agarré por las manos. No obstante, yo seguí contoneándome sin parar.

*Quién diría que esto no sería una tontería, una mala noche que siempre se olvida.
Un beso tonto que prefería, ue no me recuerdes toda mi vida.*

Rodrigo se unió a mis pasos con una sonrisa, y ambos comenzamos a bailar.

*Quién diría, que me gustarías, el mismo día en que te conocía.
No pensaba que me volvería un poco loco con tu sonrisa.*

Finalmente terminamos bailando juntos, incluso dimos un par de saltos, sonriendo y agarrándonos el uno al otro.

Pero entonces la canción terminó, bajé el volumen de la radio y clavé mis ojos en los suyos al ponerme otra vez ante él.

Estábamos cara a cara, muy cerca.

—¿Qué ocurre? —preguntó cogiendo mis manos entre las suyas.

—No puedo parar de pensar...

—¿En qué?

—Te mentí —reconocí con las mejillas encendidas y la vergüenza apoderándose de mí.

—No te entiendo. —Frunció el ceño.

Suspiré.

—Cuando te dije que solo había sido sexo para mí.

Rodrigo abrió los ojos por la sorpresa.

—Pero no te soporto y...

—Shhh —Colocó dos de sus dedos sobre mis labios. Guardé silencio, esperando—. Yo tampoco te soporto.

—¿Pero? —pregunté.

—Pero me gustas más de lo que me gustaría.

—Eso es...

—¿Una locura? —pregunté sonriendo.

—Es posible —dijo él colocándose bien las gafas.

—Yo... no puedo dejar de pensar en ti, en lo que siento cuando te veo y te tengo cerca.

—¿Te refieres a que nunca coloco el zumo en el estante de arriba de la nevera?

Me reí y negué con la cabeza.

—No, y tampoco en que no me gusta el producto con el que limpias el baño.

—Es el más potente. —Arqueó una ceja.

—¿Te das cuenta de que no somos normales?

—¿Ah, no? ¿Y eso por qué? —me dijo al tiempo que daba un toquecito en mi nariz con su

dedo índice.

—Porque lo hemos hecho todo al revés, completamente al revés.

—La casa por el tejado.

—Como *Fito y Fitipaldis*.

—Ajá.

—Tienes razón.

—¿No me lo vas a discutir?

—No, es cierto.

—Ya. Normalmente las parejas primero se suelen conocer, después empiezan a salir, se casan, se acuestan y viven juntos.

—¡Qué antigua eres!

Me reí.

—¡Es broma! Pero, me refiero a que, sí es cierto que lo normal es que se conozcan, empiecen a salir y luego ya decidan si quieren o no vivir juntos. Nosotros lo hemos hecho completamente a la inversa.

—Pues sí. ¿Te arrepientes?

—No, creo que no.

—¿Crees?

—Todavía quedan cinco días para decidir. Somos supervivientes en estos Juegos del Hambre.

—Creo que la decisión está casi tomada —le dije.

Después me besó en los labios y me sentí... en casa.

Era extraño, porque solo habían pasado diez días desde que Rodrigo había aparecido en mi vida, pero la sensación estaba ahí.

Era raro.

Difícil.

No obstante, había decidido vivir el momento y no pensar demasiado en lo que vendría.

Tras un desayuno en condiciones, y no me refiero solamente a tostadas con huevos y bacon, pasamos la mañana acurrucados en mi cama.

¿Eso era la felicidad?

32

Rodrigo

Cada día era una aventura llena de sorpresas tanto buenas como malas, pero supongo que ya me había acostumbrado a ese estilo y ritmo de vida junto a Masi desde que me había mudado al apartamento de Príncipe Pío.

La realidad es que aquel día, el diez de nuestra convivencia, estaba feliz, por fin parecía que nos habíamos quitado las caretas.

Masi no era solo sexo para mí, ya lo sabes, lo he dicho en más de alguna ocasión.

Y no me importaba el tiempo que la conociera, porque eso del tiempo era muy relativo.

Una persona puede hacerte sentir en dos meses lo que nadie ha conseguido en años.

Menuda movida.

Pero era una movida deliciosa.

Tras pasar la mañana entre las sábanas de la cama de Masi, comimos juntos en el balcón y por la tarde fuimos a una heladería cuca y pequeña del centro de Madrid y pedí un cucurucho de chocolate para mí y otro para ella.

Conversamos de todo lo que se nos ocurrió y nos conocimos bastante más el uno al otro y aquello me gustó.

Nos gustó.

En ese momento me sentí normal.

A ver, quiero decir, me sentí la pareja... o lo que fuéramos, porque habíamos acordado que nada de etiquetas, de una chica.

Alguien normal y corriente que decidía compartir su tiempo y su vida con otra persona normal y corriente.

Vale.

De normales teníamos poco, de corrientes menos, pero ya me entiendes.

Nada de pruebas absurdas de convivencia durante quince días, nada de incompatibilidad.

Me sentí bien.

Me sentí en casa, a pesar de no soportar sus manías ni ella las mías.

A pesar de tener que convivir con Benito y con el recuerdo de Nemo.

Aún me dolía solo de pensarlo.

Pero, dicen que las cosas pasan porque tienen que pasar, por algo en concreto que, aunque al principio no lo vemos, con el paso del tiempo lo llegamos a entender.

Así que aquel fin de semana, haciendo planes sencillos que nos hacían reír, disfrutar y conocer esas parcelas de nosotros mismos que todavía eran desconocidas para nosotros, se me quedaría grabado en la mente para siempre.

33

Masi

Después de un fin de semana espectacular, por fin llegó el lunes, nuestro día doce de convivencia, aunque lo cierto es que ya no me preocupaba contar los días, como podrías imaginar.

El despertador sonó y decidí quedarme cinco minutitos más abrazada a la espalda de mi Peter Parker particular, inhalando el dulce olor de su piel desnuda.

Se despertó un par de minutos después y me dio un beso de buenos días al tiempo que sonreía.

Delicioso.

—Voy a ir levantándome... —me dijo con un mohín.

—Nooooo, un ratito más —supliqué dándole toquecitos en la nariz con la mía.

El típico beso de esquimal.

Vomitivo, hubiera pensado tiempo antes. Pero ahora me parecía lo más tierno del mundo.

Ay que ver... cómo cambia la gente.

—Tengo que irme a trabajar, Masi.

—Jo —me quejé, resignándome y soltándole, pues lo había agarrado con mis dos brazos.

—Además, en nada tocarán al timbre los fontaneros.

—Joder, lo había olvidado...

—Venga, vamos a comenzar el día —dijo con energía, algo que odiaba de él, porque yo la mayoría de días me despertaba con instinto homicida.

—¿Y el gato?

—No lo sé, estará por ahí —repliqué estirándome sobre el colchón.

Desde que Rodrigo dormía conmigo, Benito había dejado de hacerlo.

—Espero que no haga ninguna trastada.

—Tranquilo, estará paseándose por la casa.

Él asintió con la cabeza y puso los pies en el suelo.

Acto seguido gritó y casi sufrí un paro cardíaco.

—¿Qué pasa? ¿Por qué gritas?

—¡Masi! ¡Levanta! ¡YA! —dijo al borde del infarto.

Y eso hice. Me levanté rápidamente y, con las prisas hasta me tropecé porque pisé la sábana, que estaba colgando de la cama.

Recé todo lo que me sabía, la calma había terminado.

—¿Qué pasa? —le pregunté angustiada, llegando a su lado de la cama.

—Lo he pisado —me dijo con el rostro pálido.

—¿El qué?

—Creo que me voy a morir. No sé si de asco o de un infarto por ver así la tarima flotante. Lo estoy decidiendo todavía.

—No sé si yo estoy dormida todavía o tú hablas en indio, pero no te entiendo nada.

—¡Una mierda, Masi! ¡El gato se ha cagado y he pisado la mierda!
Reprimí una carcajada.
No debía reírme, o se enfadaría más, pero... es que era cómico.
—Bueno, mira el lado bueno, si bajas al kiosco y compras un rasca seguro que te toca. Ya sabes, pisar mierda da suerte, o eso dicen —le dije con la boquita pequeña.
—Masi... sabes que no aguanto que me vacilen y lo estás haciendo.
—¡Es que te ahogas en un vaso de agua! —le dije gesticulando con los brazos.
—¡Es que me da mucho asco! —me gritó ahogando una arcada—. No me gustan los animales, te lo dije. Te lo advertí y tú, nada. El gato al sofá, el gato a la cama, el gato, el gato, el gato... Siempre el gato, y no hace más que ensuciar, dejar pelos y encima se caga.
—Y tú vas y lo pisas.
—Y yo voy y lo... ¡No me líes! ¡No intentes quitarle importancia porque la tiene! ¡Y mucha!
—me dijo señalándome con el dedo índice.
—Baja el dedito ese y el tono también. ¿Qué problema tienes con el gato? Ya te dije que Benito no se va —le dije enfadada.
—¡Lo veremos!
—Ah, ¿sí?
—¡Sí! ¡Voy a lavarme el pie!
—¡Si es que encima vas descalzo! ¡Qué grima, por favor! ¿Cómo puedes andar así?
—¿Y tú cómo puedes ser así?
—¿Así, cómo?
—¡Así de inmadura!
—¿Inmadura? ¿Por qué?
—¡Porque nada te importa!
—Eso no es cierto.
—Lo es.
—Bueno, mira, me estás tocando las narices. Vete de aquí que hueles a mierda y déjame.
Él me asesinó con la mirada y se metió en el baño.
Pues sí que empezaba bien el día.
¿Acaso siempre iba a ser así?
Parecía que solo estábamos bien dentro de la cama, fuera de ella era una guerra continua donde solo podía ganar uno y donde nos olvidábamos de los sentimientos.
¿Sentimientos?
Sí. No. No sé.
En ese momento solo quería que se marchara a trabajar y quedarme sola.
Tenía muchas cosas que hacer y encima tenían que venir esos señores.
Rodrigo se levantó con un gruñido y fue a lavarse el pie, escuché sus arcadas desde la cama.
Que se vaya a la porra, pensé.
Cuando se fue a trabajar, dos señores fontaneros se encargaron de arreglarnos los desperfectos de las goteras y el casero vino personalmente a comprobar si habíamos tenido pérdidas materiales y a sustituir el sofá.
Después, me centré en el trabajo y en cuidar de Benito y el día se me pasó volando estando sola en el apartamento, pues Rodrigo me había avisado con muchos emoticonos de corazón rojo de que se quedaría de nuevo a estudiar en el despacho.
Nos vimos a la hora de cenar.

34

Rodrigo

Cuando llegué a casa, fui directamente a la cocina, hambriento después de un día agotador.

Por suerte, el problema de la gotera ya estaba solucionado y eso me hacía sentirme más tranquilo, aunque ya tenía claro que no pensaba volver a dormir en mi cuarto, el cual usaría de vestidor.

Pensaba pasarme cada noche bajo las sábanas de la cama de Masi.

De detuve en seco al encontrarla en la cocina y ver lo que estaba cocinando.

—¿Qué es eso? —pregunté, sintiendo cómo mi estómago se revolvía ante el olor penetrante que flotaba en el aire.

Masi levantó la tapa de la olla con una sonrisa radiante.

—Callos y manitas de cerdo —anunció con orgullo—. Lo he comprado esta tarde.

Mis ojos se agrandaron ante la visión del contenido.

¿En serio?

—¡Qué interesante! —dije, intentando mantener una expresión neutral mientras mi estómago protestaba en desacuerdo.

—Es una receta familiar —explicó Masi, sirviendo los platos con entusiasmo tras apagar la olla—. ¿Te gustan? Es un auténtico manjar.

Asentí con una sonrisa forzada.

Masi puso la mesa en el salón y yo me aflojé la corbata y dejé mi maletín en un lado.

—Venga, siéntate.

Le hice caso y tomé el tenedor con una mano temblorosa.

—Siempre es bueno probar cosas nuevas —dije con falsa confianza, sintiendo cómo mi estómago se revolvía ante la perspectiva de lo que estaba a punto de comer.

Masi me observó expectante mientras daba un bocado y mascaba con entusiasmo.

—¿Qué te parece? —preguntó con una sonrisa brillante.

Tragué con dificultad, luchando por encontrar las palabras adecuadas.

Vomitivo.

Gelatinoso.

Reprimí una arcada.

—Es...

Me pasé la lengua con los labios y me llevé el puño cerrado a la boca, controlando las náuseas.

No sabía cómo expresar de forma adecuada mi disgusto, pero se me hacía imposible comerme eso.

Masi estalló en risas, sin molestarse en ocultar su diversión.

—Vamos, Rodrigo, no puedes engañarme. Sé que no te gusta.

Suspiré con alivio ante su falta de pretensiones.

—Bueno, tal vez no sea exactamente lo mío —admití, sintiéndome aliviado de poder ser

honesto—. Pero al menos puedo decir que lo intenté.

—No sé cómo puedes resistirte a esto —comentó ella.

—Lo que yo no sé es cómo tú puedes comerte eso tan... blandito. Es gelatinoso. Uf, me da grima.

—Porque está buenísimo —respondió ella encogiendo los hombros.

—Si sigues comiendo ese tipo de cosas, acabarás comiéndote a Benito —comenté poniendo morritos en lo que cogía mi móvil, iba a pedir una pizza en cero coma.

—¿Qué tonterías dices?

—Lo digo en serio, me da un asco increíble —dije poniendo una mueca, Masi se estaba llenando los dedos de salsa.

Y los labios.

Y la barbilla.

Dios, le chorreaba por todo el mentón.

—Te convertirás en uno de esos que sobrevivieron a los Andes y te comerás a Benito.

—Esto es un manjar —repitió con la boca llena.

—Qué cerda eres.

—Pero cómo te gusta lo que te encanta. —Me guiñó un ojo.

—Voy a pedirme una pizza.

—¿Pizza?! ¿Por la noche?! —soltó un grito agudo con las manos llenas de salsa.

—¿Cuándo si no?

Masi negó con la cabeza.

—No pidas nada, hazte un bocadillo. Hay comida en el frigo.

—Masi... —soltó un mohín.

—Rodri... —me imitó.

—Por favor, ¿puedes...? ¿Puedes limpiarte las manos? Das miedo, tía.

—¿A que te beso?

—¡Ni se te ocurra! —exclamé levantándome de la mesa.

Suerte que Masi me ignoró por seguir comiendo aquella cosa.

Yo pedí mi cena a pesar de su desaprobación y más tarde vimos una película en su ordenador portátil en la cama tras hacer el amor.

Hogar, dulce hogar.

Lástima que todo se truncara de un momento a otro.

35

Masi

El día trece de aquella aventura, Rodrigo se marchó antes de tiempo a trabajar porque tenía un juicio y yo comencé el día con un mal presentimiento.

Después de hacer las tareas del hogar que me tocaban y un poco de deporte, consulté mi email de trabajo y vi algunos comentarios en mi página web que no me dieron buena espina.

Eran unos seis, y todos tenían malas críticas acerca de mi trabajo.

Alcé una ceja.

¿Cómo podía ser eso posible?

¡Si solo había tenido unos clientes que se habían echado atrás!

Dos que sí habían contratado mis servicios para organizar sus bodas, Laura y Joaquín que estaban encantados con el trabajo que estaba haciendo para su evento y los demás, que eran nuevos, con los que todavía debía entrevistarme en persona para ahondar más en el asunto y que lo haría en los próximos días.

Algo estaba pasando, algo no iba bien.

Mi corazón se aceleró y un millón de pensamientos intrusivos conquistaron mi cerebro.

Me puse a hacer cosas como una loca, no podía soportar todo lo que estaba pensando de mí misma.

Que si era un fracaso.

Que si para qué me daba por emprender si no sabía hacer nada.

Que si qué estaba haciendo con mi vida...

Al rato, una llamada de teléfono rompió el momento, haciendo que diera un salto sobre mí misma.

Miré la pantalla y arrugué el ceño. No era buen momento para que Sara, una de mis mejores amigas, me llamara. Aún así decidí responder la llamada para aplacar un poco mi sistema y tranquilizarme, quizá hablar con ella me ayudaría.

Habíamos hablado hacía un par de días mediante mensajes de whatsapp y obviamente, ella estaba al tanto de todo.

Aunque no nos veíamos demasiado, pues era azafata y no paraba quieta.

Debía estar en algún descanso entre vuelo y vuelo o algo parecido.

—Hola, Sara —le dije cuando descolgué su llamada.

—Hola, bella flor, ¿cómo va todo?

—Bueno...

—Uy, ese bueno no me gusta nada. ¿Ha pasado algo con Rodrigo?

—Dirás qué no ha pasado, pero no es eso lo que me preocupa.

—¿Estás bien?

Y fue ese momento.

Ese preciso momento en el que un clic sonó en mi cabeza o, más bien, en algún sitio más profundo.

Se me puso un nudo en la garganta y sentí el miedo.

Ese al que tanto temía.

Qué cosas de la vida... tener miedo a sentir miedo.

—No, Sara, no estoy bien.

—¿Quieres que me acerque a tu casa? Acabo de aterrizar en Madrid.

—No, no, tranquila. Solo... necesito poner en orden mi cabeza.

—¿Tan afectada estás? ¿Qué ha pasado? —me preguntó.

—Bastante... lo que pasa que no me había dado cuenta hasta ahora.

—O, quizá, no querías darte cuenta. ¿Has estado haciendo cosas sin parar esta mañana, verdad?

—¿Cómo lo sabes?

Ella suspiró.

—Porque eres mi mejor amiga, Masi, y cada vez que algo te preocupa, pero no quieres que te afecte, tiendes a machacarte a hacer cosas sin parar para que no te dé tiempo a pensar.

Cómo me conocía la cabrona.

—Tienes razón... —admití.

—Lo sé, cielo. Cuéntame qué ha pasado. ¿Qué es lo que te está preocupando?

—Creo que la he liado.

—¿Por qué?

—No sé qué estoy haciendo con mi vida.

—¿Alguna vez lo has sabido?

—No, pero...

—Siempre has estado dando tumbos, haciendo locuras...

—Pero esto es demasiado...

—¿Con “esto” te refieres a Rodrigo?

—¿Y si me he precipitado?

—¿A qué te refieres?

Chasqué la lengua contra el paladar, intentando encontrar las palabras adecuadas con las que desentrañar la maraña de pensamientos en la que se había convertido mi cerebro.

—Es que, Sara, ¿a quién se le ocurre hacer este tipo de cosas?

—No te fustigues, ¿qué cosas?

—Se suponía que mandar a Kike al carajo me iba a dar la fuerza y las alas para darle en los morros con mi empresa.

—Sí. ¿Y?

—¡Mi empresa es una mierda!

—No digas eso.

—Sí lo digo. He perdido el norte, la dirección era hacer crecer mi empresa y me he entretenido por el camino.

—Bueno, pero el entretenimiento con Rodrigo no te ha venido mal.

Me llevé una mano a la frente.

¿Eso era del todo así?

Yo ya no lo sabía...

Sentía...

Sentía que había olvidado mi cometido por un chico al que solamente conocía trece días.

Sí, un chico con el que me reía, con el que tenía buen sexo y todo eso...

Pero también un chico con el que seguía pensando que me costaba mucho luchar por nuestras diferencias.

—Chica, ni que estuvieras en un infierno... —dijo Sara cuando me quedé callada.

Seguro que puso los ojos en blanco.

—No, no es un infierno, pero tampoco es una convivencia sana, sólo nos entendemos en la cama. Es en el único sitio donde no discutimos.

—No te creo.

—Es verdad.

—Seguro que hay más momentos.

Sí, claro que los había...

La primera cena, aquella botella de vino blanco, los helados de chocolate, mi merluza con patatas, cómo me cuidó cuando me indigesté y el buen rato que pasamos viendo series y películas...

Claro que había más momentos.

—Sí, pero...

—¿Pero qué? ¿Qué piensas, Masi?

—¿Y si los malos superan a los buenos?

En el fondo no lo creía así del todo, más bien los malos me estaban superando a mí porque no aguantaba discutir con él.

Lo odiaba, odiaba nuestras discusiones absurdas y me creaban estrés y yo, yo era muy zen, no soportaba tanta tensión bajo un mismo techo, no estaba hecha para la presión.

—Creo que me he precipitado, Sara...

—¿Lo dices en serio? Pero si me has hablado maravillas de él. Bueno, también lo has puesto a parir conmigo, sobre todo cuando tiró los recibos.

—No lo menciones, todavía me pica eso... Pues por eso, ¿cómo puedo estar con alguien que no respeta mi trabajo? ¿Ni a mi gato? ¿Ni a mí?

—¿Acaso le ha hecho algo a Benito? —me preguntó asustada.

—¡No, por Dios, eso faltaba! Es solo que no para de quejarse de él y no le gustan los animales. No sé, somos incompatibles, Sara. ¿Qué harías tú?

—La cuestión no es lo que yo haría, si no lo que tú quieres hacer, y creo que te estás contestando sola.

—Hoy voy a dedicarme a mí, a hacer mis cosas, a pensar, no quiero cruzar palabra con él. Necesito volver a tomar el rumbo que había trazado para mí. No puedo perder todo el dinero que he invertido en mi empresa.

—No lo hagas si no te apetece, cariño, pero... no sé, creo que son dos cosas distintas y que tienes la cabeza liada.

—Necesito hablar con él y aclarar esto. No puedo pasar de una relación a otra, tampoco.

—Lláname para lo que necesites.

—Lo haré, cielo, gracias.

Se despidió con un beso y yo me quedé todavía más rayada y pensativa de lo que podría haber estado.

36

Rodrigo

Había tenido un día asqueroso, mi jefe era un soplapollos y no veía el momento de aprobar las oposiciones y poder largarme de aquel bufete de mierda.

Resoplé, hastiado, al abrir la puerta de casa.

Solo me apetecía cenar y meterme en la cama con Masi.

Escuchar su respiración al dormir, sentirme bien.

No obstante, cuando crucé la puerta y le vi la cara, me olí que algo no iba bien.

Más bien, parecía ir como el culo.

—¿Pasa algo? —pregunté tras dejar el maletín sobre la mesa grande del comedor.

—¿Por? —preguntó a su vez ella a la defensiva.

—No sé, estás con esa cara de culo. No te entiendo.

—Ya tenemos algo en común.

—¿Tampoco te entiendes a ti misma? —Y aunque la pregunta no la hice con mal tono ni con maldad, lo pareció.

—Tengamos la cena en paz —dijo poniendo un par de platos sobre la mesa.

En ellos había una tortilla francesa y ensalada.

—No había acritud en mi pregunta.

—Lo sé, y sí, me entiendo a mí misma. A quien no entiendo es a ti.

—¿Qué he hecho ahora? ¿Tan difícil soy?

Los latidos de mi corazón se habían incrementado.

Masi y yo habíamos discutido y tenido choques bastantes veces desde que vivíamos juntos, pero en ese momento sentí que aquello era más serio que una discusión por la limpieza o por la comida.

—Supongo que los dos tenemos lo nuestro. Y hablando de lo nuestro...

—¿Qué? —pregunté con el corazón en la boca.

—Esto tiene que acabar aquí —me dijo en unas palabras apenas audibles.

Estaba sentada frente a mí y pinchó un trozo de tortilla con el tenedor.

¿Cómo podía tener esa sangre fría? ¿Cómo podía actuar con tanta normalidad tras decir aquello?

—¿Me estás dejando? —pregunté en un susurro apenas inaudible.

—¿Acaso alguna vez ha habido algo que dejar?

Carraspeé, incómodo, como si quisiera ganar tiempo para encontrar las palabras correctas.

—No sé tú, Masi, pero yo no me acuesto con cualquiera.

—Yo tampoco.

—Eso responde a cualquier pregunta.

—Esto no es sólo sexo, Rodrigo.

—No he dicho que lo sea. Creía que teníamos algo —dije con la voz quebrada.

—Yo también, pero no puedo mantener una relación o, lo que sea toda esta locura, con

alguien con quien no tengo compatibilidad.

—¿No eres compatible conmigo? —pregunté con los ojos abiertos.

—No.

—Vaya, no sabía que era tan insufrible...

—No lo eres.

—Tú sí —dije atisbando un intento de sonrisa, con la intención de que la conversación mejorara.

—Bueno, y tú también —admitió ella.

—Cada uno tiene lo suyo —comenté, después di un trago a mi vaso de agua, sentía la boca seca como el esparto.

—Y me parece bien, pero a veces las cosas no salen y ya está.

Pum.

Jarra de agua fría.

—Masi, creo que te estás precipitando. No somos como las demás parejas, ¿te acuerdas?

Sonrió, pero era una sonrisa triste.

—Lo sé, y por eso no debemos estropearlo más, al menos si queremos vivir aquí los dos, aunque de eso también tengo algo que decir. Además, mi cometido al tener una nueva vida no era este. He perdido el rumbo.

—¿A qué te refieres?

—Debía centrarme en mi empresa.

—Y lo has hecho, ¿no?

—No como debería, no teniendo distracciones.

—La distracción soy yo —admití.

Masi asintió con la cabeza.

—¿No crees que estás mezclando las cosas? —pregunté.

Sentía el corazón desbocado, a medida que la conversación avanzaba, me daba cuenta de era real: aquello estaba terminando.

Esa aventura loca y absurda, llegaba a su fin, y todavía no habíamos llegado a la línea de meta.

—No, Rodrigo. Es más sencillo de lo que parece —dijo.

Asentí al tiempo que suspiraba y luchaba por controlar el nudo de lágrimas que tenía en la garganta.

Porque sí, los hombres también lloramos.

—Quieres que me marche —afirmé.

La quería.

Sabía que me estaba afectando así, porque sin querer, la quería.

¿Aquello podía ser posible?

“El corazón tiene razones que la razón desconoce” me susurró mi subconsciente.

Y no sabía quién había dicho esa frase de mierda, pero me tocó los huevos.

Al día siguiente recogería mis cosas y me marcharía del apartamento de Príncipe Pío.

Put a vida...

Estaba cabreado, rabioso y decepcionado con el destino.

Si lo mío con Masi no iba a funcionar, si todo iba a ser un visto y no visto... ¿para qué la había puesto en mi camino?

37

Masi

Cuando Rodrigo se marchó al trabajo alegando que volvería a por sus cosas por la tarde, comprendí que ya no hacía falta que contara los días que quedaban para cumplir quince.

Ni siquiera habíamos dormido juntos.

Aquella locura había terminado.

Aquella bonita y preciosa locura.

El silencio en el apartamento era ensordecedor.

Me encontraba sentada en el sofá, con el corazón pesado y la mente llena de dudas.

La conversación que había tenido con Rodrigo seguía resonando en mi cabeza, como un eco constante de mis propias decisiones.

Había sido una decisión difícil, pero sentía que era necesaria.

Nuestra relación se había convertido en una distracción constante, y me estaba impidiendo concentrarme en mi trabajo como organizadora de eventos.

Rodrigo era una presencia constante en mi vida, y aunque al principio había sido emocionante, ahora se estaba convirtiendo en una fuente de estrés.

O quizá era mi cabeza, que cada día estaba peor, porque conforme más me lo repetía a mí misma y a medida que pasaban las horas desde que había puesto fin a aquello, las dudas comenzaban a apoderarse de mí y le encontraba menos sentido a la decisión que había tomado

¿Había sido demasiado drástica?

¿Podría haber encontrado un equilibrio entre mi vida personal y profesional?

Me sentía confundida y perdida, preguntándome si había cometido un error al dejar a Rodrigo.

Pero ¿dejar qué?

¿Qué era eso que había entre nosotros y que tanto me estaba perturbando?

El dolor en mi pecho era abrumador, y luchaba por contener las lágrimas que amenazaban con brotar.

En medio de mi angustia, el sonido del teléfono me sacó de mis pensamientos.

Era un mensaje de Rodrigo.

Inhalé profundamente antes de abrirlo, preparada para enfrentarme a lo que sea que él tuviera que decir.

El mensaje era breve pero sincero.

Prometía darme espacio para que pudiera concentrarme en mi trabajo y respetar mi decisión.

Al leer las palabras de Rodrigo, sentí un peso levantarse de mis hombros. Aunque la ruptura seguía siendo dolorosa, me sentía reconfortada por el hecho de que habíamos terminado en buenos términos y con la posibilidad de una amistad en el futuro.

¿Amistad en el futuro?

¡JA!

No me lo creía ni yo eso...

Decidí que era hora de dejar de lamentarme y empezar a concentrarme en mi trabajo.

Me levanté del sofá con determinación, lista para enfrentar los desafíos que me esperaban. Aunque mi corazón seguía roto, sabía que había tomado la decisión correcta por mi bienestar emocional y profesional.

Pero antes necesitaba darle un achuchón a mi bolita peluda.

Lo llamé, pero no acudió.

Arrugué el ceño.

¿Estaba durmiendo?

¿Por qué no venía?

Un nudo de preocupación se formó en mi estómago mientras mi mente empezaba a divagar por los peores escenarios posibles.

—Benito, ¿dónde estás? —llamé una vez más, mi voz temblando con la ansiedad.

Pero no hubo respuesta, solo el eco vacío de mi propia voz en el apartamento vacío.

Mis pensamientos empezaron a correr salvajemente.

¿Y si Benito se había escapado por la ventana abierta?

¿O si había encontrado algún rincón escondido donde había quedado atrapado?

¿Y si había sufrido algún accidente?

Una sensación de pánico se apoderó de mí mientras mis manos temblaban y mi respiración se volvía irregular.

No podía soportar la idea de perder a Benito, mi compañero fiel y la única constante en mi vida caótica.

Con el corazón en un puño, me apresuré a buscar en cada rincón del apartamento una vez más, esperando desesperadamente encontrar a mi gato sano y salvo.

Cada segundo que pasaba sin noticias tuyas aumentaba mi temor y mi angustia.

Entonces supe qué había pasado: la puerta del balcón estaba abierta.

¡Debí haber puesto la red protectora!

¡Joder, joder, joder!

No estaba castrado, y sabía de sobra que le encantaba asomarse al balcón para intentar cazar pájaros.

Decidí que necesitaba ayuda y, en medio del llanto, saqué el teléfono móvil del bolsillo. Marqué el número de Rodrigo, sintiendo un nudo en la garganta mientras esperaba que contestara.

Ni siquiera pensé en nuestra situación, solo en que era la primera persona que se me había ocurrido llamar en un momento como ese.

—¿Masi? ¿Qué pasa? —La voz de Rodrigo sonó preocupada al otro lado de la línea.

—Rodrigo —dije tratando de mantener la calma en la voz—. Necesito tu ayuda.

—¿Estás bien?

—Benito no está.

Hubo un breve silencio antes de que Rodrigo respondiera.

—¿Cómo que no está?

—¡No está, no está! Lo he buscado por toda la casa y no está en ninguna parte. La puerta del balcón estaba abierta.

—Joder... lo siento, la he dejado abierta yo esta mañana.

—¡¿Qué?! ¡Sabes de sobra que no podemos dejarla abierta! ¡Que es un zorro y siempre

quiere salir!

—Lo siento, lo siento muchísimo.

Bufé, llorando de nuevo.

—Me quedan diez minutos para salir del trabajo. En cuanto salga voy para allá.

—¡Es que te mato! —grité.

Rodrigo me colgó y yo seguí llorando hasta que él cruzó el umbral de la puerta.

38

Rodrigo

Estaba hecho una puta mierda, pero cuando vi la llamada de Masi no dudé en responder.

Un escalofrío recorrió mi espalda al escuchar el nombre de Benito.

El gato de Masi era muy importante para ella, y aunque a mí me había hecho la vida imposible los días atrás, no me hubiera perdonado nunca no haberla ayudado con esa situación.

Colgué el teléfono y me levanté de mi silla con determinación.

Me quedaban diez minutos para salir, pero estaba hasta los cojones de ese sitio y me di el lujo de darme esos diez minutos de ventaja.

Avisé a la secretaria de que tenía una urgencia y salí pitando hacia el apartamento.

La preocupación me invadió.

No podía soportar la idea de que algo malo le hubiera pasado a Benito, más que nada porque eso implicaría que Masi acabaría destrozada.

Y, qué hostias, al final le había cogido cariño al demonio naranja.

Cuando llegué al apartamento de Masi, la encontré esperándome en la puerta, con una expresión de alivio en su rostro al verme.

—Gracias por venir tan rápido —dijo ella, su voz temblorosa de preocupación—. ¿Cómo se te ocurre dejar abierta la puerta?

—Lo sé. Lo voy a encontrar —le aseguré, aunque no sabía cómo.

—Pero ¿y si...?

Me acerqué a ella en un impulso, cogí su rostro entre mis manos y la miré a los ojos.

—Lo voy a encontrar —repetí con contundencia—. Te lo prometo.

Quería besarla.

Me moría por volver a besarla otra vez.

La noche anterior la había pasado solo en mi antigua habitación, y era lo que más me había dolido: no haber tenido su cercanía, no notar su piel bajo las sábanas. No tenerla al lado.

Masi asintió con la cabeza y juntos, nos pusimos a buscar a Benito, revisando cada rincón del apartamento con determinación.

—Benito, ¿dónde estás, amigo? —llamaba Masi.

—Aquí, Benito, ven a mí —agregué, uniéndome a la búsqueda.

—No creo que venga si dices eso —dijo ella.

A medida que la búsqueda continuaba, me di cuenta de lo importante que era encontrar a Benito para Masi.

Recordé los momentos compartidos con el gato, la manera en que solía jugar y mirarme con cara de odio.

No podía soportar ver a Masi tan angustiada.

—¿Has preguntado a los vecinos?

Masi negó con la cabeza.

Eché a correr escaleras abajo mientras ella se encargaba de los apartamentos de arriba.

Finalmente, una vecina me dijo que lo tenía ella y que le había dado una lata de atún.

Lo había encontrado en el rellano, así que lo único que se me ocurrió pensar es que se había escapado cuando yo me había marchado al trabajo esa misma mañana y no por el balcón.

El apartamento era un tercer piso y el gato estaba ileso.

—Gracias a Dios... —murmuré cuando cargué sus casi diez kilos de peso entre mis brazos.

Benito se retorció y maulló, me despedí de la amable vecina y escuché los pasos apresurados de Masi bajar por las escaleras.

—¿Benito? ¡He oído tu dulce voz! —exclamó llorando.

—Lo tengo.

—¡Oh, Dios mío! —Masi rompió a llorar de nuevo.

—Lo tengo, está bien. Estaba en casa de la vecina, le ha dado una lata de atún —le expliqué.

—Le prepararé manitas de cerdo como agradecimiento —dijo Masi sorbiéndose los mocos mientras cogía a Benito—. Una fiambarrera enorme.

La alegría en el rostro de Masi era contagiosa cuando lo vio sano y salvo.

Subimos de nuevo al apartamento y cuando lo dejó en el suelo, me dio un abrazo apretado, compartiendo alivio y gratitud.

—Gracias por estar aquí, Rodrigo. Gracias, gracias por haberlo encontrado.

Mi cuerpo reaccionó, sintiendo el suyo tan cerca.

Y mi corazón se saltó un latido.

¿Cómo podía hacerme sentir tantas cosas distintas en tan poco tiempo?

Era el momento, o lo aprovechaba o sería un gilipollas que había perdido una oportunidad única de arreglar las cosas.

El aire en el apartamento se sentía tenso, pero a la vez cargado de una extraña energía, como si estuviéramos en el ojo de una tormenta emocional.

—Menos mal... creí... creí que...

Masi y yo nos sentamos en el sofá, mirándonos el uno al otro con una mezcla de nerviosismo y expectación después de haber encontrado a Benito.

Sentía que era un momento decisivo que podría cambiar el rumbo de nuestra relación para siempre.

Decidí dar el paso mientras ella se secaba la cara con un pañuelo desechable.

—¿Puedo...? ¿Podemos hablar?

Ella centró la atención en mí.

—Masi, hay algo que necesito decirte.

—Dime.

—Llevo... Joder —me pasé la mano por la nuca, tenía las cervicales cargadas por tantas emociones en tan poco tiempo—, llevo toda la noche y toda la mañana pensando en ti. Siento que me va a explotar la cabeza...

—Rodri... —Colocó su mano en mi antebrazo.

—Desde que te conocí, mi vida ha sido un torbellino de emociones. Tu energía, tu pasión por la vida, me han inspirado de maneras que ni siquiera puedo empezar a describir. Y durante todo este tiempo... me estoy volviendo loco, Masi.

Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendidos por mis palabras.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, su voz apenas un susurro.

Respiré hondo, reuniendo toda mi valentía antes de continuar.

—Quiero decir que... creo que me he enamorado de ti. Y ya sé que es absurdo... —me reí

nervioso—, pero no aguanto la idea de no seguir participando en los Juegos del Hambre contigo.

El silencio que siguió fue aplastante, pero no pude apartar la mirada de sus ojos, buscando cualquier indicio de lo que ella pudiera sentir. Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, su rostro se iluminó con una sonrisa radiante, y su mirada se suavizó con ternura.

—¿Crees que no pienso que lo de ayer fue precipitado? He luchado contra todo lo que me haces sentir desde que te conozco. Con mi cabeza, con mi cuerpo... ¡Hasta con mi pepitilla!

Rompí a reír.

—¿Qué dices?

—Eres irresistible, Peter Parker.

—¿Qué significa eso?

—Que me agobio y tomo decisiones precipitadas, supongo. Y que la convivencia es difícil para todas las parejas —reconoció encogiéndose de hombros.

—¿Ya no piensas que seamos incompatibles?

—Claro que sí, pero también creo que podemos conseguir vivir bajo el mismo techo.

—Entonces, ¿no he perdido a mi *Mary Jane*?

—¿Qué haríamos Benito y yo sin *Spiderman*?

La alegría y el alivio inundaron mi corazón mientras Masi se inclinaba hacia mí, sellando nuestra reconciliación con un beso apasionado que confirmaba lo que ambos habíamos sabido en lo más profundo de nuestras almas desde el principio: que estábamos destinados a estar juntos.

Epílogo

Meses después

Han pasado algunos meses desde que Peter Parker encontró a Benito en casa de la vecina, y ha habido cambios importantes en nuestra vida.

Seguimos en la misma casa, compartiendo gastos, buenos momentos y también pequeñas trifulcas que acaban, en la mayoría de los casos, en besos y disculpas.

Porque somos así, siempre lo hemos sido, y tendemos a meter la pata el uno con el otro.

Gracias a Dios la pifiamos en cosas sin importancia, a pesar de que a nosotros nos parecen un mundo.

Es por la mañana, sábado, y Rodrigo está sentado en el balcón mientras le da el sol en la cara.

Mira al cielo a través de sus gafas de pasta, pero me apuesto lo que sea a que los tiene cerrados, porque está escuchando *Quién diría* de Depol.

Y, la verdad es que, si la escuchas, te darás cuenta de que nos representa.

Quizá por eso sea una de sus favoritas.

Yo estoy tumbada en el sofá, observándolo desde aquí con mi ordenador portátil al lado.

Mi empresa, por fin, tiene buen rumbo y he tenido que contratar a un par de chicas para que me ayuden.

Estoy muy contenta.

Kike no volvió a llamar y Valentina pareció entender que Rodrigo había dejado de ser su *Spiderman*.

Por cierto, ¿sabes que fue él quien estuvo detrás de las malas reseñas en mi página web?

Me lo reconoció en el último mensaje que me envió cuando pareció rendirse en cuanto a que volviera con él.

Menos mal que ya no estaba en mi vida.

Benito todavía sigue bufando cuando Rodrigo y yo nos besamos, pero hemos aceptado que nuestro gato es así.

Sí, he dicho NUESTRO.

Rodrigo aprobó las oposiciones y, por fin, pudo dejar aquel bufete que lo tenía angustiado.

Mi chico es muy inteligente.

Un poco insoportable, pero muy inteligente.

Por lo demás todo sigue igual.

Nuestra relación empezó siendo una locura, pero a veces hay que cometerlas para encontrar la felicidad, y yo con Rodrigo la he encontrado.

Me levanto del sofá y me acerco hasta él.

—¿Has terminado ya? —me pregunta cogiéndome de la cintura y sentándose sobre sus rodillas.

—Sí.

Doy un beso en sus labios y luego restriego mi nariz con la suya.

—¿Sabes una cosa? —me pregunta.

—No, ¿qué? —Le quito sus gafitas de intelectual y me las pongo yo.

Rodrigo se ríe, sabe que no veo tres en un burro con ellas puestas porque no necesito graduación.

—Peter Parker tiene los ojos azules —me dice.

—Sí. ¿Y?

—Yo los tengo marrones.

—Color miel —matizo yo.

—Marrones —niega él con la cabeza—, de toda la vida.

—¿Me estás debatiendo?

—Exactamente —pongo morritos—. La comida ya está lista hace un rato.

—¿Qué es?

—Manitas de cerdo.

—Iré pidiendo una pizza.

Suelto una carcajada y tarareo una de las estrofas de la canción de Depol.

Qué sería de mí, si no fuese por ti.

*Quién me diría que acabaría así.
Contigo en mil por mil, contigo sí.
Contigo sí.*